

**LEONORA
CARRINGTON**
**LA TROMPETILLA
ACUSTICA**



Lectulandia

Desde que Marion Leatberby, una anciana de noventa y nueve años, recibió como regalo una trompetilla acústica, el mundo cambió para ella.

Lo que le ocurre es, justamente, el tema de este delicioso y original libro de Leonora Carrington, en donde el aspecto surrealista no está dado en la aplicación de un lenguaje onírico o sembrado de símbolos, sino en las situaciones mismas de la narración, absurdas, risibles, paradójicas, llenas de manías y locura. El relato, contado linealmente, está sin embargo plagado de sorpresas, lo fantástico se va percibiendo a través de una lucidez sostenida y de un diabólico humor sin misericordia que jamás cae en la ironía o el sarcasmo.

Pero el relato se imbrica, otra historia lo envuelve, se integra a él, dando como resultado que la realidad pasa a ser elemento fantástico o lo fantástico deviene a su vez realidad.

Leonora Carrington nos habló aquí de los mitos modernos con una suerte de displicente desconsuelo, en los cuales la brujería no simboliza nada más ni nada menos que la nostalgia por el gran tema de la novela gótica inglesa, con todas sus reliquias satánicas de Grandes Madres y dioses cornudos, que Leonora recoge en el sentido más extravagante.

Lectulandia

Leonora Carrington

La trompetilla acústica

ePub r1.0

orhi 11.05.15

Título original: *Le cornet acoustique*
Leonora Carrington, 1974
Traducción: Renato Rodríguez
Ilustración de cubierta: Juan Fresan

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CUANDO Carmela me regaló la trompetilla acústica, pudo haber previsto las consecuencias. Carmela no es lo que pudiera llamar maliciosa, simplemente ocurre que tiene un curioso sentido del humor.

La trompetilla era un bello ejemplar entre los de su clase, sin que fuera realmente moderna, lucía muy bonita con sus motivos florales dibujados en incrustaciones de plata y nácar, elegantemente curvada como el cuerno de un bisonte. La belleza no era la única cualidad de la trompetilla, amplificaba tanto los sonidos que aún las conversaciones más ordinarias se hacían harto audibles para mí.

Debo aclarar que no todos mis sentidos han sido destruidos por la edad. Mi vista es todavía excelente, aunque uso impertinentes para leer, cuando leo, lo cual ocurre muy rara vez. Verdad es que el reumatismo en cierta forma ha doblegado mi esqueleto, pero esto no me impide dar una caminata cuando hace buen tiempo y barrer mi cuarto una vez por semana, los jueves. Una forma de ejercicio que resulta a la vez útil y edificante. Todavía soy un miembro útil de la sociedad, capaz de mostrarse agradable y entretenido cuando la ocasión se presenta favorable. El hecho de no tener dientes y resultarme imposible usar dentadura postiza no me incomoda; no me siento obligada a morder a nadie, además uno puede procurarse toda suerte de comestibles suaves y fáciles de digerir: puré de papas, chocolates y pan humedecido en agua tibia constituyen la base de mi simple dieta. Nunca como carne puesto que considero un error privar de la vida a los animales. La carne es además difícil de masticar, a menos que se sirva en trozos pequeños. Tengo ahora noventa y nueve años y por espacio de unos quince he vivido con mi nieto y su familia. La casa está situada en un barrio residencial; en Inglaterra se la consideraría como una quinta de los suburbios, con su pequeño jardín. Hay un hermoso patio que comparto con mis dos gatos, una gallina, unas cuantas moscas, una planta llamada magüey, la sirvienta indígena y sus dos desnutridos pequeñuelos.

Mi cuarto da a este hermoso patio lo cual resulta muy conveniente pues no hay escaleras que trepar; simplemente tengo que abrir la puerta cuando quiero disfrutar de las estrellas durante la noche o del sol de la mañana que es la única forma de luz diurna que puedo soportar.

Por algunos años y lentamente ha venido creciendo el temor de que nunca regresaré al Norte, de que nunca me alejaré de aquí. No debo abandonar la esperanza, milagros ocurren, muy a menudo ocurren. Algunas personas piensan que cincuenta años es una visita demasiado larga a un país. Para mí, cincuenta años no significan más que un espacio de tiempo pegada en un lugar donde no quiero estar en absoluto. Durante todo este tiempo he estado tratando de alejarme, sin embargo nunca pude; debe haber algún pegajoso embrujo que me retiene aquí, como una mosca pegada de un papel cazamoscas.

Un día encontraré la forma de salir de aquí y sabré por qué he permanecido tanto tiempo cuando mire de nuevo los renos y la nieve, los cerezos y praderas y escuche otra vez el canto de los tordos con la ayuda de la trompetilla que habré de conservar a

costa de todo. Inglaterra no es siempre el centro de estos sueños, ni siquiera deseo vivir en Inglaterra aunque tendré que ir a hacerle una visita a mi madre que se está poniendo vieja, aunque goza de excelente salud.

Ciento veinte años no es una edad excesiva considerada desde un punto de vista bíblico. Margrave, el mayordomo de mi madre, que me manda postales del Palacio de Buckingham, suele decirme que ella luce muy vital en su silla de ruedas, aunque cómo se puede ser vital en una silla de ruedas, no lo sé. Dice que ella está completamente ciega pero no tiene barbas, lo cual debe ser una alusión a una foto mía que les envié como regalo de Navidad el año pasado.

En efecto, poseo una barbita corta y gris, que gente convencional podría encontrar repulsiva, aunque personalmente yo la encuentro hartamente elegante. “Sobre gustos y colores...”

A Inglaterra iría sólo para permanecer unas pocas semanas, luego realizaría el gran sueño de mi vida y me iría a Laponia para pasear en un trineo arrastrado por perros lanudos.

Esta, naturalmente, es una digresión; no quiero que nadie piense que mi mente desvaría. A decir verdad desvaría, pero nunca más allá de donde yo quiero.

De modo que vivo con mi nieto, Galahad, más que todo en el patio.

Galahad tiene una familia numerosa y no es rico en absoluto; vive del escaso sueldo pagado a los empleados del servicio exterior que no son embajadores (los embajadores, me han dicho, reciben una paga más amplia del gobierno, lo cual al parecer no se justifica pues reciben alimentación gratuita por cuenta del pueblo del país que representan). Galahad está casado con la hija del gerente de una fábrica de cemento; se llama Muriel y es hija de padres ingleses.

Muriel y Galahad tienen tres hijos, uno de los cuales, el menor, todavía vive aquí con nosotros. Este muchacho, Robert se llama, tiene veinticinco años y sigue soltero. Robert no tiene un carácter agradable y desde niño era malo con los gatos. Anda, además, en una motocicleta y trajo un televisor a la casa. Actualmente, rara vez voy a la parte delantera de la casa, dado que mis modales en la mesa se salen de lo acostumbrado. La edad lo hace a uno menos sensible a la idiosincrasia de los demás. De todos modos, no proporciono molestias a nadie y mantengo mi cuarto y mi persona limpios sin ayuda de ninguno.

Con cada semana llegan algunos pequeños placeres: de noche cuando hay buen tiempo, el cielo, las estrellas y naturalmente la luna en todo su esplendor.

Los lunes, cuando hace buen tiempo, bajo dos cuadras por la calle y visito a mi amiga Carmela. Ella vive en una casa pequeña con su sobrina que hornea tortas para un salón de té sueco a pesar de ser hispana. Carmela tiene una forma de vida muy llevadera y es bastante intelectual; lee libros a través de unas elegantes antiparras y rara vez habla consigo misma. Carmela teje unos suéters muy elegantes, pero el gran placer de su vida consiste en escribir cartas. Carmela escribe cartas a gentes de todas partes del mundo a quienes nunca ha conocido, firmándolas con toda suerte de

románticos nombres, jamás, desde luego, con el suyo propio. Carmela despreciaría las cartas anónimas y ¿quién sería tan poco práctico como para responderlas? Estas cartas maravillosas salen por correo aéreo, escritas en una forma celeste con la fina caligrafía de Carmela. Nunca llega una respuesta. La gente no tiene tiempo para nada realmente interesante.

Una hermosa mañana fui a hacerle la acostumbrada visita a Carmela, que me esperaba a su puerta. Pude darme cuenta en seguida de que estaba presa de gran excitación porque había olvidado ponerse la peluca, Carmela es calva. En ocasiones corrientes, nunca saldría a la calle sin su peluca, siendo como es un poco vanidosa. La peluca roja es como un gesto de reina hacia su larga cabellera perdida, que era abundante y del color de las zanahorias maduras.

Desprovista de su habitual y gloriosa corona, Carmela lucía muy emocionada y yo podía darme cuenta de que hablaba sola. Le traía un huevo que la gallina había puesto esa misma mañana y se me cayó cuando ella se aferró a mi brazo, lo cual fue un hecho desgraciado porque el huevo ya no podía recuperarse.

—¡Marion! Te estaba esperando —dijo ella sin prestar atención al huevo caído—. Llegas con veinte minutos de retardo. Algún día olvidarás venir del todo.

Su voz era un delgado hilillo y esto fue más o menos lo que ella dijo, pues naturalmente yo no podía oírla. Me arrastró hacia adentro y tras varios intentos me hizo comprender que tenía un regalo para mí. ¡UN REGALO! ¡UN REGALO! ¡UN REGALO!

Carmela me ha hecho regalos muchas veces; algunas veces tejidos, ocasionalmente golosinas, pero nunca la había visto presa de tal excitación.

Cuando Carmela desenvolvió la trompetilla acústica yo no tenía idea de si se trataría de algo para comer, para beber o si por ventura, sólo de un adorno. Después de una serie de complicados gestos la puso en mi oreja y lo que yo siempre había escuchado como un delgado y distante hilo de voz, llenó mi cabeza como el bramido de un toro furioso.

—¿PUEDES OIRME? ¡Ah, Marion!

Podía, en efecto, y era aterrador. Asentí, perdida el habla: este espantoso sonido era peor que el ruido de la motocicleta de Robert.

—Esta magnífica trompetilla va a cambiar tu vida, —vociferó Carmela.

—No me grites —pude finalmente decir—. Me pones nerviosa.

Carmela y yo tuvimos que echarnos a reír.

—Un milagro —dijo Carmela todavía excitada pero usando un tono de voz más bien apacible—. Tu vida cambiará.

Ambas nos sentamos y chupamos un caramelo con sabor a violeta de los que le gustan a Carmela porque endulzan el aliento, a los que me estoy acostumbrando a pesar del más bien desagradable sabor y comenzando a disfrutar en aras de mi afecto por Carmela.

Entonces nos pusimos a pensar sobre todas las revolucionarias posibilidades de la

trompetilla acústica.

—No solamente podrás sentarte y escuchar bella música, sino que estarás en la feliz situación de poder espiar y averiguar lo que tu familia dice acerca de ti, lo cual será muy divertido —dijo Carmela, habiendo terminado de chupar su pastilla de violeta y encendiendo el pequeño puro de tabaco negro que suele fumar en las grandes ocasiones.

—La existencia de la trompetilla debe ser mantenida en secreto —agregó—, porque pueden quitártela si no quieren que sepas lo que hablan.

—¿Por qué querrían esconder nada de mí? —pregunté pensando en la afición de Carmela por el drama—. No les causo ningún problema, casi nunca me ven.

—Uno nunca sabe —dijo Carmela—. La gente mayor de siete años o menor de setenta no es de confiar, a menos que sean gatos; nunca está de más ser muy cuidadoso. Pienso en el goce de escuchar las conversaciones de la gente cuando ellos creen que uno no puede oírles.

—¿Cómo se puede evitar que vean la trompetilla? —dije con aire de duda—. ¡Los bisontes son animales grandes!

—Claro está que no debes dejarles verte usándola, debes esconderte y escuchar —me advirtió Carmela.

Yo no había pensado en esconderme; la trompetilla me ofrecía una aventura.

—Bueno, Carmela —dije—. Es una gran gentileza de tu parte regalarme la trompetilla, y estos diseños de nácar son muy bonitos, parecen jacobinos.

Carmela lucía contenta:

—Podrás escuchar la última carta que escribí y que no he despachado porque quería leértela antes de hacerlo. Desde que me robé la guía de teléfonos de París, en el Consulado francés, mi producción de cartas ha aumentado. No tienes idea de los bellos nombres de París. Esta carta va dirigida a Monsieur Belvedere de Oise Noisis, Rué de la Roche Potin, París 11. A duras penas podrías inventar algo más sonoro. Puedo imaginármelo como un frágil caballero, todavía elegante, con una pasión por los hongos tropicales que cultiva en un armario estilo Imperio. Usa chalecos bordados y viaja con maletas de color púrpura.

—¿Sabes, Carmela? —dije—. A veces pienso que pudieras recibir una respuesta a tus cartas si no impusieras tu imaginación a la gente que nunca has visto. Belvedere Noise Oisis es sin duda un bello nombre, pero supón que es gordo y colecciona canastas de mimbre. Supón que nunca viaja y que no tiene maletas, supón que es un joven con aficiones náuticas; debes ser práctica; pídeles que te envíen una fotografía.

—Algunas veces, Marion, piensas muy negativamente —dijo Carmela—. Aunque sé que tu corazón es generoso, no hay razón para que Monsieur Belvedere de Oise Noisis haga algo tan trivial como coleccionar cestas de mimbre. El es frágil, pero intrépido; tengo intención de enviarle algunas esporas de hongos para enriquecer su colección de especies que recibe del Himalaya.

Carmela entonces me leyó la carta. En ella decía ser una famosa alpinista peruana

que había perdido un brazo tratando de salvar la vida de un cachorro de oso atrapado al borde de un precipicio. La osa madre le había arrancado el brazo de un mordisco. La carta continuaba dando toda suerte de información acerca de los hongos de las grandes altitudes y ofrecía enviar muestras. Realmente —pensé— Carmela da por sentadas muchas cosas.

Cuando me fui de lo de Carmela era casi la hora del almuerzo. Llevaba la trompetilla bajo el brazo envuelta en papel de seda ocultándola con mi chal y caminaba lentamente para ahorrar energía.

Era presa de gran excitación y casi había olvidado que había sopa de tomate para el almuerzo. La sopa enlatada de tomate siempre me ha encantado y no la tomamos muy a menudo.

Mi estado de alegría me impulsó a entrar por la puerta del frente en lugar de hacerlo por la puerta de servicio que es mi manera usual de entrar a casa. Muriel había escondido algunos chocolates detrás de los anaqueles con libros y pensé que podía tomar unos pocos. Muriel es muy tacaña con los dulces; si fuera más generosa no estaría tan gorda. Muriel había salido a comprar las fundas para los muebles a fin de ocultar las manchas de grasa que tenían en su tapicería. Personalmente, me disgustan esas fundas y prefiero muebles lavables de mimbre porque resultan menos deprimentes que la tapicería cuando está manchada. Desgraciadamente, Robert estaba en la sala agasajando dos de sus amigos con algunas bebidas. Todos me miraron fijamente cuando les expliqué que había salido a dar mi caminata de los lunes. Mi dicción no es muy buena a causa de haber perdido todos mis dientes. Robert lucía embarazado al principio y luego furioso; me tomó por un brazo y me empujó rudamente hacia el pasillo. Como dice Carmela, la gente de menos de setenta y más de siete no son nunca dignos de confianza.

Como de costumbre tomé mi almuerzo en la cocina y después me fui a mi cuarto a cepillar a los gatos, Marmeen y Tchatcha. Yo los peino todos los días para mantenerles la larga pelambre bonita y brillante y el pelo que sueltan lo guardo para Carmela que me lia prometido hacer con él un suéter cuando haya reunido suficiente. He llenado ya dos tarros de jalea con el bello y suave pelo y se me hace un placentero y económico modo de tener prendas tibias para el invierno. Carmela opina que una chaqueta de lana sin mangas y con la botonadura al frente es una prenda práctica para cuando hace frío. Tengo una simple rueca india que podría usar para hacer hilados con la lana de los gatos. Mientras espero reunir suficiente, he estado practicando y haciendo hilados con desperdicios de algodón y me sentiría muy ocupada y feliz si no sintiera tanta nostalgia por el Norte. Dicen que uno puede ver la estrella Polar desde aquí y que nunca se mueve; jamás he podido descubrirla; Carmela tiene un planisferio pero no hemos podido descubrir cómo se usa. Hay muy pocas personas a quienes se podrían consultar sobre tales temas.

Una vez que hube escondido cuidadosamente la trompetilla, me dispuse a realizar mis tareas del mediodía.

La gallina roja parecía estar poniendo otro huevo en la cama; Marmeen se resistía a que le peinara la cola bien peinada, todo como de costumbre.

La súbita aparición de Galahad en el dintel de la puerta de mi cuarto casi me hace caer de la silla en mi asombro. La última vez que mi nieto visitó mi cuarto fue en la dramática ocasión en que la caldera explotó y vino acompañado por un plomero; una visita informal era algo muy fuera de lo común. Se estuvo en la puerta haciendo muecas con la boca. Supongo que decía algo. Puso una botella de Oporto sobre la cómoda, gesticuló un poco más y salió del cuarto. Este sorprendente comportamiento me mantuvo intrigada y preocupada hasta el atardecer. No era mi cumpleaños, por lo demás nunca me hace un regalo; a juzgar por el tiempo, no era Navidad. ¿Por qué haría tales extravagantes cambios en sus hábitos? Claro está que si yo tuviera el don que tiene Carmela de la psicología perceptiva, podría haberme asustado. En todo caso y en cuanto a mi conocimiento se refiere, no hay nada que yo pudiera haber hecho para cambiar el futuro. Una buena parte de mi vida la he empleado esperando, infructuosamente las más de las veces. Tracé un plan de acción a fin de descubrir los motivos de la insólita gentileza de Galahad; no es que le falten sentimientos humanitarios, sino que considera la gentileza hacia los seres que cree inanimados como una pérdida de tiempo.

Cuando el atardecer se convirtió en noche y la hora de la cena había pasado, esperé que la criada se retirara y entonces desenvolví la trompetilla y fui a esconderme en el oscuro pasillo que comunica la cocina con la sala. La puerta allí estaba siempre abierta, de modo que no tuve dificultad para contemplar un bello cuadro de la vida en familia. Galahad estaba sentado frente a Muriel cerca de la chimenea que contenía unas brasas eléctricas; estaban apagadas, pues el tiempo era cálido, de todos modos nunca daban calor.

Robert estaba sentado en el estrecho sofá y se entretenía cortando en tiras el periódico de la mañana.

La fundas nuevas ya estaban colocadas en las sillas y el sofá; eran de color castaño oscuro, prácticas y fáciles de lavar. Los tres miembros de mi familia sostenían una animada discusión.

—Aun si no sucediera nunca más, me sentiría avergonzado de invitar alguno de mis amigos aquí —vociferó Robert, tan estentóreamente que tuve que retirar la trompetilla un poco de mi oreja.

—Yo creí que todo había sido decidido —dijo Galahad—. No tienen por qué seguir tan exaltados si ya hemos acordado entre todos que la abuela lo pasaría mejor en un hogar de ancianos.

—Tú siempre decides las cosas con veinte años de retardo —dijo Muriel—. La abuela ha sido causa de ansiedad y molestias para nosotros durante los últimos veinte años y tú has sido testarudo y débil manteniéndola aquí sólo por satisfacer tu morboso sentimentalismo.

—Eres injusta, Muriel —dijo Galahad sin mucha entereza—. Bien sabes que

nunca tuvimos los medios de mantenerla en una institución antes de la muerte de Charles.

—El gobierno dispone de instituciones para los viejos y enfermos —exclamó Muriel—. Debió habérsela enviado hace largo tiempo.

—No estamos en Inglaterra —dijo Galahad—. Las instituciones de esa clase aquí no son propias para seres humanos.

—A la bisabuela —dijo Robert—, no se le puede considerar como un ser humano. No es más que una bolsa vieja de carne en descomposición.

—¡Robert! —exclamó Galahad sin mayor convicción—. ¡Robert!

—¡Pues bien, basta ya! —gritó Robert—. Invito a un par de amigos aquí a beber una copa y ese monstruo se aparece güiriguyendo en pleno día. Yo la eché fuera.

—Recuerda, Galahad —añadió Muriel—, la gente a esa edad son como vegetales, ni siquiera son animales. Ella lo pasará mejor en un lugar donde haya personal entrenado que la cuide; hoy día esos lugares están de lo más bien organizados. Me entrevisté hoy en el director de la institución; el doctor Gambir es un médico y su hogar para ancianos y enfermos parece el mejor lugar para la abuela.

—No hay más que discutir —dijo Galahad—. Todos estamos de acuerdo en que la abuela sea enviada donde el doctor Gambir y su esposa, espero que se sienta contenta. A propósito, la Institución se llama *El pozo de la hermandad de la luz*.

—Su cuarto será un excelente taller de motocicletas —dijo Roben—. Mientras más pronto se vaya, mejor.

Retiré la trompetilla de mi oído porque me dolía el brazo; la conversación me había revelado tal cúmulo de repulsivos cambios planeados para mi vida, que me sentí impulsada a irme a la cama y tratar de pensar.

Ya en mi cuarto, con la camisola de lana puesta, me di cuenta que estaba temblando con calentura. La idea que me atormentaba fue, al principio, “los gatos. ¿Qué pasará con los gatos?”, luego, “Carmela, ¿qué hará Carmela los lunes por la mañana?”, y la gallina roja, “¿qué será de la gallina roja? ¿dónde pondrá los huevos”, y “¿cómo se atreven a suponer que uno está mejor muerto que vivo?”. “¿Cómo pudieran saberlo?”. ¡Oh Venus!, ¿qué he hecho para merecer esto? (Siempre le rezo a Venus por ser una estrella tan brillante y reconocible). (“El conocimiento de lo que es mejor para los otros y la decisión de hacerles bien, les guste o no”). “¡Oh, Venus! ¿y los gatos? ¿Qué será de Marmeen y Tchatcha? Nunca hilaré su lana para hacerme el suéter con que calentar mis huesos, nunca me vestiré con lana de gato. Probablemente tendré que ponerme un uniforme y ninguna gallina roja pondrá todos los días un huevo en mi cama”. Atormentada por todas estas terribles visiones, caí en algo más cercano a la catalepsia que al sueño.

Claro está que al día siguiente visité a Carmela para contarle las espantosas noticias. Llevé mi trompetilla, puesto que esperaba escuchar un buen consejo.

—Algunas veces —dijo Carmela—, soy clarividente. Cuando vi la trompetilla en la tienda de antigüedades me dije: “He aquí justamente lo que Marion necesita”, y la

compré en seguida, tuve una premonición. Son noticias horribles, tengo que pensar en algo.

—¿Qué te parece *El pozo de la hermandad de la luz*? —pregunté—. A mí me asusta.

—¡*El pozo de la hermandad de la luz!* —dijo Carmela—. Es sin duda algo extremadamente siniestro. No lo supongo una empresa para moler viejas damas y convertirlas en polvo alimenticio para el desayuno, sino algo espiritualmente siniestro. Suena horrible. Tengo que pensar en alguna forma de liberarte de las fauces del pozo de la luz.

Esto parecía divertirla sin razón alguna y parloteaba aunque podía darme cuenta que se hallaba muy alterada.

—No me permitirán llevar los gatos —dije—. ¿Qué dices tú?

—¡Gatos no! —dijo Carmela—. A las instituciones no les gustan los animales, creen que los animales son un mal inevitable para propósitos alimenticios. Las instituciones no se permiten de hecho gustar de nada, no tienen tiempo.

—¿Qué haré? —dije—. Es una pena suicidarse después de haber vivido noventa y nueve años sin entender nada.

—Podrías escapar a Laponia —dijo Carmela—. Podríamos tejer una tienda aquí, de modo que no tengas que comprar una cuando llegues.

—No tengo dinero —repliqué—, nunca podríamos llegar a Laponia sin dinero.

—El dinero es una lata —dijo Carmela—. Si yo tuviera alguno te lo daría; tomaríamos unas vacaciones en la Riviera durante el viaje a Laponia e incluso podríamos ir al casino a probar suerte en la ruleta.

Carmela no podía darme consejo práctico alguno.

Las casas son como los cuerpos. Nos apegamos a sus muros, sus techos y sus objetos, del mismo modo que a nuestros hígados, esqueletos y torrente sanguíneo. No soy ninguna belleza, no necesito que un espejo me lo haga saber; sin embargo, me aferré a este carapacho descarnado como si se tratara del cuerpo intachable de la misma Venus. Esto va también con el patio posterior y el cuartito que ocupaba entonces, mi cuerpo, los gatos, la gallina roja, todas las partes de mi cuerpo y el vacilante flujo de mi sangre. La separación de estos seres y objetos familiares era la muerte misma. No había remedio para esa espina hundida en mi corazón y en su hilillo de sangre vieja. Pero, ¿no era el viaje a Laponia con sus perros peludos una violación también de esos amados hábitos? Sin duda que sí, pero cuán diferente ej una institución para viejas decrépidas.

—Si por casualidad te encerraran en un cuarto del décimo piso —dijo Carmela, encendiendo uno de sus puros—, podrías usar un montón de esas cuerdas que tejes y escapar. Yo podría esperarte abajo con una metralleta y tal vez con un automóvil, alquilado, por supuesto. No creo que resultaría demasiado caro alquilar un automóvil por una hora o dos.

—¿De dónde sacarías la metralleta —le pregunté intrigada ante la idea de

Carmela armada con tan mortífero artefacto—. ¿Y cómo se usan? Nunca pudimos usar el planisferio, mucho menos podríamos manejar una metralleta que debe ser mucho más complicada.

—Las metralletas son fáciles de manejar —dijo Carmela—. Son la simplicidad misma. Las cargas con un montón de balas y aprietas el gatillo. No se requiere ningún talento del otro mundo y no tienes que hacer blanco siquiera; el ruido aterra a la gente, creen que eres un ser peligroso si te ven con una metralleta.

—Tú pudieras ser peligrosa —dije alarmada—. ¿Supon que me das a mí por error?

—Yo solamente apretaría el gatillo por absoluta necesidad —dijo Carmela—. Suponte que suelten tras de nosotras una manada de perros policía, en tal caso tendría que disparar. Una jauría entera de perros es un excelente blanco, digamos que sean cuarenta perros a una distancia de unos tres metros, no sería fácil errar. Además yo siempre podía distinguirte de un sabueso Doberman furioso.

No lograba sentirme del todo a gusto con el razonamiento de Carmela.

—Supongamos —argüí—, que fuera sólo un perro policía dándome caza en círculos, podrías fácilmente herirme a mí en lugar del perro.

—Tú —dijo Carmela, dándole estocadas al aire con su puro—, estarás trepando por tu cuerda hasta el décimo piso y los perros me atacarán a mí, no a ti.

—Bueno —dije sin estar completamente convencida—, cuando dejemos el patio de ejercicio (sería un patio de ejercicio —lo supongo— rodeado de altas paredes) cubierto de cadáveres de perros policía. ¿Qué haremos? y ¿dónde iremos?

—Nos uniremos a una banda en un lugar de veraneo elegante, ¿sabes?, y les diremos a los apostadores los caballos ganadores con anticipación.

Carmela se me iba por la tangente; hice un esfuerzo por hacerla volver al tema.

—Creí que me habías dicho —le dije—, que dentro de esas instituciones no se permiten animales, cuarenta perros policía son sin duda cuarenta animales.

—Los perros policía —afirmó Carmela—, no son, hablando con propiedad, animales. Los perros policía son seres pervertidos sin mente animal. Si los policías no son seres humanos, ¿cómo pueden los perros policía ser animales?

Era imposible contestar a esto. Carmela debió haber sido abogado, tan hábil que era para construir sofismas.

—Podrías asimismo decir —le dije—, que los perros pastores escoceses no son perros sino ovejas pervertidas; si mantienen cuarenta perros policía en una institución, ¿qué diferencia significarían uno o dos gatos?

—Piensa en los pobres gatos viviendo en constante angustia en medio de cuarenta feroces sabuesos —Carmela miró frente a mí con expresión agónica y prosiguió—. Su sistema nervioso no podría sobrevivir en una institución como esa.

Tenía razón, desde luego, como de costumbre.

Sintiéndome todavía aplastada por la desesperación, a duras penas regresé a casa. Cuánto echaría de menos a Carmela y sus estimulantes consejos, los puros negros, las

pastillas con sabor a violetas. En una institución probablemente me harán chupar cápsulas de vitaminas. Vitaminas y sabuesos, paredes grises, metralletas. No podía pensar coherentemente, el horror de la situación flotaba en enredados amasijos, me dolía la cabeza como si me la hubieran rellenado con alambre de púas.

La fuerza de la costumbre, más que las piernas, me llevó de vuelta a la casa y me senté en el patio trasero. Extrañamente me sentía en Inglaterra y era domingo a mediodía. Me hallaba sentada, con un libro en las manos, en un asiento de piedra bajo un macizo de lilas. Próximos a mí, los romeros saturaban el aire con su perfume. En las cercanías jugaba al tennis, los golpes de raqueta se oían con toda regularidad. Esto era el jardín holandés desaparecido. ¿Por qué holandés? me pregunto. ¿Las rosas? ¿Los parterres geométricos floridos? o quizás ¿Por qué está sumergido? Las campanas repican, es la Iglesia protestante. ¿Hemos ya tomado el té? Emparedados de pepino, torta de anís, panecillos. Sí, seguro que ya hemos tomado el té.

Mi largo y oscuro cabello es suave como el pelo de un gato, soy bella. Esta es como una gran sacudida porque acabo de darme cuenta de que soy bella y me preocupa. ¿Por qué? La belleza constituye una gran responsabilidad, como cualquier otra, las mujeres bellas llevan vidas especiales, como los primeros ministros, pero no es eso lo que en realidad quiero, debe haber algo más... El libro, puedo verlo ahora; las Fábulas de Hans Christian Andersen, La Reina de la Nieve.

La Reina de la Nieve, Laponia. La pequeña Kay resolviendo problemas de aritmética en el helado castillo.

Ahora veo que me ha sido planteado un problema que no puedo resolver aunque he estado tratando de hacerlo por muchos, muchos años. Aquí, no estoy realmente en Inglaterra en este perfumado jardín, aunque no acaba de desaparecer como hace casi siempre; estoy inventando todo esto y está a punto de desaparecer, pero no lo hace. Sentirse tan fuerte y tan feliz es demasiado peligroso, algo horrible está a punto de ocurrir y tengo que encontrar rápidamente el remedio.

Todas las cosas que amo van a desintegrarse y no hay nada que pueda evitarlo a menos que resuelva el problema de la Reina de la Nieve. Ella es la Esfinge del Norte de piel crujiente y diamantes en las diez garras de cada pie, su sonrisa está congelada y sus lágrimas repiquetean como granizo sobre los extraños diagramas dibujados a sus pies. En alguna parte, alguna vez, debo haber traicionado a la Reina de la Nieve, pues ahora, con seguridad debiera saber.

El joven vestido con traje blanco de franela ha venido a preguntarme algo: ¿No quisiera jugar tennis? Bien, realmente no soy muy buena deportista. ¿Sabes? Es por eso que prefiero leer algún libro. No, no necesariamente intelectual, cuentos de hadas. ¿Cuentos de hadas a tu edad?

¿Por qué no? ¿Qué es edad en todo caso? Algo que no comprendes, mi amor.

Los bosques están ahora llenos de anémonas silvestres. ¡Vayamos! No, querida, no dije enemas silvestres, dije anémonas silvestres, flores; cientos y miles de flores silvestres a lo largo y lo ancho del terreno, bajo los árboles, trepando por el camino

hasta la altura del mirador. No tienen olor pero su presencia es como un perfume y tan obsesionante como si lo fuera. Las recordaré toda mi vida.

¿Te diriges a alguna parte, querida?

Sí, a los bosques.

Entonces ¿por qué dices que las recordarás toda la vida?

Porque eres parte del recuerdo y vas a desaparecer; las anémonas florecerán eternamente, nosotros no.

Querida, deja de filosofar, no te va bien, tu nariz se enrojece.

Desde que descubrí que era realmente bella, no me importa que mi nariz enrojezca si conserva su bella forma.

Eres odiosamente vanidosa.

No, querido, no realmente, porque tengo un espantoso presentimiento que desaparecerá antes que sepa para qué sirve. Estoy tan asustada que no podría disfrutar de ser vanidosa.

Eres una maniática depresiva y me aburriría como una ostra si no fueras tan bonita.

Nadie podría aburrirse conmigo; tengo tanto espíritu.

Demasiado, además de un bello cuerpo, gracias al Cielo.

La luz verde y dorada de los bosques, mira los helechos. Dicen que las brujas hacen cosas mágicas con ellos. Son hermafroditas.

¿Las brujas?

No, los helechos. Alguien trajo aquel enorme abeto azuloso del Canadá, costó millones y millones. ¿Qué tontería, traer un árbol de América! ¿No odias a América? No, ¿por qué debería odiar a América, nunca he estado allá, son espantosamente civilizados.

Bien, yo odio América porque sé que si vas nunca puedes marcharte y pasarás la vida llorando por los enemonos que nunca volverás a ver.

Quizás América está cubierta de cabo a rabo de flores silvestres, principalmente anémonas, desde luego que no lo está.

¿Cómo puedes saberlo con tanta certeza?

No la parte de América en que estoy pensando. Hay otras clases de flores, plantas y polvo, polvo, polvo. Puede que algunas palmeras, y algunos vaqueros galopen por aquí y por allá montados en vacas.

¡Montan a caballo!

Bueno, caballos. ¿Tiene importancia cuando se está tan mal de salud como para no poder regresar que cabalguen caballos o cucarachas?

Bueno, no tienes que irte a América. ¡Así que alégrate!

¿No? ¿Quién sabe? Algo me dice que voy a ver buena parte de América y que estaré muy triste allá, a menos que un milagro ocurra.

¡Milagros! ¡Brujas! ¡Cuentos de hadas! ¡Vamos, querida, madura un poco!

No creas en magia si no quieres, pero en este mismo momento algo muy extraño

está ocurriendo. Tu cabeza se ha disuelto en el aire y puedo ver los rododendros a través de tu estómago; no es que te hayas muerto, ni que nada tan igualmente dramático haya pasado, simplemente te pierdes a lo lejos y ni siquiera puedo recordar tu nombre. Me acuerdo de la franela blanca de tu traje mejor que de ti. Recuerdo todas las cosas que sentí sobre el traje de franela blanca, pero quien quiera que lo hacía caminar de un lado para otro, ha desaparecido totalmente.

¿Conque me recuerdas como un traje de lino rosado sin mangas y mi rostro se confunde con docenas de otros rostros, no tengo siquiera nombre? ¿Por qué entonces tanto alboroto por la individualidad?

Me pareció oír reír a la Reina de la Nieve; rara vez lo hace.

Y allí estaba yo amodorrada en mi terrible y viejo carapacho y Galahad estaba tratando de decirme algo. Vociferaba con toda la fuerza de su garganta.

—No, bisabuela, no estoy invitándote a jugar tennis. Estoy tratando de darte una noticia agradable e importante.

—¿Agradable? ¿Importante?

—Te vas de vacaciones; ¡vas a divertirte mucho!

—Querido Galahad, no me cuentes historias tontas. Ustedes me están enviando a un hogar para mujeres seniles, porque me consideran una repulsiva bolsa vieja y me atrevo a decir que desde su punto de vista tienen razón.

Se quedó frente a mí haciendo muecas, sorprendido como si yo hubiera sacado una cabra de mi gorro, esto duró por un buen rato.

—Esperamos que seas razonable en esto —exclamó Galahad—. Te sentirás a gusto y tendrás buena compañía.

—Querido Galahad, ¡ponero lo que tú puedas considerar irrazonable! ¿Quieres decir que pudiera echar la casa abajo ladrillo por ladrillo y pisotearlos? ¿Arrojar la televisión desde el techo? ¿Montar desnuda en la repulsiva motocicleta de Robert? No, Galahad, no tengo la fuerza necesaria para reaccionar en alguna de esas formas. No me queda más remedio que ser lo que tú llamas razonable, no hay porqué preocuparse.

—Te sentirás bien, tendrás toda clase de pasatiempos interesantes y un personal bien entrenado verá que nunca te sientas solitaria.

—Yo nunca me siento solitaria, Galahad, mejor dicho nunca sufro de soledad. Me hace sufrir la idea de que mi soledad me pueda ser arrebatada por un grupo inmisericorde de gente bien intencionada. Clao está que no espero que me comprendas. Todo cuanto deseo es que no creas que me estás persuadiendo cuando en realidad se me está forzando a algo en contra de mi voluntad.

—Realmente, bisabuela, se trata de tu propio bien, sé que lo apreciarás más tarde.

—Lo dudo mucho pero, como en todo caso, nada que yo pueda decir cambiará tu opinión, dime nomás cuándo tengo que marcharme.

—Bueno, hemos pensado que podríamos llevarte el martes a darle un vistazo al lugar; si no te gusta, te regresas con nosotros.

—Hoy es domingo.

—Sí, hoy es domingo, me alegra verte tomarlo así, verás qué bien lo vas a pasar haciendo cantidades de amistades y dando saludables caminatas de ejercicio en Santa Brígida. Es como en el campo, ¿sabes?

—¿Qué quiere decir “saludables caminatas de ejercicio” —pregunté presa de la horrible premonición de que pudiera haber allí un equipo de hockey. Uno nunca sabe con la terapia moderna. Hago bastante ejercicio aquí.

—Eso quiere decir —replicó Galahad confirmando mis temores—, deporte organizado. Vas a sentirte como si fueras una muchacha después de un mes o dos.

Me faltaba el aire y me contuve a fin de reservar energía; tenía muchas cosas que averiguar antes de bajar a la tumba; además, discutir con Galahad me parecía de lo más estéril. Continuó hablando por algún tiempo, pero yo ya no le escuchaba porque había dejado de gritar.

Hace unos cincuenta o sesenta años compré un baúl de lata en el barrio judío de Nueva York. Este baúl se ha sobrepuesto al tiempo y prestado toda clase de servicios; recientemente lo he estado usando como mesa de té cuando Carmela viene a visitarme. Esperaba empacar de nuevo sólo cuando partiera para Laponia. Esto prueba que uno nunca puede estar seguro del futuro. No había abierto ese baúl por unos siete años, eso debe haber sido cuando Carmela me dio una pócima para dormir que hizo ella misma y que nunca me atreví a probar. La botella estaba todavía en el fondo del baúl y tenía en el fondo un sedimento cristalino que aparecía extraordinariamente venenoso; se había vuelto de un color marrón y alrededor de la tapa le habían nacido hongos grisáceos. Como uno nunca sabe atando algo va a resultar útil, decidí dejarla tal cual estaba. Nunca boto nada. Por dentro, el baúl era de buena madera y estaba empapelado con un diseño de muy buen gusto, ligeramente manchado en algunas partes.

El primer objeto que coloqué en el baúl, al lado de la pócima para dormir fue, desde luego, la trompetilla fatal, lo que me hizo recordar al Arcángel Gabriel, aunque si mal no recuerdo se supone que él toque su trompeta y no que escuche a través de ella; esto, de acuerdo a la Biblia, sería el último día, cuando la humanidad se acerque a la catástrofe final. Extraño es que la Biblia parece siempre acabar en miseria y cataclismo. Siempre me ha intrigado que su furibundo y malintencionado Dios se haya vuelto tan popular. El ser humano es muy raro y no pretendo comprender mayor cosa; sin embargo, me pregunto: ¿Por qué venerar algo que sólo te envía plagas y matanzas? Y ¿por qué se le echa la culpa a Eva?

Luego tuve que abrir la cómoda y sacar las cosas, y todas las cajas de cartón con sus diferentes etiquetas: mermelada, vidrio, frijoles enlatados, salsa de tomate. No contenían desde luego lo que las etiquetas decían, sino una variedad de trastos que se van acumulando con el tiempo. Uno tiene que ser cuidadoso al escoger las cosas que se lleva cuando se va para siempre, algo aparentemente inútil puede resultar esencial bajo circunstancias especiales. Decidí empacar como si estuviera emprendiendo mi

viaje a Laponia. Había un atornillador, un martillo, clavos, alpiste, un montón de cuerdas que yo misma había hecho, algunas tiras de cuero, pedazos de un reloj despertador, agujas e hilo, una bolsa de azúcar, fósforos, cuentas de color, conchas de caracoles y así... Finalmente metí unas cuantas vestimentas para evitar que las cosas sonaran dentro del baúl. A sabiendas de que Muriel era una entrometida profesional, decidí, para evitar inspección alguna de mi equipaje, llenar con piedras las cajas de cartón que habían quedado vacías y las até de nuevo con cuerdas de modo que pareciera que había dejado mi miscelánea colección abandonada. Muriel lo calificaría como “basura” y lo mandaría a botar. No es que yo pensara que esos objetos eran lo más adecuado para seducir a los lapones, pero los puse allí como si lo fueran. Las instituciones para ancianos, así como el lejano Norte, son lugares ajenos a la civilización y uno nunca sabe lo que la gente pueda desear bajo tales circunstancias. Por algo fui educada donde las monjas.

El tiempo, como se sabe, pasa. Que la historia se repita en la misma forma, es harto dudoso. Un amigo, cuyo nombre no he mencionado hasta ahora debido a su ausencia, me dijo que un universo rosado y uno azul se atraviesan mutuamente en partículas como si fueran dos enjambres de abejas y cuando dos partículas de diferente color chocan, los milagros se producen. Todo esto tiene algo que ver con el tiempo, aunque dudo de que pueda explicarlo correctamente.

Este amigo, el señor Marlborough, ha estado viviendo en Venecia con su hermana, de modo que no le he visto por mucho tiempo. El señor Marlborough es un gran poeta y ha conquistado fama en años recientes. A veces he pensado en escribir poesía yo misma, pero encontrar las rimas adecuadas es muy difícil, es como conducir una manada de pavos y canguros por una avenida muy transitada logrando mantenerlos juntos sin que se detengan a mirar las exhibiciones de los almacenes. ¡Hay tantas palabras! ¡Y todas significan algo! Marlborough me dice que su hermana es inválida de nacimiento y a veces me pongo a pensar en lo que pueda pasarle. Lo dice tan misteriosamente...

Si recuerdo correctamente, los escritores siempre encuentran una justificación para sus libros, aunque no veo razón para que uno tenga que justificarse por tener una ocupación tan tranquila y pacífica. Los militares al parecer nunca parecen justificarse por matar; sin embargo, los novelistas se sienten avergonzados por escribir algún hermoso libro del que no se puede estar seguro que vaya a ser leído por nadie.

Los valores son de lo más extraños, cambian tan rápidamente que uno no puede mantenerse enterado. Me digo todo esto, porque pudiera escribir algunos poemas yo misma, de todos modos. Creo que una balada pudiera estar más dentro de mi estilo, con versos cortos muy simples, digamos que algo así:

Nada en el suelo fue dejado,
en todos los rincones he buscado.
Abandonada por todos, por doquier

no les dejaré al morir, ni un alfiler.

Esto, desde luego, es sólo un ejemplo, pues me inclinaría más bien por algo de corte romántico.

Con todos estos pensamientos zumbando en mi cabeza como las abejas en una colmena, continué empacando. Era mucho trabajo, pero no tenía deseos de dormir; estaba de lo más preocupada. Dormirse y despertar no son tan diferentes como antes lo fueron; a menudo los confundo.

Mi memoria está llena de toda clase de cosas; no es que estén en perfecto orden cronológico, pero me enorgullezco de tener en ese respecto una excelente facultad.

Los gatos dirigían himnos a la luna.
En la orilla del mar yacía la espuma.

Nunca pude redondear esta imagen poética; debo haberme quedado dormida, después de todo.

Santa Brígida es un suburbio al extremo sur de la ciudad. En realidad, se trata de un antiquísimo villorrio hispano-indio unido a la ciudad por fábricas y estaciones de servicio. Unas casas son de adobe y otras de piedra; las calles, adoquinadas y estrechas, están bordeadas por árboles y altas paredes que ocultan mansiones coloniales y parques privados. El lugar tiene cierto encanto cuando el olor de la fábrica de papel de Gómez y Compañía no lo invade durante los días húmedos. Basta una gota de lluvia para que todo tenga un horrible hedor que no admite comparación alguna; la última casa de la calle Albahaca era la Institución. Era completamente diferente de cualquier cosa que Carmela y yo hubiésemos podido imaginar. Había muros, naturalmente, pero todo lo demás era diferente. Desde fuera nada podía verse como no fueran viejas paredes llenas de helechos y hiedra. La puerta del frente era una mole de madera reforzada con herrajes que en el pasado seguramente representaron cabezas pero que ahora lucían como bolas lisas. El conjunto tenía más el aspecto de un castillo medieval que el hospital o la prisión a que yo esperaba ser conducida.

La señora que nos hizo entrar era tan distinta de la immaculadamente uniformada portera que yo me había imaginado, que no pude menos de quedármela mirando. Era, en cierto modo, más joven que yo, se diría que unos diez años menos. Vestía una especie de pantalón de pijama hecho con tela de franela, un tuxedo de hombre y una camiseta de cuello de tortuga. Tenía una abundantísima cabellera que se escapaba de una gorra de marino sobre cuya visera podían verse las iniciales H. M. S. acompañadas de la palabra THUMBELINA y de una corona real. No paraba de hablar y daba la impresión de estar muy excitada, y me di cuenta de que aunque Galahad y Muriel trataban de decir algo, ella no les daba la menor ocasión de decir

palabra. Las primeras impresiones que recibo nunca suelen ser muy claras; sólo puedo decir que al parecer había una variedad de patios interiores, claustros, fuentes de aguas estancadas, árboles y terrenos enmatojados. El edificio principal era, en efecto, un castillo medieval, rodeado de diversos pabellones de las más diversas formas: casas de las que les gustan a los duendes, en forma de hongos, parecidas a una casa de campo suiza con aspecto de reloj cucó, vagones de ferrocarril, un par de cabañas corrientes, una con el aspecto de una bota y la otra que parecía una momia egipcia desmesuradamente grande.

Todo era tan extraño que no estuve muy segura de que realmente lo veía. Nuestro guía continuó hablando atropelladamente, se desentendía completamente de Muriel y Galahad y parecía querer explicarme algo a mí. Podía ver la sorpresa marcada en sus rostros y me daban la impresión de que si no cambiaban de planes se debía a haberse ya tomado el trabajo de cargar con mi baúl. Después de caminar por un buen rato, llegamos a una torre situada en medio de un huerto. No era la torre del edificio principal. Tenía más bien el aspecto de ser una nueva edificación y no tenía sino tres pisos de altura. Pintada con lechada de cal, tenía en ciego modo el aspecto de un faro, aunque un faro es lo menos que uno esperaría poder encontrar en un huerto. Nuestra guía abrió la puerta y después de continuar en un huerto, por un cuarto de hora nos hizo entrar. Este extraordinario lugar era, evidentemente, donde se suponía que yo viviera. El único mobiliario consistía en una silla de mimbre y una pequeña mesa. Todo lo demás era pintado. Lo que quiero decir es que el mobiliario que debía estar allí y no estaba, estaba pintado en las paredes. Era todo tan ingenioso que al principio no me di cuenta. Traté de abrir el armario y era pintado. Había unos anaqueles con libros y se podían leer sus títulos. Todo pintado con muy buena perspectiva. Una ventana se abría al jardín y la cortina se agitaba con la brisa o, mejor dicho, se habría agitado si hubiera sido de verdad. Había una puerta y un aparador con toda clase de adornos. Todo pintado.

Todo este mobiliario bidimensional tenía un efecto extrañamente deprimente, era como dar de narices contra una puerta de vidrio.

No pasó mucho tiempo antes de que Muriel y Galahad se fueran, pero nuestra acompañante permaneció y continuó parlotando como una lunática. Me preguntaba si ella sabría que yo no podía escuchar ni una palabra de lo que decía, aunque de todos modos habría sido imposible comunicar nada en medio de aquella avalancha de palabras. Dudo de que si mi proclamación hubiera sido hecha en clara e inteligible voz, ella la hubiera oído. Finalmente, la dejé sola y me encaramé por las escaleras a fin de examinar el resto de la torre. Había un cuarto con una ventana de verdad, una cama y un ropero; no había decoración en las paredes. En el rincón había una escalerilla que conducía a una puerta trampa que decidí trepar en otra ocasión, sintiéndome más bien cansada por tanto movimiento.

Pude hacer veinticinco viajes por las escaleras y desempacar mi baúl sin que ella dejara de hablar. Decidí correr el riesgo de usar mi trompetilla. La sala de baño, que

estaba en la planta baja, era un buen sitio para probar la acústica. Y esto era lo que ella estaba diciendo:

—No es que significara mayor diferencia, pero a él no se le permitió permanecer aquí a causa de los patos. Me envió una hermosa carta de todos modos, una larga carta y ustedes deberían haber leído cómo persiguió un chacal por diez kilómetros.

“Es casi la hora del té y el doctor Gambit espera que estemos reunidos antes que suene la campanilla. El doctor Gambit no acepta excusas cuando se trata de la puntualidad, así que mejor es que nos apuremos. En lo que a mí respecta, considero al tiempo sin importancia alguna y cuando pienso en las hojas del otoño y la nieve, los pájaros y las abejas, la primavera y el verano, me doy cuenta de que el tiempo no tiene, realmente, importancia y sin embargo la gente le atribuye tanta importancia a los relojes. Ahora, que yo creo en la inspiración, una conversación inspirada entre dos personas con una afinidad misteriosa, puede dar más gozo a la vida que el reloj más costoso. Desgraciadamente, hay muy pocas personas inspiradas y uno tiene que refugiarse en su propia reserva de fuego vital, esto es de lo más fatigoso especialmente si tengo, y ustedes lo saben, que trabajar día y noche aun si todos mis huesos me duelen y mi cabeza da vueltas y estoy a punto de desmayarme de cansancio y nadie comprende cómo lucho para mantenerme en pie y no perder el gozo inspirado de la vida, aun si siento palpitaciones en el corazón y me hacen esforzar como una pobre bestia de carga. Algunas veces me siento como Juana de Arco, tan espantosamente incomprendida, y todos esos cardenales y obispos acosando su pobre alma angustiada con tanta pregunta innecesaria; y no puedo evitar sentir una profunda afinidad con Juana de Arco y a menudo siento que soy quemada en la pira sólo por ser tan diferente de todos los demás porque siempre he rehusado renunciar a aquel extraño poder que llevo dentro y que se manifiesta sólo cuando estoy en armoniosa comunicación con otro ser tan inspirado como yo”.

Hice varios intentos fútiles de decirle que de todo corazón estaba de acuerdo con ella y su filosofía de la vida, pero fue imposible lograrlo, quería también preguntarle si podía ir con mi trompetilla a tomar el té sin provocar excesivos comentarios, pero esto fue imposible también. Continuó hablando aunque yo, de pie frente a ella, continuaba abriendo y cerrando mi boca esperanzadamente. Empezaba además a preocuparme del disgusto que sentía el Dr. Gambit por la gente que llegaba tarde para el té, pero ella no hacía señales de moverse y estaba parada enfrente de la única salida, bloqueándola. Podríamos no tomar té alguno si no íbamos inmediatamente, lo cual sería muy desagradable suponiendo que el té fuera la última comida y no dieran cena, ya que en este caso tendría que aguantarme el hambre hasta el desayuno.

“Si tan sólo la gente en este mundo se diera cuenta de la importancia de comprenderse unos a otros. Tomen mi caso, por ejemplo, nadie me comprende aquí, ni siquiera hacen un esfuerzo para aliviarme compartiendo conmigo todo ese trabajo que tengo que hacer que me está aplantando como a Juana de Arco. Sin embargo, mi fuente de inspiración permanece intacta, debido a la capacidad de lucha que hay

todavía dentro de mí. Burbujas de ideas creativas brotan de mí; yo doy, doy y, aún así, otras gentes no comparten esta facultad para la comprensión. Se me hace trabajar más y más; cuando me levanto por las mañanas una terrible náusea me invade al tener que trabajar tanto, tan sólo el exceso de trabajo es suficiente para desangrar a una persona. Soy tan alocadamente generosa que todo el mundo se aprovecha de mí en todas ocasiones y todas las tareas del día y de la noche, son colocadas sobre mis hombros”.

Todo esto era de lo más alarmante. ¿Qué clase de terrible trabajo había trastornado a la pobre mujer?

¿Tendría yo que trabajar también día y noche hasta que no pudiera parar de hablar? Tal vez la hagan palear carbón para una enorme caldera, tal vez sea no una caldera, sino un crematorio privado; los viejos se están muriendo todo el tiempo. Tal vez tuvieran un grupo de condenados a trabajos forzados y tuviéramos que estar todo el tiempo picando piedras y cantando canciones marineras (esto explicaría por qué ella lleva la gorra de marino). Todas estas extrañas construcciones afuera comenzaban a tener un significado siniestro. Casitas de cuentos de hadas para inducir a las viejas damas de buena familia a creer que llevábamos una vida pacífica de viejos vueltos a la infancia y, entre bastidores, un horno crematorio y un grupo de condenados a trabajos forzados. Empezó a importarme poco si llegábamos o no a tiempo para tomar el té. Me dolía el brazo de sostener la trompetilla, lo tenía casi paralizado, pero alguna clase de extraña fascinación me impedía moverlo y retirar la trompetilla cayendo así de nuevo en lo que ahora me parecía un silencio bendito. En alguna parte, a lo lejos, una campana sonó, y sin dejar de hablar mi acompañante me tomó por el brazo y nos dirigimos hacia el edificio principal. Sostuve la trompeta contra mi oreja como hipnotizada. Su parloteo era como la rueda de la fortuna en las ferias, que tiene algunas pocas variaciones, pero siempre regresa al mismo punto, su entusiasmo no flaqueaba en lo más mínimo, ni su agradable cara arrugada cambiaba la expresión de intensa sinceridad bajo la visera de la gorra de marino.

Después supe que el nombre de mi acompañante era Anna Wertz, no me lo dijo ella misma, no habría tenido tiempo para expresar algo tan banal.

El salón comedor era una amplia estancia con artesonados y ventanas de estilo francés que se abrían hacia el jardín. Cortinas de terciopelo verde, algo deterioradas por el largo uso, nos separaban de otra estancia en la cual todo estaba cubierto con tela estampada de algodón. Llegamos justo a tiempo para tomar asiento cuando todos los demás lo hicieron; yo me senté entre Anna Wertz y otra dama, la fila en que estábamos daba la espalda a las ventanas y esto me hizo sentir algo de claustrofobia. Por un día o dos, confundí a mis nueve compañeros nuevos. Eran, desde luego, muy diferentes, pero es lógico que diferenciar a las personas tome algo de tiempo. Después de un muy breve examen visual, no me atrevía a mirar al Dr. Gambit, temerosa de aparecer insolente. El se sentaba a la cabeza de la mesa, lo cual era natural, según supongo, por ser el único caballero presente. La primera impresión que

me dio fue de ser calvo, casi completamente, fornido y nervioso. Era difícil ver sus ojos pues llevaba unas gruesas gafas, pero cuando pude escudriñar un poco tras los gruesos cristales vi que tenía dulces ojos verdes y espesas pestañas, inadecuadas para una cara semejante, hacían que los ojos lucieran como los de un niño. Eran ojos que miraban sin ver, me imagino que sería tan miope que había poco que pudieran ver en todo caso. ¡Pobre hombre!

No bien tuvimos enfrente nuestra ración de jalea de fresas y dos rebanadas de pan, Anna Wertz desencadenó algo que pudo haber sido un discurso.

—¡Silencio, Anna Wertz, estáte quieta! —dijo el doctor Gambit, tan de improviso y con tan penetrante voz nasal, que dejé caer mi cuchara. Aun sin la trompetilla pude oírlo perfectamente.

—Hoy, en honor a un nuevo miembro de nuestra pequeña sociedad, voy a delinear los principios básicos del *Pozo de la Luz*. Nuestro propósito es seguir los principios de la cristiandad profunda y comprender la enseñanza original del Maestro. Me habéis oído estas frases muchas, muchas veces, pero ¿captamos el significado de tal Obra? ¡Obra es y obra permanecerá! Antes de que comencemos a percibir una débil evidencia de Verdad, debemos por muchos años empeñarnos desesperadamente y perder la fe una y otra vez antes de que la primera recompensa nos sea concedida.

Me di cuenta que tenía un ligero acento extranjero, aunque era difícil de descubrir, lo que no impedía que su voz nasal fuera tan audible como cualquier sirena. Parecía inspirar gran respeto a todo el mundo, a juzgar por la seriedad con que todas masticaban sus alimentos, a tiempo que miraban a sus respectivos platos. Mientras hablaba, tuve ocasión de examinar cuidadosamente un gran óleo colgado en la pared que estaba frente a mí. La pintura representaba a una monja con cara extraña y maliciosa.

—Estos principios, aparentemente simples pero infinitamente difíciles, son la médula de nuestra enseñanza —continuó el Dr. Gambit—. Hay cinco palabritas que proveerán siempre la clave para la comprensión de la cristiandad profunda: la memoria de sí mismo, mis amigas, son las palabras que nosotros debemos empeñarnos en mantener presentes a través de todas nuestras actividades diarias.

El rostro de la monja de la pintura al óleo estaba tan curiosamente iluminado que daba la impresión de hacer un guiño, aunque ello no pareciera posible. Debe haberse tratado de una monja bizca y el pintor la retrató con toda semejanza. La idea de que ella hacía un guiño persistió, y no sólo eso sino que se dirigía a mí con una mezcla de burla y malevolencia de lo más desconcertante.

—La memoria de sí mismo —continuó el doctor—, no debe convertirnos, sin embargo, en fanáticos. Podemos recordarnos a nosotros mismos y ser excelentes y agradables compañeros a la vez.

La idea de que el doctor Gambit fuera agradable era más bien horripilante, así que dediqué una mirada a Anna Wertz para disipar tal imagen. Ella miraba a su plato con la apariencia de estar furiosa.

Una o dos señoras preguntaron al doctor Gambit algunas cosas y yo, tímidamente, apliqué mi trompetilla al oído de modo que ellas pudieran ver que yo comenzaba a sentir una inteligente curiosidad. La primera de las damas que habló tenía una blusa a rayas más bien elegante y un chaleco, y su cabello estaba cortado como el de un hombre. Luego supe que se trataba de una marquesa francesa llamada Claude de la Checherelle y ello me impresionó profundamente, pues en toda mi vida había conocido muy pocos aristócratas.

—¿Deberíamos tratar de mantener la memoria de sí mismo cuando estemos jugando a la candelita? —preguntó la marquesa.

—Podemos mantener la memoria de sí mismo a todas horas, mientras nos entreguemos a toda clase de ocupaciones o recreaciones —dijo el doctor—. Me di cuenta que sus gafas se fijaron en mi trompetilla.

Una señora menuda, de expresión preocupada y cabello alborotado y algo descuidado, fue la siguiente en hablar. Vi que trataba de dominar su azoramiento. —Usted sabe, doctor —dijo—, que en efecto hago grandes esfuerzos, pero con frecuencia olvido acordarme de mí misma y me siento muy humillada.

—El simple hecho de notar esta falta de su carácter constituye ya una mejoría y un avance —dijo el doctor—. Nos acordamos de nosotros mismos a fin de tratar de crear una observación objetiva de la personalidad.

—Bueno —dijo la pequeña mujer—, seguiré intentándolo a fin de mejorar, aunque me doy cuenta de que poseo una naturaleza condenadamente débil.

Lucía sin embargo muy complacida, me puse a pensar en la posibilidad de que ella hubiera hecho su propia blusa, que era de color rosado con un nudo de cinta blanca en el cuello. Siempre admiré a la gente que sabe coser. Carmela era una costurera admirable, pero era mejor no pensar todavía en Carmela. Se estaban levantando de la mesa y tuve justo el tiempo de meterme en la boca el último bocado de pan antes de que la marquesa se dirigiera a mí.

—Claude de la Checherelle —dijo la marquesa tendiéndome su mano de una manera franca y amistosa. Si yo hubiera sabido entonces que ella era una marquesa, me habría a2orado por tener mi boca llena; sin embargo, entonces no lo sabía, así que tragué el pan sin ahogarme y dije cortésmente: —Buenas tardes...

—Déjeme contarle —dijo, tomándome firmemente por el brazo—, cómo derrotamos al ejército alemán en Africa por el año de mil novecientos cuarenta y uno. Hace ya muchos años, pero él recuerdo es aún muy vívido...

Así que ésta era una de las usuales reuniones para el té en el salón. Hay muy pocas actividades humanas, que puedan mantenerse típicas por mucho tiempo. A pesar de nuestra edad, nosotras no constituiríamos una excepción.

No fue antes de tres días que tuve mi primera entrevista privada con el doctor Gambit. Durante ese tiempo pude ir averiguando quiénes eran mis compañeras y aún llegar a conocerlas un poco. Había diez de nosotras, todas de más de setenta y menos de cien. La segunda en edad de entre los habitantes tenía noventa y ocho, su nombre

era Geraldina Adams y en su tiempo había sido una pintora y todavía hacía una que otra acuarela aunque era totalmente ciega. El hecho de no poder ver no le impedía realizar una buena producción usando el papel higiénico ordinario destinado a nuestro uso. Esto, en cierto modo, resultaba práctico pues ella medía un metro cada día y así evitaba, en su ceguera, pintar sobre lo que había hecho el día anterior. En orden de edad, Geraldina era seguida por Christabel Burns, Georgina Sykes, Natalia González, Claude de la Checherelle (la marquesa que mencioné antes), Maude Wilkins, Vera van Tocht, Anna Wertz.

Nuestra diaria actividad era supervisada por la señora Gambit, que se pasaba la mayor parte del tiempo en cama con un dolor de cabeza de modo que teníamos que hacer todo por nuestra propia cuenta. Cada vez que ella se aparecía, en todo caso, se producía una situación muy tensa y nos sentíamos siempre muy temerosas de ella a pesar de su constante sonrisa.

Además del doctor Gambit y su esposa, y tres sirvientes, nadie más aparentemente vivía en el edificio principal. Cada uno de nosotros ocupaba un alojamiento individual, o cabañas, como eran llamadas. Pasaron varias semanas antes de que yo averiguara quién vivía en la torre del castillo y para entonces ya conocía a todo el mundo y los alojamientos asignados a cada quien; a todo el mundo, con excepción de la persona que vivía en la torre.

Geraldina Adams vivía en la cabaña con aspecto de bota que me había sorprendido tanto cuando llegué; Anna Wertz ocupaba un chalet suizo que resultó ser un reloj cucú. No, desde luego, un reloj cucú que funcionara, pero había un pájaro de estaño mirando desde una ventana en el techo. La ventana no era verdadera, en realidad estaba modelada en la pared de la casita y no daba a nada, ni hacia afuera ni hacia adentro. La marquesa vivía en un hongo rojo con manchas amarillas, tenía que trepar por una escalerilla para entrar y esto debía ser bien incómodo.

Maude Sommers, a quien ya he mencionado durante la primera reunión para tomar el té y que hacía sus propios vestidos, muy ingeniosamente me parece, usando patrones de papel marrón, vivía en lo que al parecer era una torta de cumpleaños. Antigüamente la habían pintado de color rosa y blanco, pero estos colores no habían podido resistir las lluvias del verano. Había una vela de concreto en el techo con una llama de cemento que al principio era muy difícil de reconocer porque su color amarillo original se había vuelto verde. Pienso algunas veces que la casa en forma de torta de cumpleaños había mejorado de aspecto con el tiempo y me sentía esperanzada de que nunca fuera pintada de nuevo con los colores iniciales.

Georgina Sykes ocupaba una tienda de circo o, más bien, una imitación en cemento de una tienda de circo, con franjas rojas y blancas. Las palabras *tre y oce el áculo* se podían leer pintadas sobre la puerta, y por largo tiempo pensé que se trataba de una fórmula cabalística escrita en una lengua muerta. En realidad, originalmente decía: *Entre y goce el espectáculo*, pero el tiempo y la hiedra se habían comido algunas letras.

Maude Wilkins y Vera van Tocht ocupaban el más grande de los galpones que no tenía nada de particular a excepción del hecho de tener una bonita terraza de madera donde uno podía sentarse en los mediodías lluviosos a tomar fresco.

Natalia González vivía en un iglú de esquimal.

Cuando hacía buen tiempo, podíamos sentarnos en una cantidad de bancos de concreto que había en el jardín. No es que estuviéramos la mayor parte del tiempo sentadas aquí y allá; teníamos siempre mucho trabajo que hacer, de jardinería, de cocina y muchas otras ocupaciones, la mayoría de orden doméstico.

Mi lugar preferido era lo que llamábamos la alberca de las abejas. Era ésta en realidad una fuente de aguas estancadas, invadida por lilas acuáticas y encerrada entre paredes, cubiertas con geranios blancos, rosas silvestres y jazmines. A este lugar llegaban millares de abejas que zumbaban todo el tiempo durante los días cálidos, ocupadas en sus propios asuntos. Me podía sentar entre las abejas por horas y sentirme feliz, aunque no sé la razón para que las abejas me gustaran tanto.

En las horas de la mañana estábamos ocupadas, si bien me di cuenta que Anna Wertz estaba a menudo echada en su silla de extensión frente al reloj cucú, tomando sol. Cuando no estaba en su silla, única en su género en este no-sé-qué-cosa-de-la-luz, se la hallaba parada a la puerta de alguno de los alojamientos, hablando. Esto parecía enojar a la gente, aunque en lo que respecta a mí, me acostumbré.

Durante el mediodía del segundo día, perdí noción del tiempo, tuve una visión de Georgina Sykes. Entonces no sabía su nombre y la identificaba por su estatura. Era más alta que las demás y usaba elegantes vestidos con una soltura que no pude menos que admirar. Ese día, lo recuerdo bien, llevaba un largo kimono negro y pantalones rojos al estilo chino, lo que me impresionó por parecerme muy elegante. Su cabello estaba arreglado en un hermoso moño y aunque ya no era abundante estaba arreglado ingeniosamente para cubrir una pequeña calva, dando la impresión de tratarse de un peinado informal a lo paje. Sus ojos debieron haber sido grandes y hermosos antes de que se le formaran bolsas en el lado de abajo. Sin embargo, conservaban una expresión atrevida acentuada por los cosméticos aplicados alrededor de las pestañas, no muy cuidadosamente por cierto.

—Hay ocasiones en que este lugar me angustia —dijo Georgina después que hube aplicado a mi oreja la trompetilla, posiblemente al entrar se había presentado a sí misma diciendo su nombre, pero no pude oírlo—. La detestable mujer de Gambit quiere hacerme pelar patatas, pero no pueden utilizarme en la cocina justamente después de haberme arreglado las uñas.

Para mi sorpresa, me di cuenta que llevaba las uñas de sus largos y huesudos dedos cubiertas con un esmalte rojo.

—Creí que la señora Gambit era una persona bondadosa, siempre está sonriendo.

—Aquí la llamamos Raquel Rictus —dijo Georgina aplastando una colilla sobre mi mesa—. Su nombre es Raquel, su sonrisa un rictus. Es una criatura peligrosa y horrible.

—¿Peligrosa por qué? —Mi mente regresó a lo del crematorio y me sentí nuevamente muy ansiosa. No fuera a ser que la señora Gambit estuviera a cargo de los castigos en este no-sé-qué-de-la-luz.

—Ella me odia a muerte a causa del doctor, ¿sabes? Se trata de un individuo libidinoso que durante las comidas no deja de mirarme, esto mantiene a Raquel Rictus en un estado de permanente furia. Por supuesto que no puedo impedirle a su asqueroso marido que me devore durante las comidas —Georgina encendió otro cigarrillo exhalando una sonora risotada de alegría—. Y siempre está tratando de hacerme entrar en su estudio, dizque para conversar más cómodamente.

Todo esto me parecía de lo más extraño; el doctor Gambit era un hombre de mediana edad, por lo menos cuarenta años más joven que Georgina. En todo caso, una nunca sabe a qué atenerse con la naturaleza humana y menos después de todas las sorpresas que me llevé en mis buenos tiempos, como para no esperar que en el orden general de la vida ocurran cosas raras.

—¿Qué tipo de medicina es la especialidad del doctor? —pregunté tratando de disimular mi sorpresa para no aparecer descortés.

—Gambit —dijo Georgina— es una especie de santo de la psicología. Predica la Sagrada Razón a la manera de las mesas rotantes freudianas. Realmente aterrador y tan falso como el infierno. Si uno pudiera salir de este hoyo, él dejaría de tener importancia alguna, siendo el único macho de los alrededores, ¿sabes? Todas estas mujeres juntas es algo horrible, la casa está plagada de ovarios hasta el tope, es como si se tratara de una colmena.

En ese momento, nuestra conversación fue interrumpida por la señora Gambit, que se apareció en el dintel con un balde de papas. Deseé sinceramente que no hubiera estado escuchando lo que decíamos.

—Hay por lo menos dos miembros de la comunidad que faltan a las tareas de la mañana —dijo la señora Gambit con una mano sobre la frente y con expresión de agonía—. ¿Es posible que yo tenga que hacerlo todo mientras ustedes están sentadas, entregadas a la chismografía y sin mover una paja? ¡Todo es posible en este mundo! Pero para su propio bien, no puedo permitir que la pereza destruya las pocas posibilidades que aún les quedan de salvar su alma, o lo que pudiera convertirse en alma a fuerza de trabajo y perseverancia. A duras penas podía dársele el nombre de alma a esa pequeño conjunto de emociones que la mayoría de ustedes usan en lugar del ser inmortal —con una expresión de pena en su permanente sonrisa, la señora Gambit se volvió en dirección de las regiones de la cocina y Georgina le sacó la lengua a sus espaldas. No obstante, nos levantamos y la seguimos, hablando quedamente sobre el tiempo.

—Esta tarde a las cinco habrá Movimientos en el estudio —dijo la señora Gambit por encima de su hombro—. Quienquiera que llegue tarde, perderá su cena, como de costumbre.

—¿Qué son esos Movimientos? —le pregunté a Georgina, pero ella simplemente

hizo una mueca espantosa. La señora Gambit oyó mi pregunta y, deteniéndose, colocó en el suelo el balde con las papas.

—Mejor es que lo sepas de una vez —dijo—. Quienquiera que no entienda su gran significado, jamás obtendrá el significado total de la Cristiandad Profunda.

“Los Movimientos nos fueron dados en el pasado por alguien dentro de la tradición. Tienen mucho significado y yo no estoy en libertad de revelártelos todavía, puesto que acabas de llegar, pero puedo adelantarte que uno de sus significados formales consiste en el desarrollo armonioso del organismo como un todo, gracias a los diferentes ritmos que toco en el harmonio. No esperes poder captar el verdadero significado de los Movimientos al principio, hazlos sencillamente como si se tratara de una de las tareas corrientes del día”.

No me atreví a preguntarle si los Movimientos eran una especie de gimnasia, me sentía bastante preocupada y me limité a asentir con la cabeza varias veces. Me había propuesto hacerlo una vez, mirándola con lo que yo creía podría ser una expresión inteligente, pero no pude controlar mi cabeza que siguió asintiendo hasta que con gran esfuerzo pude detenerla. Georgina me dio un codazo y dijo algo que no pude entender porque había olvidado traer mi trompetilla, dejándola olvidada en el faro. Georgina había comenzado a caerme bien por su estilo vivaz y alegre. Debí pertenecer a un grupo muy distinguido antes que su familia empezara a encontrarla demasiado senil como para mantenerla en casa. Ella debe haber llevado una vida de lo más excitante y mundana; concebí la esperanza de que alguna vez me contara su historia, lo que en efecto hizo más tarde, varias veces.

En la cocina, todas nos sentamos alrededor de una mesa desgastada preparando vegetales. Las que no estaban presentes, con toda seguridad se encontraban realizando algunas otras tareas. Incluyendo a la señora Gambit, éramos cinco. Georgina, Vera van Tocht, Natacha González y yo.

La señora van Tocht, cuyo nombre de pila nunca pude llegar a pronunciar, era una mujer imponente. Gorda, tan gorda que su cara y sus hombros lucían casi del mismo ancho. En medio de la cara cubierta de pequeñas arrugas se hallaban sus ojos, muy vivos, y una boca de labios abultados.

Natacha González era también gorda, pero al lado de la señora van Tocht parecía muy menuda. Natacha llevaba el cabello en un moño; por tener sangre indígena, poseía más abundante cabellera que el resto de nosotras y sentíamos envidia. Su cara era de color del limón amarillento, lo que denotaba un padecimiento del hígado, sus ojos eran grandes como almendras con pesados párpados.

Todas trabajábamos y hablábamos al mismo tiempo, pero como yo no podía oír nada me dediqué a limpiar guisantes; los guisantes aquí son muy ordinarios y tienen hilachas a ambos lados, gruesas como cuerdas. Habíamos estado trabajando por cerca de una hora cuando ocurrió un extraño incidente. Natacha González dejó caer en mis piernas todos los vegetales y el agua en que los había estado lavando y se puso de pie con los brazos levantados, los ojos como si fueran a salirse de las órbitas. Tenía

ahora los ojos cerrados y la cabeza se le hundió en el pecho.

—Ella escucha voces —me gritó Georgina—; cuando lo hace cree que va a ser estigmatizada y se pone a engordar para las Pasmás.

A pesar de su desmayo, pude ver la boca de Natacha apretada como si escuchara: la señora van Tocht miró a Georgina furiosa y se levantó yendo a colocar trapos mojados en la frente de Natacha. La señora Gambit dijo algo que yo no pude oír, pero mantuvo su aire indiferente ante lo que ocurría.

Después de un rato, la preparación de los vegetales comenzó de nuevo hasta que el reloj dio las doce y todas salimos a dar una caminata por el jardín antes del almuerzo. Tuve que cambiarme de ropa, pues la olla de agua que me había caído encima me dejó completamente empapada. No tenía deseo alguno de pescarme un resfriado. Anna Wertz estaba cómodamente estirada en su silla de extensión y parecía hablar consigo misma. Aquella tarde llegué puntualmente al estudio para iniciarme en los Movimientos.

Había sillas a lo largo de las paredes, pero fuera de eso el recinto se hallaba completamente vacío a no ser por el armonio. Tuve cuidado de traer mi trompetilla a fin de no perderme nada. Me sentía muy ansiosa, debo admitirlo.

—Esta tarde —dijo la señora Gambit pasándose la mano por la frente— vamos a comenzar con el cero primario, va que tenemos con nosotros a una recién llegada que carece de toda experiencia con la Obra. En su honor haré demostración del cero primario.

La señora Gambit hizo una pausa, miró el suelo por un instante como concentrándose, luego comenzó a frotarse el estómago con un movimiento circular de la mano, en el sentido de las agujas del reloj, y a darse golpecitos en el cráneo con la otra mano. Me sentí aliviada, pues esto ya lo había hecho yo en la guardería cuando niña y no iba a tener ninguna dificultad en repetirlo. Después de un momento demostrando el cero primario, la señora Gambit se detuvo y se sentó en el armonio, entrándole al instrumento con una redoblada energía insospechable en alguien de tan delicada constitución. No sólo sus hombros, brazos y codos se agitaban, sino que ella toda subía y bajaba como si estuviera cabalgando un caballo. Todas nosotras hicimos los Movimientos cambiando de mano en el estómago cada diez vueltas.

No era muy fatigoso, pero confieso que me sentí aliviada cuando nos detuvimos.

La señora Gambit giró en su silla y se dirigió a mí antes de que tuviera tiempo de ponerme la trompetilla en la oreja.

—¿Eh? ¿Eh? ¿Eh? —repetía yo en tanto que ella decía una y otra vez: —Marion Leatherby, los primeros Movimientos no son movimientos de derecha a izquierda; observa a Maude Wilkins que está muy familiarizada con la mayoría de ellos.

Repetimos el mismo ejercicio cuatro veces seguidas y a cada vez el armonio resonaba más fuerte.

—Ahora —dijo la señora Gambit—, todas de pie y vayamos con los números cuatro y cinco bis. Marion Leatherby, ten la bondad de quedarte junto a mí y observa

los otros, la próxima vez tomarás parte.

Me dirigí hacia ella obedientemente y permanecí a su lado mientras el resto comenzó a ejecutar algo que me pareció imposible de seguir. Lo único claro para mí es que permanecían en un solo pie como las cigüeñas y se balanceaban peligrosamente. El resto consistía en una serie de monerías en que los brazos se agitaban en todas direcciones y las cabezas daban vueltas y se torcían hasta que me pareció que iban a romperse los pescuezos. Entonces, algo terrible me ocurrió: comencé a reírme y no podía parar.

Las lágrimas me rodaban por la cara y me cubrí la boca con la mano a ver si podía detener la risa y simular que estaba más bien llorando a causa de una pena personal. La señora Gambit detuvo su ejercicio con el armonio: —Señora Leatherby —me dijo—, si usted no puede controlar sus emociones, tenga la bondad de abandonar el salón.

Me alejé y me senté en el primer banco que encontré donde seguí riéndome hasta más no poder. Claro que este comportamiento era extremadamente irrespetuoso, pero no había nada que yo pudiera hacer. Incluso de joven me ocurría verme dominada por ataques de risa incontrolables, y siempre en público. Recuerdo que una vez fui al teatro escoltada por mi amigo Marlborough y tuve uno de esos accesos y me tuvieron que sacar del local en andas; y todo porque un señor de paltó levita se presentó en el escenario a declamar una poesía muy dramática. Si se trataba de un reflejo nervioso o de que la poesía me resultaba más bien cómica, no es cosa que pueda recordar. Marlborough, al parecer, siempre estaba presente cuando uno de esos ataques me invadía, que él se complacía en llamar “la risa maniática de Marion”. A Marlborough le encantaba verme exhibiéndome. Esto me llevó a pensar en la clase de vida que Marlborough podía hacer en Venecia. Todo el tiempo debe estar flotando en una góndola, seguramente acompañado de su hermana inválida. Y me preguntaba de nuevo qué era lo que pasaba con esa hermana que en treinta años de amistad con Marlborough no había llegado a ver ni una sola vez. Debía tratarse de algo muy impresionante, algo como haber nacido con dos cabezas. En este caso, no creo que la sacara a pasear en góndola, aunque a lo mejor la hacía sentar detrás de una cortina de gruesa tela.

Marlborough pertenece a una familia aristocrática, así que algunas peculiaridades son de esperarse; aunque mi propia familia no tiene nada de aristocrática, tuve una abuela loca. Pero ¿cómo pueden las vacas ser aristócratas si los becerros con dos cabezas son bastante comunes en ferias y circos?

Pensaba en todo esto cuando la señora van Tocht se reunió conmigo, dejándose caer con todo su peso en el banco de concreto; todavía respiraba con dificultad del esfuerzo que significaban los Movimientos.

—Alguien canta *O sole mío* para Marlborough mientras él flota en su góndola con su hermana de dos cabezas —comencé a decir y me detuve abruptamente (debería en realidad aprender a pensar en voz alta), pero la imagen había sido tan clara que yo

había podido ver sus dos cabezas a través del lienzo rosado de la cortina de la góndola. La señora van Tocht se desentendió de lo que yo decía y se inclinó hacia mí de modo conspirativo, de tal manera que me fue difícil colocarme la trompetilla en la oreja.

—Puedes tener confianza en mí y contarme la tragedia de tu vida —dijo la señora van Tocht sin dejar de resoplar ni jadear—. Todos tenemos nuestras cuitas y sinsabores en el camino de la vida, hasta que vemos la Luz.

—Yo he tenido dificultades —dije, con la intención de quejarme de Muriel y Robert; esto me habría complacido sobremanera, pero en el momento en que empezaba a abrir mi corazón, comenzando con el aparato de televisión, ella me interrumpió con un gesto impaciente.

—Sí, en efecto —dijo la señora van Tocht—, lo comprendo todo. Hay muy pocos rincones oscuros del alma humana que yo no haya penetrado con mi intuición especial. No soy una visionaria como la señora González. Natacha, mi querida Natacha. Pero tengo intuición astral, lo que me da capacidad de ayudar y confortar a mis semejantes. En mi propia forma modesta, he apartado muchas almas extraviadas del error llevándolas hacia la luz. Y aún así, mis pobres dones son nada, nada, comparados con los poderes maravillosos de Natacha. Ella es controlada, ¿comprendes? El control espiritual es un raro y bello don. Natacha es el vehículo puro a través del cual los poderes invisibles se nos manifiestan. NO YO, SINO LO QUE OPERA DENTRO DE MI, son las constantes palabras de Natacha; posee una grande y limpia humildad, como la del Maestro que al hablar de sus milagros utilizaba estas palabras: NO YO. SINO MI PADRE QUE ESTA EN LOS CIELOS.

Durante una pausa que hizo la señora van Tocht, traté de volver al tema de Robert y al aparato de televisión: —Mi bisnieto Robert —comencé a decir— tiene una desmedida afición por la televisión; antes de que instalaran ese horrible aparato en la casa, yo acostumbraba sentarme en el salón después de la cena y mantener a toda la familia entretenida con historias de hadas y anécdotas de mi vida pasada. Me enorgullezco de poder contar hermosas historias cuando estoy en vena. Nada vulgar, desde luego, pero ingenioso y hasta picante cuando el reumatismo no me molesta. El reumatismo, por supuesto, es una gran traba para contar historias hermosas y divertidas. Eso sí, la esposa de mi nieto, Muriel se llama, no siente ninguna simpatía por el reumatismo, además es muy tacaña con los chocolates y siempre los esconde, es un hábito muy desagradable. Siempre me pregunto cómo Galahad pudo casarse con una persona como Muriel... —estaba comenzando a sentirme a gusto, pero la señora van Tocht bien pronto me paró en seco con un gesto imperioso.

—Nunca debes sentir orgullo por nada —dijo—; el orgullo por lo que sea, aun por una cosa trivial como poder contar historias divertidas, es una plaga espiritual si se convierte en una fuente de autocomplacencia. La humildad es la fuente de la Luz. El orgullo es una enfermedad del alma. Mucha gente viene a mí en busca de consejo y consuelo espiritual; cuando yo coloco mis manos en ellos para calmar su ansiedad y

llenarlos de amor y Luz, lo primero que les digo es: “Sé humilde, un recipiente lleno no puede recibir nada”.

La señora van Tocht estaba casi sentada encima de mí y yo a duras penas podía respirar. Así y todo estaba decidida a contarle más sobre Muriel.

—La esposa de mi nieto comenzó a tener reuniones para jugar al bridge, después que Robert trajo la televisión a casa. Al menos el bridge encajaba en mi época, pero ahora la han tomado con una cosa que llaman canasta. Empezaron a echarme del salón cuando venía gente a jugar ese ridículo juego. La primera vez que me negué a marcharme, conté catorce historias del lorito y me olvidé sólo del final de seis de ellas —dije de un tirón y concebí la esperanza de que la señora van Tocht se interesara y me pidiera que le contara algunas de esas historias del lorito, y ya había decidido empezar con la historia del lorito de Yorkshire cuando recomenzó su sermón.

—Los miércoles en la tarde Natacha hace pequeñas reuniones en nuestra cabaña. Estoy segura de que tú encontrarías un gran provecho espiritual uniéndote a nosotras. Sólo estaremos Natacha, Maud, tú y yo, todo muy comfortable y en gran intimidad. Natacha nos da los mensajes enviados a cada una de nosotras individualmente por los grandes poderes invisibles y entonces, uniendo nuestras manos alrededor de una mesa, intercambiamos nuestras vibraciones. A veces se nos favorece con materializaciones del Plano Astral.

Había contado tan sólo la mitad del cuento del lorito, cuando la señora van Tocht se levantó del banco y dijo: —Entonces te esperamos el miércoles a las ocho y treinta en mi cabaña.

“No digas ni una palabra de esto a la señora Gambit. Ella está invadida de orgullo y siente celos de los maravillosos poderes de Natacha. Además, todo esto lo mantendremos en secreto a fin de concentrar energía astral” —agregando estas misteriosas palabras, se alejó, dejándome sola cuando estaba a punto de recordar cómo terminaba la historia del lorito en Yorkshire.

Anna Wertz apareció de repente en la vereda y yo, pretendiendo no haberla visto, me levanté y me dirigí a mi alojamiento; pero ella caminaba más rápido que yo y pronto me dio alcance. En realidad, Anna no me impedía disfrutar del aire de la tarde, y sin mi trompetilla aplicada a la oreja su voz sonaba como un murmullo distante, tal como una multitud en un estadio de fútbol lejano. Sin intentar escuchar pude ver con deleite que Venus era visible y esparcía su luz por las copas de los árboles. Ansiaba decirle a Anna cuánto adoraba ese brillante planeta, pero sabía que sería inútil. Ella lucía un poco mohína, de modo que me imaginé que había estado trabajando de nuevo como una burra, aunque no lograba imaginar qué era lo que había estado haciendo que la dejaba tan exhausta.

Cuán delicioso sería encontrar unas pocas personas, o siquiera una sola, incondicionalmente emocionada por lo que uno le dice. Me veía a mí misma frente a una atenta asamblea contando historias de loritos durante horas, sin verme

interrumpida y sin que nadie bostezara. O explicar cuán injustos habían sido conmigo Muriel y Robert; y cómo mi nieto Galahad había tenido antes un carácter fuerte que Muriel había destruido progresivamente. Puro soñar despierto, diría alguien; y, sin embargo, hay personas que hablan mucho y jamás a nadie se le ocurre interrumpirles. ¿Qué podrán decir que resultara tan interesante? Tal vez si uno tuviera visiones como la señora González sería posible despertar el interés de los demás, especialmente si uno les hablara de ellos mismos. Allí, supongo, se hallaba el secreto. A la gente sólo le interesa lo que concierne a sus propios asuntos, y yo no soy la excepción de la regla. A todos nos gusta la popularidad, pero ¡qué precio tan alto hay que pagar! Siempre hablando de los otros y nunca de uno mismo. Es dudoso que uno pudiera disfrutar alguna vez, a menos que la invitaran a menudo a tomar el té con pastelitos franceses y vino de Oporto. El Oporto pudiera servirse en lugar del té si una persona muy interesante lo prefiriera así, especialmente si esa interesante persona fuera yo y no hablara más que de las otras personas. En este caso, el cambio de bebidas pudiera ser considerado como una pequeña excentricidad.

Me veía sentada en un salón tibio, con cortinas color escarlata, rodeada por caras confidenciales, vagas y felices. Bebía copa tras copa del rico vino portugués, ocasionalmente acompañado con un pastelito francés. Todo el mundo se sentía más y más feliz y rompieron en aplausos cuando llegué a mi cabaña; Anna Wertz había desaparecido. Debía haberse dado cuenta que yo no prestaba atención alguna a lo que me estaba diciendo. ¡Pobre Anna! Qué terrible ha de ser para ella que nadie preste jamás atención a lo que dice.

La luz de Venus se esparcía sobre las copas de los árboles y era casi la hora de la cena. Me apeteció un hermoso huevo tibio, pero uno tenía que comer lo que le sirvieran, aunque el doctor Gambit me permitía abstenerme de comer carne. Pero no me dejaban servirme vegetales dos veces, de modo que siempre quedaba con hambre. El doctor Gambit nos dijo que a medida que uno envejecía necesitaba menos alimentos, que comer demasiado mata más viejos que cualquier otra cosa. Me atrevería a afirmar que tenía razón, pero los viejos experimentamos un sano placer con la comida. No me explicaba cómo el doctor Gambit y la señora van Tocht se mantenían tan fornidos con una dieta tan frugal. Yo suponía que hacían en privado algunas comidas adicionales en sus cuartos, pero no me explicaba cómo se las arreglaría la señora van Tocht para obtener alimentos. Eso era un misterio; la señora Gambit vigilaba la cocina como un lince y la despensa estaba constantemente bajo llave. Me propuse hablar de esto con Georgina que siempre parecía estar bien informada. Había otro importante asunto que me proponía hablar con Georgina; se refería al retrato al óleo de la monja que colgaba frente a mi sitio en el comedor. Durante las comidas, el doctor Gambit acostumbraba discurrir sobre temas teóricos que yo no comprendía; mientras el doctor avanzaba en sus alocuciones, yo tenía tiempo de examinar la monja que hacía guiños y mi interés aumentaba a medida que pasaba el tiempo.

Georgina era una mujer muy cultivada y hablaba siempre de los artistas que habían estado perdidamente enamorados de ella, así que simulando un interés puramente artístico la interrogué sobre el retrato.

—Podría tratarse de un cuadro de la escuela de Zurbarán —dijo en tono reflexivo—. Probablemente pintado en el siglo dieciocho, a finales. Es trabajo de un español, por supuesto; ningún italiano podría haber pintado nada tan hechizante y siniestro. *La monja del guiño*. Autor anónimo.

—¿Crees tu, Georgina —pregunté ansiosa por conocer su opinión acerca de un aspecto más personal de la dama del retrato—, que ella está realmente guiñando el ojo o que es bizca?

—No hay duda que hace un guiño; esa vieja putona con toda seguridad está espionando por un agujero de la pared del monasterio a los monjes en calzoncillos haciendo travesuras —dijo Georgina exteriorizando las cosas que tenía en la mente—. No hay duda que se trata de una bella pintura —añadió—. Me pregunto cómo es que los Gambit la han dejado colgada allí, entre todas sus espantosas posesiones. Todo lo que hay en la casa debiera haber sido quemado hace tiempo, con la sola excepción de *La monja del guiño*.

Era muy cierto que la pintura tenía su propia fuerza y me encantaba saber que a Georgina también la impresionaba, siendo ella tan cultivada, casi una aristócrata.

Resultaba extraña la frecuencia con que *La monja del guiño* ocupaba mis pensamientos; hasta llegué a darle un nombre, manteniéndolo, desde luego, secreto para mí sola. Yo la llamaba doña Rosalinda Alvarez de la Cueva, un largo y bonito nombre en la más pura tradición española, una abadesa, como me la imaginaba, de un enorme convento barroco entre las solitarias y yermas montañas de Castilla. El convento se llamaba “Convento de Santa Bárbara del Tártaro”. La barbuda patrona del Limbo, de la que se decía que se entretenía jugando con los niños sin bautizar de esta provincia del infierno. Cómo llegaban a mi mente estas fantasías, no lo he sabido nunca; sólo sé que me mantenían en mis noches de insomnio. Los viejos, es sabido, duermen muy poco.

—Sí —seguía Georgina—, es admirable la manera en que estos pintores españoles comprendieron el arte de pintar los paños negros. Tanto más soberbiamente negros que los negros de todos los pintores juntos. El hábito de la vieja dama tiene la textura de la orquídea y el color de las tinieblas. Ese rostro rodeado por esa guarnición blanca almidonada es tan luminoso y tan embrujador como la luna llena.

Sentí que Georgina podía comprender y apreciar el retrato de la Abadesa del guiño, mejor de lo que yo jamás podría hacerlo.

Tres días después de mi llegada a la Casa de la Luz, tuve mi primera entrevista privada con el doctor Gambit; fui convocada al estudio por un pequeño memorándum rosado sobre el cual se veían estas palabras: “Marion Leatherby, por favor venga a mi oficina, a las seis p. m. L. Gambit, Psicólogo”.

La oficina, o estudio, que así era llamada corrientemente la estancia, se hallaba en

la planta baja del edificio principal. Se trataba de un pequeño aposento que daba al balcón, así como al campo de césped y los cipreses que rodeaban el lado oeste.

El cuarto estaba repleto hasta la sofocación con chucherías y muebles pesados. Libros, revistas, budas de bronce, crucifijos de mármol, una variedad de piezas arqueológicas, infinidad de plumas fuente y toda clase de pequeños accesorios llenaban cada centímetro cuadrado de espacio. El doctor Gambit estaba sentado tras un amplio escritorio de caoba que ocupaba la mitad de la habitación.

Con un aire muy profesional me invitó a tomar asiento, lo cual hice cuando hube encontrado, con cierta dificultad, un sitio libre donde hacerlo.

—Por muchas semanas y aun por años, nosotros no esperamos resultados de la Obra —dijo el doctor Gambit.

“Esperamos, sin embargo, el Esfuerzo —prosiguió—. Este instituto fue fundado con la intención de iniciar gente en la Obra, la Cristiandad Profunda. Nosotros escogemos nuestros neófitos entre gente ya experimentada en las penas y dificultades de la vida en tres dimensiones. Gente, en efecto, desilusionada de la existencia al punto en que los lazos emocionales se debilitan con el tiempo y las frustraciones. Esta condición es apta para abrir las vías psíquicas a la Nueva Verdad”.

El doctor Gambit me miraba con severidad, pero yo me mantenía asintiendo tal como hago cuando estoy nerviosa. Escribió algo en una libreta de notas y luego continuó.

—Cada miembro de esta comunidad es estrechamente observado y estudiado a fin de que sea posible prestarle ayuda. Ninguna ayuda es posible a menos que haya colaboración y esfuerzo por parte de cada persona. Un informe referente a su caso particular revela la lista siguiente de impurezas interiores: gula, falsedad, egoísmo, pereza y vanidad. Que la gula encabece la lista significa que ésta es la pasión dominante.

“No se pueden superar tantas deformidades psíquicas en un corto espacio de tiempo, y usted no es la única víctima de sus degenerados hábitos. Todo el mundo tiene defectos y lo que buscamos aquí es observar cuidadosamente estos defectos y finalmente disolverlos a la luz de la observación y la toma de conciencia objetiva.

”El hecho de que usted haya sido escogida para unirse a esta comunidad —continuó el doctor Gambit— debiera inspirarle suficiente estímulo para enfrentar sus vicios con bravura y procurar disminuir la posesión que ejercen sobre su propio ser”.

Debo admitir que de cierto modo este discurso me confundió y en cierta medida me ofendió. Después de murmurar un poco para poner mis ideas en orden, me atreví a decir: —Doctor Gambit, usted está en un error si piensa que alguien me escogió como miembro de esta institución—. Fui enviada aquí simplemente porque mi familia quería desembarazarse de mí sin cometer un asesinato y tener que cargarlo después en su conciencia. Muriel, la esposa de mi nieto Galahad, escogió este lugar para damas seniles porque estaba dentro de sus posibilidades financieras. Es muy dudoso que alguien dentro de estas paredes haya jamás oído hablar de mí. De modo

que ¿cómo podría nadie insinuar que he sido escogida por la institución?

—Hay ciertas cosas que usted no puede esperar comprender, ni siquiera tratarlo, por los momentos —dijo el doctor Gambit con tono misterioso—. Viva su vida diaria con atención y esfuerzo. No trate de interpretar los Planos Superiores y sus misterios antes de que pueda liberarse de los hábitos automáticos. Vicio y hábito significan la misma cosa. En tanto que somos víctimas del hábito, somos esclavos del vicio. Le sugiero que empiece por privarse de comer coliflor. Me doy cuenta que usted tiene un apetito exagerado por esta legumbre, su pasión dominante, de hecho, la gula.

La señora Gambit debió haberme visto cuando robé un poco de coliflor hervido mientras hacía las tareas de la mañana en la cocina. En el futuro tendré que ser más cuidadosa —pensé meneando la cabeza.

—Me contenta y me da ánimo ver que usted ya está encarando su deficiente personalidad —dijo el doctor Gambit.

“La personalidad es un vampiro —continuó el doctor— y el verdadero ser no puede jamás manifestarse en tanto que la personalidad sea dominante”.

Hubiera querido gritar: “Sí, todo eso es verdad, ¿pero con qué derecho puede usted criticar mi gula cuando usted mismo está mucho más gordo que yo?”. Pero sólo podía murmurar y eso le hizo pensar que yo pedía consuelo espiritual.

—No se desanime —dijo el doctor Gambit—, el esfuerzo siempre tiene su recompensa cuando renunciamos al premio. Aunque la gula está profundamente enraizada en su naturaleza, el hecho de que usted la reconozca como un brote destructivo le ayudará a extirparla como hacen los dentistas con una muela podrida.

Con toda seguridad —pensé—, una persona tan gorda debería ser tan golosa como yo, o quizá más. Pero puede que se trate de un caso glandular.

Los gordos siempre dicen que tienen problemas glandulares, aunque regularmente comen más que los otros; como Muriel, todo el tiempo atapuzándose de chocolates sin darle ni uno a nadie. En todo caso, esta habladera sobre el vicio de la gula no hay duda que era una ayuda económica para la institución, porque así alimentar nueve viejas salía más barato. No hay duda que las gavetas de aquel colosal escritorio del doctor Gambit estaban repletas de conservas de fruta, galletas dulces, bombones y caramelos. Las gavetas de arriba estaban reservadas —esto sólo lo imagino— para las cosas susceptibles de podrirse, como emparedados de queso y pollo frío. De este modo uno no podría olvidar una pierna de pollo en algún libro de cuentas de la gaveta inferior.

—Glandular, en efecto —dije en voz alta—. Nunca escuché mayor tontería.

Cual no sería mi sorpresa cuando el doctor Gambit replicó de inmediato con aire de sentirse muy complacido:

—He aquí una de las bases prácticas más importantes para la observación de sí mismo. Las glándulas y su función son una de las primeras pruebas del poder de la voluntad sobre la materia —dijo el doctor Gambit.

—¡Glándulas las tuyas! —exclamé, pero me sentí tan furiosa que mi expresión

debe haber sido peor que de costumbre y él, sin darse por enterado, continuó dándome consejos para la observación de mis glándulas, lo que no despertaba en mí el menor interés. ¡El barrigoncito del látigo contándome cosas acerca de mis glándulas! Después de eso, debo haberme quedado dormida a causa de la tibieza del ambiente y sólo desperté cuando la puerta fue abierta con violencia y penetró en la estancia Natacha González vestida como una aparición. Llevaba una larga camisola blanca y su abundante cabellera gris le caía como una cascada sobre los hombros. En cada mejilla de su cara amarillenta había una mancha púrpura de cólera, y señalando al doctor Gambit con el dedo y el brazo extendido como si fuera una de las furias rugió: —¡O se deshace de esa mujer o me iré de esta institución hoy mismo!

Haciéndome la dormida, coloqué mi trompetilla en la oreja izquierda con la intención de observar esta interesante escena y enterarme de lo que se decía. El doctor Gambit se puso de pie algo agitado y obligó a la señora González a sentarse en la silla más próxima, encima de un montón de novelas en edición rústica.

—Serérese, Natacha —dijo el doctor Gambit— encendiendo un cigarrillo y poniéndoselo a la señora González en la boca.

“Querida amiga, la serenidad es el tributo que debe pagar por los maravillosos dones que fluyen a través suyo. Serenidad, Natacha” —repetía el doctor Gambit— en tanto que la miraba fijamente a través de los gruesos vidrios de sus anteojos.

“Serenidad, Natacha, usted es serena, perfectamente, dichosamente calma y serena” —la señora González se había calmado y chupaba ahora su cigarrillo tranquilamente—. “Usted es serena, Natacha, está en calma y va gradualmente tranquilizándose. Ahora dígame, ¿qué era lo que iba a decir cuando entró en la oficina?”.

—Un mensaje desde el Gran Más Allá, que me fue encomendado por un hombre alto y barbudo —dijo Natacha— y en su voz había el tono de los que hablan dormidos; se aferraba todavía espasmódicamente a su silla.

“Este hombre alto y barbudo se deslizó en mi dormitorio y me entregó un manojo de rosas blancas diciéndome: ¡Eres Natacha, sobre esta fuente de luz yo construyo mi enseñanza, te doy las rosas del Cielo, tu olor de santidad tiene la fragancia de las flores para el Señor!”.

¡Mi nombre es Pedro, vale decir, piedra!

—Dígame, Natacha. Usted está serena y calma, dichosamente calma y serena —dijo el doctor Gambit colocando la punta de un dedo en la frente de Natacha.

—Entonces el hombre del Señor tomó mi mano y nos elevamos en la altura y él colocó su mano en mi cabeza diciendo: Natacha, estas rosas santas del reino de los Cielos son el símbolo de tu trabajo en medio de las mujeres y los hombres. Eres el instrumento puro a través del cual la voluntad del Maestro se manifestará a este rebaño. Regocíjate, pues eres escogida para conducir a los otros. Natacha, bendita seas entre las mujeres —y entonces Natacha continuó hablando aferrada a la silla y abriendo un ojo—: El santo varón me dijo: Hay un mensaje para Georgina Sykes;

dile a Georgina Sykes que si continúa esparciendo chismes malintencionados sobre el doctor Gambit y ella misma, sus decrecientes posibilidades de salvación se agotarán para siempre.

Vi cómo el doctor Gambit se encogía nerviosamente. —¿Qué clase de chismes? —preguntó a Natacha con agudeza; luego, cambiando de tono hacia un conjuro hipnótico, repitió la pregunta: —¿Qué clase de chismes, Natacha? Usted está calma y serena. ¿Qué clase de chismes?

La voz de Natacha era todo menos calma y dichosamente serena cuando respondió llena de malicia:

—Usted va a tener una desagradable sorpresa con esa hipocritona y malvada vieja puerca. Sus ojos bolsudos van a pestañear más de la cuenta.

El doctor Gambit hizo un gesto de impaciencia e insistió: —¿Qué clase de chismes, Natacha? Respóndame. Usted está ahora serena y calma. ¡Respóndame!

—Ella va por todos los rincones de la institución diciendo que usted está tratando de seducirla, e incluso ha tratado de entrar de noche en su cabaña.

—¡Qué monstruosidad! —exclamó el doctor Gambit furioso—. ¡Esa mujer debe estar loca!

—Georgina Sykes es una vieja obscena —dijo Natacha con unción—; es una maníaca sexual y no debiera permitírsele que se mezcle con las otras damas de la comunidad. Ella lo que hace es distorsionar sus mentes.

—Tendré que hablarle en seguida —dijo el doctor Gambit presa de una agitación—. Esto puede arruinar la reputación de todo el establecimiento.

—Eso no es todo —dijo Natacha—, a mí me insultó de un modo muy grosero. Esta mañana, como es natural, me di prisa en llegar a su cabaña y transmitirle el mensaje con toda la pureza de mente que he cultivado aquí para poder cumplir con mi misión. “Georgina” —le dije gentilmente— “tengo un mensaje para ti”.

Ella me respondió con rudeza: “Si se trata de un mensaje del cielo, puedes metértelo por donde tú sabes”. Me sentí asqueada y dolorida pero, manteniendo mi interior radiante, la amonesté a fin de que al menos me escuchara el mensaje, tratándose tan sólo de su propio bien espiritual. Entonces me arrojó fuera y me tiró la puerta en las narices. Todavía irradiando paz interior me fui a hacer mis tareas diarias alegremente y en eso me ocupé hasta que tuve la desgracia de tropezarme otra vez con ella, hace cosa de media hora, en la vereda de las fucsias. Me detuvo y silbando como una serpiente enfurecida me dijo: “Natacha González, eres una triste y miserable hipócrita y si alguna vez intentas de nuevo comunicarme alguno de tus abominables mensajes te escupiré en la cara”. Esta es toda la historia del asunto, es mi deber abrir sus ojos al peligro que representa esa horrible mujer y a su perfidia. Me retiraré de la institución, si ella continúa aquí.

Al doctor Gambit parecía habersele olvidado lo de la dichosa serenidad porque ahora se le veía caminando de arriba a abajo, retorciendo las manos.

—Qué terrible ocurrencia —decía el doctor—; Georgina Sykes ha sido enviada

aquí por su bisabuela que paga el doble que cualquier otra a fin de que ella disfrute de algunas cosas extras. Bovril por la mañana, ropa de cama limpia dos veces por semana, masajes y Ovaltina antes de ir a acostarse. Es de lo más desagradable; la señora Gambit debe ignorar todo esto; si lo sabe la jaqueca que va a darle no me dejará dormir por semanas enteras. ¡Oh, Señor! ¡Oh Señor!

Natacha, que no parecía interesarse por estas reflexiones, se levantó de su silla, donde había permanecido echada, dispuesta a irse.

—Es una amenaza pública —y agregó yéndose—: Hay que librarse de ella.

Finalmente, yo misma me levanté y me fui. Dudo que el doctor me viera marchar, estaba mirando hacia afuera a través de la ventana y se veía tan preocupado que sentí hasta pena por el pobre hombre.

Me había fijado que cuando la señora Gambit estaba presente el doctor lucía como desinflado. Ahora me daba cuenta que le tenía pavor. Posiblemente, pensé, como ella está encargada de la cocina podría castigarlo por el estómago. La persona que controla la distribución de alimentos tiene siempre un poder ilimitado en una sociedad como la nuestra. El reinado despótico de la señora Gambit en la cocina me parecía una ventaja de lo más injusta que ella disfrutaba sobre nosotras. Y se me ocurrió que tal vez existiera la posibilidad de organizar un pequeño motín.

El mediodía del domingo era la ocasión para recibir visitas. Los parientes afectuosos venían con cestas de picnic y las consumían en diferentes rincones del jardín o del campo de césped. El resto de nosotras, que no recibíamos tal atención, nos colocábamos no muy lejos de las festejadas a fin de observarlas de cerca y poderlas criticar más tarde. Nuevos temas de discusión siempre eran bienvenidos. Además, a la gente que recibía regalos tales como pollos asados y chocolates era mejor tenerlos bien vigilados. Varios domingos pasaron antes de que Muriel y Galahad vinieran a verme. Llegaron a eso de las cinco de la tarde trayendo una caja de frutas multicolores y una carta de Carmela. ¡Al fin! Pero controlé mi impaciencia y guardé el abultado sobre en mi bolsillo para poder disfrutar sola y sin interrupciones.

Muriel se veía más gorda que nunca y Galahad, se me ocurrió, más bien cansado.

—Sé que te agrada mucho saber que Robert se ha comprometido para casarse —dijo Muriel—, cuya voz era siempre tan desagradablemente alta que no podía evitar oírla.

“Estamos de lo más contentos porque ha escogido una encantadora chica inglesa cuya familia goza de una buena situación; se trata de una vieja familia de Devonshire. El coronel Blake hizo un viaje aquí por razones de negocios con Flavia. Los dos jóvenes se enamoraron en el concurso anual de tennis organizado por el Club Británico. Creo que hacen una excelente pareja, ¿no es verdad, Galahad?”

Galahad dijo algo que no escuché y Georgina pasó cerca de nosotros haciéndome un prodigioso guiño.

—Pobre vieja —dijo Muriel mientras Georgina se alejaba—. Se ve de lo más

andrajosa; alguien debería traerle algunas ropas más adecuadas.

Georgina se volvió y echó una ojeada; me di cuenta que había oído lo que Muriel dijo. Sentí vergüenza de tener parientes tan desconsiderados. Además sentir piedad por Georgina era de lo más tonto cuando todas admirábamos sus elegantes y hasta extravagantes vestidos.

—Bueno —dijo Muriel con la misma voz estridente—, mi niño Robert es ahora todo un hombre y va a echarse una esposa; la boda será en junio. ¿No es maravilloso?

—Nada que se refiera a Robert me parece maravilloso —repliqué—. ¿Cómo están los gatos, la gallina roja y Rosina y sus niños?

—La señora Velásquez se ha hecho cargo de los gatos y Rosina se llevó la gallina roja cuando regresó a su pueblo; tuvimos que librarnos de Rosina, se puso de lo más impertinente. Pintamos la casa, fue idea de Robert, quería invitar a su prometida a una casa agradable y cómoda —dijo Muriel.

“A duras penas reconocerías la casa ahora —añadió—. El salón está pintado de rosa oscuro y la cocina de azul marino. Ahora hay una nueva pintura plástica lavable. Galahad trajo unas palmeras y yo las coloqué en unos porrones laqueados en rojo que compré en una subasta de la Iglesia Episcopal Americana. Las puse en el vestíbulo”.

Así que Carmela se había llevado los gatos, bendita sea, era un alivio. Sentí menos alegría por la gallina roja, se ponen flacas en los pueblos, cuando sobreviven. Muriel seguía dándome noticias tan ruidosamente como podía y aquello era de veras ruidoso. Durante los quince años que pasamos bajo el mismo techo no me había hablado tanto como durante la visita, ni siquiera la mitad.

—El coronel Blake está con nosotros; se quedará hasta que Flavia y Robert se casen. En Inglaterra, él dice ser un deportista consumado y va a perderse la temporada de caza. De todos modos, está practicando golf con frecuencia y jugando canasta por las tardes, de modo que al parecer se divierte bastante. Robert y Flavia están haciendo teatro con la *Footlight Company*. Ahora están montando una pieza de Noel Coward que seguramente tendrá mucho éxito. Flavia tiene el papel secundario más importante de la obra.

La idea que Robert hiciera teatro me dio náuseas y por eso no hice comentario alguno.

—La señora Birch —continuó Muriel— se disgustó tanto porque le dieron el papel a Flavia que hasta un pequeño escándalo provocó. Esa mujer no sabe lo que es vergüenza. Quiere actuar, ¡si por lo menos tiene sesenta!

El sol había comenzado a ocultarse cuando al fin decidieron irse. Sentí pena por Galahad, pero la ocasión de ayudarlo hacía mucho que había pasado. Algo debe haber ido mal en su educación para que se casara y viviera con Muriel por tantos años. Por otra parte, puede haber sido cosa del destino. Me sentí muy triste.

La carta de Carmela crujía en mi bolsillo y me apresuré a llegar a mi cabaña a fin de leerla en paz. Era realmente delicioso mirar una vez más su delicada caligrafía y su tinta morada. “Querida Marion”, decía la carta. “No tengo seguridad de que leas

esta carta aun si llega a tus manos; no me es posible confiar en esa horrible Muriel para que te la entregue y aun si lo hace debes estar sufriendo demasiado como para estar leyendo cartas.

”He tenido algunas horribles pesadillas contigo en ese espantoso edificio de cemento; lo que llaman arquitectura moderna siempre me deprime insoportablemente. Esos desnudos patios de ejercicio llenos de amenazantes sabuesos, esas mujeres policía con cara cuadrada haciéndote todo el tiempo ir y venir con tu uniforme gris. ¿Te hacen coser costales? Eso siempre me ha parecido una ocupación de lo más tonta. El martes por la noche soñé que te habías escapado con una camisa de fuerza y avanzaste dando saltos por varios kilómetros porque como estaba tan apretada no podías caminar. Si puedes enviarme una pequeña nota de contrabando me sentiré de lo más aliviada sabiendo que por lo menos no te inyectan el suero de la verdad todo el tiempo.

”Los dos gatos están bien y lucen contentos; no llegué a tiempo para salvar la gallina roja. Es una verdadera desgracia, pues lo más seguro es que se la coman. Al principio, los gatos se sintieron algo extraños, pero pronto se acostumbraron. Todos los gatos son neuróticos, como bien lo sabes, pero muy pronto sintieron mi simpatía hacia ellos.

”Además de las pesadillas que he tenido contigo, he tenido sueños recurrentes con una monja encerrada en una torre. Tiene una cara de lo más interesante, a todas horas ligeramente deformada por un guiño perpetuo. No puedo imaginarme quién es, tal vez una de mis corresponsales.

”Estoy pensando en hacerte una visita, pero si tenemos que hablar a través de barrotes no podría llevarte una torta de chocolate y una botella de oporto, como quisiera. Si te es posible, infórmame la distancia entre los barrotes y así sabría qué cosa puedo llevarte que pudiera hacer pasar por la abertura. Los cigarrillos son siempre un consuelo y por estrecha que fuera la separación entre los barrotes, siempre sería posible hacerlos pasar. ¿No te gustaría un poco de marihuana para hacerte olvidar tu triste condición actual? Los árabes, según me han dicho, venden esta hierba detrás del mercado de San Fandila. Para poder comprarla tendría que ir armada hasta los dientes porque esa parte de la ciudad es, según me han informado, muy peligrosa. Yo iría a cualquier parte de todos modos si con ello aliviara tus sufrimientos. En todo caso, es difícil obtener marihuana, así que hazme saber con exactitud en tu nota si realmente la necesitas.

”Planear la visita que pienso hacerte ha sido de lo más absorbente, puesto que he tenido que concebir varios disfraces, no sea que vaya a inspirar sospechas en caso de que tenga que ayudarte a escapar. Elisa, la nueva muchacha de servicio, me ha dicho que su abuelo tiene un viejo traje de charro que le fue dejado por su patrón cuando murió y que estaría dispuesto a alquilarlo por una pequeña suma. Me habría gustado llegar allá vestida de general húngaro, pero este uniforme es más difícil de conseguir. Un traje de torero sería también de lo más atractivo, pero creo que a la larga sería

mucho más caro de alquilar. En todo caso, creo que no debe ser muy llamativo, no vaya a despertar sospechas. Un bigote negro y anteojos oscuros, son por lo general muy efectivos para cambiar considerablemente la apariencia de uno.

”Claro que sería mucho mejor si pudiéramos comunicarnos por medio de pasadizos subterráneos; con esto en mente he hecho algunos planes basados en la ingeniería de las termitas, porque no creo que podamos obtener equipo mecánico. Te incluyo los planos pero, por caridad, ten cuidado que no caigan en manos de las autoridades. Las consecuencias podrían ser desastrosas para las dos. El lavado cerebral dicen que es la última palabra en torturas, los suplicios chinos pasaron de moda hace mucho tiempo. Te explico, por si acaso nunca has oído hablar de eso, que el lavado cerebral consiste en una tortura mental infligida por otros. Muy pronto te vuelve loca, así que ten cuidado de no prestar atención si oyes decir que pronto vas a ser llevada ante el pelotón de fusilamiento. No dejes que te pongan inyecciones ni siquiera si te dicen que son vitaminas, pudiera ser el suero de la verdad, que es parte del lavado de cerebro y te hace jurar haber hecho cosas en las cuales ni siquiera has pensado.

”Me la paso pensando que estoy muerta y que tengo que enterrar mi propio cadáver, lo cual resulta ser de lo más desagradable porque el cuerpo comienza a descomponerse y no sé dónde tengo que llevarlo. Anoche tuve el mismo sueño. Primero fue la monja del guiño y luego el arduo deber de enterrar mi propio cadáver.

”Decidí en el sueño hacerlo embalsamar y enviarlo aquí mismo, a mi casa, a contra reembolso. Pero cuando la funeraria llegó estaba yo tan alarmada de tener que enfrentar mi propio cuerpo muerto que lo devolví, rehusando pagar. Qué gran alivio es no tener que ocuparse personalmente de nuestros funerales.

”Estudia los planes incluidos cuidadosamente y contéstame a vuelta de correo. Van asimismo dos pesos para que puedas sobornar a alguien que saque la carta a escondidas. Necesito además un dibujo con el plano del edificio, que tal vez puedas hacer en secreto. Imagínate que estuvieras sobrevolando la institución en un helicóptero, no como si se tratara de una acuarela corriente. ¿No sería estupendo que me ganara un helicóptero en una rifa? No creo poder tener mucha esperanza, nunca dan premios realmente útiles.

”No abandones la esperanza por completo, a pesar del horror de tu situación. Estoy utilizando toda mi capacidad imaginativa para que seas de nuevo libre.

Afectuosamente, como siempre, Carmela”.

Después de haber leído la carta de Carmela varias veces me senté pensativa. La monja del guiño no podía ser otra que doña Rosalinda Alvarez Cruz de la Cueva. ¡Qué misterioso que Carmela la hubiera visto telepáticamente! ¡Qué emocionada se pondría cuando le describiera su retrato al óleo y cómo la abadesa ocupaba mis pensamientos!

Los planes de Carmela para el pasadizo subterráneo, entre la institución y la casa, parecían muy difíciles de llevar a cabo. ¿Quién iba a hacer todas estas excavaciones?

¿Dónde íbamos a obtener dinamita para despejar el camino si había rocas? Aun usando sólo picos y palas nos tomaría a las dos demasiado tiempo perforar diez kilómetros bajo tierra. De todos modos, decidí hacer un cuidadoso plano de la institución para mandárselo a Carmela tan pronto como fuera posible. No tenía idea de que hubiera ninguna dificultad para enviar correspondencia y muchas damas recibían sus cartas sin censura alguna, de modo que no sería necesario sacar de contrabando nada, como lo había sugerido Carmela. Esto hacía las cosas más fáciles. ¡Qué amabilidad la de Carmela, ocupándose de mis gatos adorados! ¡Y a sus propias expensas! ¡Qué gusto me daría verla de nuevo y chupar caramelos de violeta en el porche!

Por ser domingo, la cena fue más informal que de costumbre. El asado frío y la ensalada de papas fueron colocados en el centro y no servidos persona por persona. Golosinas secas y panecillos fueron puestos en una mesa anexa y consumidos con café en la sala. Lavamos nosotras mismas la vajilla por turnos, pues era el día libre de los empleados. Una hora de apacible recreo nos fue permitida después de la comida, algunas se entretuvieron conversando, tejiendo o jugando juegos diversos. La marquesa Claude de la Checherelle y Maude Sommers siempre jugaban a la escalera, era como un rito que a mí me gustaba contemplar. La marquesa siempre movía sus fichas con estrategia militar, dándonos al mismo tiempo vividos recuentos de todas las batallas en que ella había luchado y vencido por toda Europa y Africa. Entretanto, Maude, que era tímida, rara vez osaba interrumpirla en sus relatos de guerra, aun cuando no hubiera mayores variaciones.

—El fango nos llegaba hasta el cuello —decía la marquesa arrojando los dados sobre el tapete.

“El capitán y yo sentíamos silbar las balas alrededor de nuestras gorras cuando nos asomábamos a echar una ojeada por encima del borde de la trinchera. Los alemanes avanzaban inmisericordes con su artillería pesada. Los tanques hacían tabletear sus ametralladoras como robots vengadores. La situación era desesperada, estábamos mortalmente exhaustos pero el deber nos mantenía, aunque vacilantes, en nuestros puestos. ‘Nuestro único recurso es un ataque frontal, mi Capitán’, dije, ‘estamos bajo fuego por ambos flancos’. Las mandíbulas del capitán se contrajeron perceptiblemente. ‘Esto sería asesinar a la tropa a sangre fría’, dijo el capitán haciendo relampaguear sus penetrantes ojos azules a través del barro que cubría toda su cara. Lo agarré por un brazo y señalando el mar a nuestras espaldas le pregunté: ‘¿Hacia dónde nos retiramos?’. Mi voz sonó gruesa por la emoción. ‘¿No es preferible morir peleando a campo abierto que ser sepultados en el fango por los tanques?’. ‘Como de costumbre, tengo que inclinarme ante tu consejo’, dijo el capitán, gritando: ‘¡Adelante!’. Y así fue como la batalla de Yprés, que ya estaba perdida, se decidió a nuestro favor —continuó la marquesa modestamente—. La mayoría de nuestra tropa fue barrida, algunos se ahogaron tratando de cruzar el Canal de la Mancha hacia Dover, pero nuestro pequeño batallón cayó sobre los tanques

alemanes que se retiraron después de recibir fuego constante por veinticinco horas”.

Maude en ese momento echó un seis y su ficha trepó la escalera casi al punto de victoria. La marquesa juró por lo bajo y echó un seis, que no la condujo a nada.

—Nunca tengo suerte los domingos —dijo la marquesa—. Yo nací un martes, si es que eso puede considerarse de buen agüero. Pero no me quejo, mi vida ha estado llena de emociones y placeres; ahora recuerdo, por ejemplo, cómo nos salvamos en el norte de Africa de los francotiradores alemanes.

“Hacíamos una marcha forzada a través de regiones montañosas y estériles. Yo era segundo comandante del batallón, encargado de escoltar dos ambulancias de la Cruz Roja que se dirigían al desierto...”

—Creo que gané el juego —dijo Maude tímidamente—. Cuestión de suerte, naturalmente. Este juego no requiere tanta habilidad como el ajedrez.

—De modo que ganaste —dijo la marquesa mirando cuidadosamente la escalera—. Bien, un sentido correcto del deporte es más importante que estar siempre ganando, así que permítame congratularte calurosamente. Claro que si no fuera domingo yo podría haber ganado.

La señora Gambit hizo sonar una campanilla y todas nos levantamos para retirarnos a nuestros alojamientos. Me sentí agra-J decida de vivir en una cabaña y no en un hongo de concreto como la marquesa, aunque ella nunca se quejaba de tener que trepar por una escalera cada vez que iba a acostarse. Eso debía recordarle los días felices en que tenía que entrar y salir de cráteres de bombas con balas silbando alrededor de su gorra.

Era casi luna llena y nos alumbraba el camino por el jardín. Yo caminaba con Maude Sommers, que compartía la cabaña doble con la señora van Tocht.

—La luna nueva siempre me hace recordar a Suiza —dijo Maude tristemente—. Cuando niña acostumbraba a ir a Mürren para la temporada de deporte invernal. Nunca fui muy buena esquiadora, mejor lo hacía patinando. No que hiciera acrobacias ni nada por el estilo, simplemente, patinaba.

—Sí, sin duda —dije—, no hay nada que me plazca tanto como la nieve iluminada por la luna. Por años he deseado ir a Laponia, solamente para montar en un trineo tirado por esos perros blancos y lanudos y contemplar la nieve; más al norte usan renos que producen también leche; supongo que también queso, aunque me imagino que ese queso puede tener un gusto a cabra, que nunca me ha gustado.

—No debemos permitirnos caer víctimas de ilusiones —dijo Maude—. El doctor Gambit dice que alimentar ilusiones consume más energía que montar en bicicleta. Yo estoy segura de que debe tener razón, aunque no puedo llegar a comprender las profundas razones que hay para todo lo que dice, no soy tan inteligente. Y, sin embargo, a nuestra edad es difícil renunciar a algunos pequeños placeres.

—Aunque sé que te pareceré tonta —continuó Maude—, algunas veces me siento como caminando a través de un bosque de abedules susurrantes en algún país del norte. Es a principios de la primavera y las últimas escarchas hacen que la hierba

cruja bajo mis pies.

—Lo sé —dije fervientemente—. Abedules, abedules plateados que parecen mucho más vivos que estas desagradables palmeras.

—Es algo tan vívido —continuó Maude— que se convierte en una completa historia. ¿Te importaría mucho si te la contara?

—Me encantaría escucharla toda —repliqué, con la esperanza de que no fuera demasiado larga porque quería leer de nuevo la carta de Carmela. La señora Gambit insistía siempre en que todas las luces estuvieran apagadas a las once de la noche.

—Bien —dijo Maude—, heme allí vestida con unos pantalones de lana, chaqueta de cuero y fuertes brodequines; marchó silbando o, mejor dicho, tarareando, porque como perdí ya todos los dientes no puedo silbar. El bosque de abedules está lleno de arroyos que murmuran y que yo cruzo caminando por piedras muy lisas. Estas piedras son a veces muy resbaladizas y tengo que apoyarme en el fuerte bastón que siempre llevo. ¡Estos claros y traviesos arroyuelos siempre prometen toda clase de placeres inocentes! Una delicada brisa hace rozar unas con otras las hojas de los abedules; el aire es fresco y frío. A medida que avanzo me doy cuenta que llevo algún propósito y de pronto, con un estremecimiento de alegría, descubro que debo ir a encontrar un vaso mágico, escondido en alguna parte del bosque. Luego me hallo frente a una estatua de mármol de Diana y sus perros. Está medio cubierta por el musgo, pero siempre en marcha a grandes pasos con su majestad silvestre. Y allí, a los pies de la estatua, está el vaso mágico. Es un cáliz de plata lleno hasta el borde de dorada miel. Me bebo la miel y devuelvo el cáliz a Diana con una acción de gracias o, mejor dicho, parece que no es así. Intento beber la miel pero es demasiado espesa y tengo que mirar alrededor a ver si encuentro una cuchara. No hay ninguna, de modo que después de lamer el borde del cáliz lo devuelvo casi lleno todavía de miel a la diosa y es aquí donde ofrezco mi plegaria de gratitud.

“Cuando todavía no me he alejado mucho de la estatua de Diana, encuentro una pequeña llave de hierro escondida bajo una piedra. Sé que la necesitaré, así que la pongo en el bolsillo de mi pantalón. De pronto me hallo frente a una pesada puerta de madera semioculta en una pared cubierta de musgo. Mientras pienso si debiera o no abrir la puerta y estoy probando la llave de hierro en la cerradura, alguien llega por detrás de mí y me empuja hacia la puerta que se abre por su propia cuenta y me encuentro en un lujoso dormitorio amoblado en un estilo que se me antoja Renacimiento, aunque como soy tan ignorante en materia de arte, bien podría haber sido gótico o aun barroco. El lecho de cuatro columnas está ocupado por una mujer que lleva un gorro de dormir parecido a la toca de una monja. Está haciéndome un guiño y yo la reconozco como la monja que está representada en el retrato al óleo colgado de la pared del comedor”.

—Muy extraño —comenté—, esa pintura ha ocupado mis pensamientos desde que la vi por primera vez. ¿Quién es la monja?

—Nadie parece saberlo —dijo Maude—, o tal vez todos pretenden no saberlo,

aunque a veces se me ocurre que Christabel Burns podía decir mucho si lo deseara. Pero es tan amiga de secretos que casi nunca habla con nadie.

—Tal vez se sienta diferente por ser negra —dije—. Los recuerdos de las negras son diferentes a los nuestros; siempre quise hablar con ella pero da la impresión de estar demasiado ocupada.

—Bueno —dijo Maude—, me imagino que debo apresurarme para ir a la cama; comparto la cabaña con la señora van Tocht, tú sabes, Vera. A ella no le gusta que me acueste tarde porque oye a través de las paredes cuando me quito los zapatos y eso la disturba. Tiene un sueño muy liviano.

—Aprecio mucho a Vera —agregó Maude—, es muy espiritual, temo no poder llegar nunca a su altura.

—Sí —dije—, ella me contó que ustedes tienen sesiones los miércoles por la tarde.

—¡Ella te dijo! —exclamó Maude con aire de sorpresa—. Eso quiere decir que ella cree que tienes posibilidades de ser iniciada. Espero que puedas estar con nosotras el próximo miércoles.

—Gracias —respondí—, me encantaría.

Quizás servían algunos refrigerios, tal vez algo de licor. Alguien me había dicho que la señora Van Tocht era una persona de medios económicos. Algo, sin duda, tenía que mantenerla tan gorda.

—¿Qué me dices de Natacha González? —pregunté—. ¡Dicen que tiene poderes sobrenaturales!

Hubo alguna vacilación de parte de Maude antes de que respondiera a mi pregunta:

—Sí —contestó—. Es una persona muy espiritual también, tiene visiones. Buenas noches. En verdad debo irme antes de que Vera se acueste.

Yo me quedé pensando en la causa de que luciera tan asustada cuando mencioné a Natacha González.

La luna lucía alta en los cielos; comencé a componer la carta que le enviaría a Carmela.

Era una lástima que Carmela no estuviera presente para disfrutar de tanto misterio. Pensé proponerle que viniera por un fin de semana, suponiendo que la señora Gambit daría permiso. Carmela tendría muy interesantes teorías acerca de toda esta gente, yo estaba segura, siendo la clase de persona que era. Antes de entrar a la cabaña, me quedé un rato afuera contemplando la luna y las estrellas y escuchando las criaturas de la noche mediante mi trompetilla. Anna Wertz hablaba consigo misma a la distancia, un grillo chirriaba y un ruiseñor cantaba en los alrededores. ¿Dónde habré puesto la pluma y la tinta? me pregunté. El papel sabía que estaba arriba, en el guardarropa.

Cuando hube escrito todas las cosas que pude recordar, me fui a la cama, dejando el resto de la carta para otro día. La luz de la luna entraba por mi ventana y no podía

dormirme, pero me mantuve echada, en duermevela, soñando; un estado que se me ha hecho muy familiar. Recuerdos del pasado lejano se me hacían presentes tan claros como si acabaran de ocurrir.

El Jardín de Luxemburgo y el olor de los castaños, París. Saint-Germain-des-Prés, el desayuno en la terraza de un café con Simón; Simón, cuya cara lucía tan clara y sólida como si aún estuviera llena de vida. Pero Simón debe tener unos treinta años de muerto, nada queda de él, que yo sepa. Simón hablando como *Las mil y una noches*, de amor y magia.

Después soñé que estaba preparando el almuerzo, en una casa de verano, al fondo de un amplio parque. Simón estaba allí. Había algo importante que quería preguntarle y le golpeé el pecho: “¡Pero si eres tan sólido como yo!”, le dije y añadí, “Oh, Simón, ¿por qué has muerto antes de poderme contar todo? ¡Simón! ¿Cómo es eso de estar muerto?”. Eso era lo que quería preguntarle y me sentí avergonzada; Simón me miró desconcertado por un instante y luego dijo: “Uno piensa todo el tiempo que va a acabarse, pero no es verdad”. Tenía bellos ojos, como los de un gato siamés. ¡Simón perdido en jardines de crepúsculo interminable, nunca libre y sabía tanto! Quizás yo todavía estuviera en París. ¡Oh! qué alegría sentiría si pudiera caminar por los *quais* y mirar los libros, o contemplar el Sena desde Pont-Neuf, subir por la calle Saint-André des Arts hasta el mercado y comprar vino y queso *brie* para el almuerzo; eso sería más que suficiente para mis frugales necesidades. Pierre en la calle de Beaux Arts. ¡El ingenioso Pierre, con todas sus maravillosas teorías que lo llevaron a tan trágico fin!; murió ahogado en su bañera, asesinado, según dijeron, por un pintor de naturalezas muertas. Pierre se puso furioso porque descubrió una zanahoria en uno de los cuadros de su asesino, Jean Prissard. Por lo que el artista, indignado, se deslizó dentro de su apartamento y encontrándolo en el baño le mantuvo la cabeza debajo del agua hasta que lo ahogó. ¡Pobre Pierre! No recuerdo si el criminal fue guillotinado. Pierre era tan agudo y sensible en materia de pintura que si una tela tenía un solo color al natural era capaz de desmayarse de horror. La forma, decía, estaba superada y era vulgar. Fue así como una zanahoria, que después de todo quizás no fuera una zanahoria, lo condujo a su fin prematuro.

El lunes o martes, no recuerdo con exactitud, me hallaba en la alberca de las abejas tratando de aprender a tejer por mi propia cuenta. La señora Gambit decía que la inactividad era la causa verdadera de mi gula; de modo que pensé en tejerme una bufanda. Maude Sommers me había dado un poco de lana verde y una lección de tejido; esto no era tan simple como ella me había hecho creer. Había dejado de tejer para admirar las abejas y envidiarles su eficiente industriosisidad, cuando Natacha González se presentó repentinamente; llevaba la cabeza envuelta en un pañolón amarillo, como si tuviera dolor de muelas.

—Estoy exhausta —dijo, haciendo mover los ojos dentro de las órbitas—, tengo

tres días sin poder dormir.

—Puede que la señora Gambit te dé un sedante, si se lo pides —dijo gentilmente.

Natacha meneó la cabeza y gruñó: —¡Sedante! ¿Es que no comprendes? Estoy agotada de sueño, sólo que no puedo cerrar los ojos a causa de las ratas.

Esto me dio un sacudón, siempre me han aterrorizado las ratas y los ratones.

—¡Qué horrible! —dije—. ¿Entonces es que hay ratas en tu cabaña?

—Ratas enormes —replicó Natacha—. Yo diría que son del tamaño de perros falderos. Así que no me atrevo a quedarme dormida no vayan a arrancarme la nariz.

—¡Qué horrible! —dije nerviosamente—. La señora Gambit debiera tener gatos; podría tener aquí fácilmente una docena de gatos, y además los gatos son animales de lo más bellos; las ratas y los ratones no pueden soportar el olor de los gatos.

—La señora Gambit tiene alergia por los gatos —dijo Natacha—, le producen furúnculos.

—¡Qué insensatez! —exclamé—. No hay nada tan limpio como un gato, ni tan saludable. Cuando estaba en casa yo no habría dormido sin mis gatos, por nada del mundo.

—La señora Gambit —dijo Natacha enfáticamente— no tocaría un gato ni para salvar su vida, no permitiría un gato en este lugar. El único remedio es veneno para ratas. Le pediré que me compre algunos paquetes de “La última cena”, el mejor veneno para las ratas; no es virulento y se mueren casi en seguida.

—Si son tan grandes como perros falderos, según dices, y se mueren en el piso, te echarán de tu cabaña en un santiamén.

—Haré el sacrificio —contestó Natacha— si con ello me libero de esas horribles criaturas; además, es mejor olerías a que me arranquen la nariz.

—No es que pretenda interrumpir —dijo Georgina, metiendo la cabeza por entre la espesura de jazmines—, pero no he visto una sola rata o ratón desde que llegué aquí hace ya diez años.

—¡Víbora! —exclamó Natacha—. Te prevengo de hablar con Georgina Sykes, es una mujer peligrosa, inmoral y maliciosa —y envolviendo su cabeza apretadamente con el pañolón amarillo, señaló con un dedo muy corto hacia la espesura de los jazmines y exclamó: —¡Víbora, reptil venenoso! —y se marchó rezongando.

Georgina dio unas vueltas por allí y se sentó.

—Objetivamente hablando —dijo—, Natacha González apesta; tengo mi apodo especial para Natacha, la llamo Santa Rasputina; toda esa historia de las ratas era un puro cacareo, mentía.

—Esta Rasputina —agregó Georgina— vendería a su madre a los mercaderes de esclavos a fin de obtener un poquito de publicidad. Tiene un complejo de poder igual al de Hitler; inventa ratas tan grandes como perros, del mismo modo que inventa confidencias de los santos inmensas como postes de telégrafo. Y todo va hacia el mismo fin, poder y más poder. Es una cosa estupenda para la humanidad que la tengan encerrada en una casa para viejas seniles.

—Espero que tengas razón en lo de las ratas —dije—, siempre les he tenido pavor a las ratas y a los ratones, aunque creo que en general me gustan los animales.

Georgina de pronto se puso a mirar mi bufanda de lana: —A propósito de animales —dijo—, ¿qué es lo que estás tejiendo, un swéter para una culebra?

Georgina podía creer, a duras penas, que se trataba de una bufanda; de todos modos, era evidente que yo hacía labor de *crochet* y no estaba simplemente tejiendo.

—No —le dije, un poco molesta— no es eso.

—¿De dónde sacaste esa nauseabunda lana verde? —dijo Georgina—, hace castañear mi dentadura postiza.

—A veces eres demasiado criticadora, Georgina —dije—. Maude Sommers muy gentilmente me la regaló y creo que tiene un agradable color de primavera, como las hojas nuevas de los castaños.

—Espero que no se te ocurra usarla —dijo Georgina ignorando mi reproche—; lucirías como Noé después de ahogarse en el diluvio; verde no es tu color, ya eres muy verde por tu propio mérito.

—No pensarás que luzca como una debutante —contesté—. Además, Noé tenía un arca llena de animales, tú lo sabes bien, y no se ahogó.

—Vamos, todo el mundo sabe que la Biblia es muy descuidada —dijo Georgina—. Es verdad que Noé tenía un arca, pero todo el mundo sabe también que se emborrachó y se cayó al agua, su esposa lo vio en medio de las aguas cómo se ahogaba y no hizo nada para salvarlo, después de todo ella heredaba todo ese ganado. La gente de la Biblia era muy sórdida y una tropilla de ganado en esos días era mejor que una cuenta bancaria de hoy.

Georgina se levantó y arrojó su cigarrillo en la alberca de las abejas. El cigarrillo, al tocar el agua, chisporroteó de un modo de lo más desagradable.

—¿A dónde vas? —pregunté sorprendida, ya que siempre disfrutaba de la conversación disparatada de Georgina.

—Voy a leer una novela, así que puedes seguir tejiendo tu horrenda prenda —dijo Georgina y se fue.

Se alejó con cierta elegancia rechinante, dejando en el aire un ligero perfume que me recordó la Rué de la Paix.

Una tarjeta postal me llegó con el correo de la tarde. Se trataba de una vista curiosa de la guardia galesa y una cabra entrando en el palacio de Buckingham. “La señora está bien de salud —podía leerse—. Ayer fuimos al partido final del campeonato de críquet, ¡muy emocionante!, ambos salimos más bien cansados. La señora envía sus recuerdos. Esperamos que ésta la reciba como nos deja a nosotros, en buena salud. Verdaderamente suyo, Margrave”.

Era muy gentil de Margrave mantenerme tan bien informada acerca de la salud de mi madre. Interesarse por los deportes a la edad de ciento veinte era realmente

admirable y, sin embargo, la vida de mi madre había sido bastante más fácil que la mía propia. Siempre, desde que abandonó Irlanda a la edad de dieciocho, mi madre había vivido en una constante ronda de placer: criquet, partidas de caza, subastas de caridad, compras en Regent Street, reuniones de bridge, masajes faciales donde Madame Plomberoy, un salón de belleza pasado de moda muy cerca de Picadilly. El hecho de que mi madre nunca se pusiera a la moda formaba parte de su encanto. Siempre llegábamos demasiado temprano o demasiado tarde a todas partes. Me acuerdo cuando desembarcamos en Biarritz en medio de una tempestad de nieve a comienzos de febrero. El mal tiempo era para mi madre una especie de insulto personal. Creía que la Riviera estaba en el trópico; viendo caer la nieve en Biarritz se convenció de que los polos estaban cambiando de lugar y la tierra saliéndose de su órbita. Eramos los únicos huéspedes de un hotel tan grande como Victoria Station. “Con razón nadie viene a Biarritz”, dijo mi madre, “está vacío. Iremos a Torquay el año próximo, cuesta mucho menos y el tiempo es más templado”. Fuimos a Monte Carlo donde mi madre encontró un albergue espiritual en el casino; se le olvidó lo del tiempo. Yo tuve un coqueteo con un empleado de una agencia de viajes que nos sacó los pasajes para Taormina y nos fuimos a Sicilia. Más romance en Taormina con un camarero llamado Dante que nos vendió un cuadro de Fra Angélico muy barato y que resultó falso y por consiguiente no tan barato como habíamos imaginado. Pero el tiempo era excelente y las bugamvillas estaban en plena floración.

Nos regresamos pasando por Roma y admiramos a los oficiales italianos con sus sombreros como baldes de carbón y capas de un azul relampagueante.

Fuimos en carroza a visitar las catacumbas; nos paseamos por los alrededores de San Pedro y admiramos la cúpula de Miguel Angel. A mi madre no la sació el arte y decidió que nos marcháramos a París a comprar ropa. “Los trajes parisinos”, dijo mi madre, “son famosos en el mundo entero”.

Así que llegamos a París y fuimos de compras al *Printemps* Mi madre se sintió desilusionada, quería comprar calzones de satín marrón pero fue imposible encontrarlos en ninguna parte. “Mucho mejor sería que nos volviéramos a Londres”, dijo mi madre, y se compró una gorra de marinero que no le sentaba bien. “Todas estas cosas se pueden comprar en Regent Street por la mitad del precio”.

Fuimos al Folies Bergere, pues mi madre opinaba que yo era suficientemente grande como para poder ver a Mistinguette. “Todas estas mujeres desnudas me aburren”, dijo mi madre que se sentía todavía fastidiada por lo de los calzones de satín marrón. “Los griegos hicieron todo eso hace ya muchos años”. La noche siguiente fuimos al Bal Tabarin y nos divertimos mucho. Yo bailé con un armenio muy agradable que me telefoneó al hotel al día siguiente. Mi madre compró los boletos para regresarnos a Londres y salimos de París antes de que el armenio tuviera ocasión de vendernos algo.

De vuelta a Lancashire sufrí un ataque de claustrofobia y traté de convencer a mi madre de que me dejara ir a Londres a estudiar pintura. Ella opinó que esa era una

idea tonta y banal y me dio una conferencia sobre los artistas. “No hay nada malo en lo de la pintura”, dijo mi madre, “yo misma pinto cajas para la subasta de caridad, pero hay una diferencia entre tener sentido artístico y ser artista. Tu tía Edgeworth escribía novelas y era muy amiga de Sir Walter Scott, pero nunca se habría llamado a sí misma una artista, no habría sido correcto. Los artistas son gente inmoral, viven revueltos en buhardillas, nunca podrías acostumbrarte a una buhardilla después de haber tenido todo este lujo y comodidad que tienes aquí. Además, nada te impide pintar en tu casa, hay toda clase de temas deliciosos de pintar”.

“Yo quiero pintar modelos desnudos”, dije, “aquí no se pueden encontrar”.

“¿Por qué no?”, preguntó mi madre en un relámpago de lógica”, “la gente de cualquier parte está desnuda si se quita la ropa”.

Finalmente fui a Londres a estudiar arte y tuve un romance con un egipcio. Es una pena que nunca haya ido a Egipto, pero gracias a mi madre visité la mayor parte de Europa durante mi juventud. El arte en Londres no me parecía suficientemente moderno y comencé a quererme ir a París donde el surrealismo estaba haciendo furor. El surrealismo no es considerado moderno hoy en día y casi todos los párrocos de pueblo y todas las colegiales tienen pinturas surrealistas colgadas de las paredes. Incluso el Palacio de Buckingham tiene una reproducción del cuadro de Magritte tan famoso donde figuran unas rebanadas de jamón con un ojo que cuelga; creo que está en el salón del trono. Los tiempos cambian, en efecto, la Academia Real presentó hace poco una retrospectiva de arte Dadá y decoraron la Galería como un sanitario público. En mi tiempo, la gente de Londres habría quedado estupefacta; hoy el Alcalde inauguró la exposición con un largo discurso sobre los maestros del siglo veinte y la Reina madre colocó una guirnalda de gladiolas en una escultura de Hans Arp llamada “Ombligo”.

¡Cómo corre mi mente! Digamos más bien que se devuelve. Nunca podré completar mi narración si no logro controlar todas estas memorias, hay demasiadas. Bien, como decía antes, no puedo recordar el día de la semana en que estos sucesos ocurrieron; puede haber sido lunes o martes, pero no es imposible que haya sido miércoles, jueves o viernes. No creo que haya sido domingo. En todo caso, comenzaron más o menos en los días en que recibí la tarjeta postal de Margrave.

Yo estaba mirando a través de la ventana de la cocina, pensando si habría alguien por allí, con la esperanza de que pudiera procurarme un bocado. Desgraciadamente, la señora Gambit estaba sentada en la cocina pelando guisantes. Una cosa que me llamó poderosamente la atención es que tenía sobre las piernas un enorme gato amarillo y de tanto en tanto le acariciaba el lomo y la cabeza con mucha ternura. Nadie que sienta horror por los gatos deja que le suban a las piernas y mucho menos se dirige a ellos en términos tan afectuosos. Todo lo que Natacha había dicho sobre las ratas y la señora Gambit vino a mi mente. Llena de curiosidad entré en la cocina y le ofrecí mi ayuda.

—Siéntate aquí —dijo la señora Gambit—, me complace que luches contra la

pereza.

—¡Qué hermoso gato! —exclamé. Mucha gente detesta los gatos y yo los prefiero a cualquier otro animal doméstico.

—Adoro a los gatos —dijo la señora Gambit—. Tom siempre duerme en un rincón de mi cama como si quisiera curarme de mis dolores de cabeza, casi siempre está en mi cuarto, aunque los gatos, si tienen la ocasión, prefieren vagar por allí.

—Sería por eso que no lo vi antes —dije—. Déjeme tenerlo un poco, hace ya mucho tiempo que no acaricio un gato.

Sin duda alguna, la señora Gambit pensó que yo me estaba volviendo muy confianzuda, pues en seguida cambió abruptamente el tema de la conversación: —Tenemos clases de cocina una vez a la semana —dijo—. De modo que la gente puede practicar auto control preparando platos para las demás y absteniéndose de probar sus propias confecciones.

Eso me pareció terriblemente sádico pero, desde luego, no me atreví a expresar mi opinión y me limité a preguntar si se usaban recetas o si, para decirlo de ese modo, se utilizaba el sentido creador de cada quien.

—Se está en libertad de cocinar lo que a uno le plazca —dijo la señora Gambit—, pero como los ingredientes están considerados como extra, en consideración a las familias de ustedes no permitimos ninguna extravagancia.

—Algunas personas —continuó la señora Gambit— usan libros de cocina, aunque en mi opinión las cosas debieran hacerse de memoria para evitar que las mentes se oxiden. Todo tipo de esfuerzo contribuye a la Obra.

—Yo era capaz de preparar algunos platos excelentes —me aventuré a decir—, cocina francesa ¿sabes?, aunque la pastelería nunca fue mi fuerte.

—Las pretensiones en la cocina no son mejores que en el salón —replicó la señora Gambit—; además, tu familia no ha demostrado ningún deseo de pagar extras. Los gastos de la cocina son ya demasiado altos como para permitirnos regalarte costosos ingredientes sólo para que puedas demostrar tus habilidades culinarias.

A este punto, la señora Gambit me dirigió su sonrisa agónica, así que consideré terminada la conversación. Presa de gran frustración abandoné la cocina sin haber podido acariciar el gato.

Las clases de cocina comenzaron poco después de este incidente y fue así como Natacha González se encontró a sí misma haciendo tortas de chocolate una tarde. Cuando las tortas ya estaban frías, el destino creyó conveniente enviar una visita a la señora Gambit. Ella se marchó apresuradamente al salón, dejando a Natacha y a la señora van Tocht solas en la cocina. Yo no tomaba parte en las lecciones de culinaria, era solamente una espectadora y miraba desde fuera a través de la ventana de la cocina.

Natacha González dijo algo a la señora van Tocht, quien se dirigió a la puerta y pasó el cerrojo. No podían verme, puesto que un macizo de fucsias me ocultaba. La señora van Tocht se reunió de nuevo con Natacha cerca de la mesa y asintió; entonces

Natacha sacó del bolsillo una lima de uñas e hizo agujeros en cerca de media docena de las torcas, luego abrió un paquete y fue vaciando el contenido en cada una de las tortas agujereadas. Todo el proceso fue muy rápido, parecían tener mucha prisa. Natacha envolvió las tortas en un trozo de papel encerado y salió de la cocina diciendo algo a la señora van Tocht que asintió de nuevo y le dirigió una sonrisa de lo más significativa. Me acurruqué contra la pared para que Natacha no me viera. Un segundo más tarde, Maude Sommers emergió desde atrás de las madre selvas que estaban frente a mí y se apresuró a seguir a Natacha. Es posible que Maude Sommers hubiera visto toda la extraña escena de la cocina desde atrás de las plantas, por lo que yo podía suponer que sus razones para estar espionando fueran parecidas a las mías. Las dejé alejarse y luego tomé un atajo que me llevó a la parte posterior del iglú de Natacha, donde una pequeña reja me permitía una buena vista del interior. Natacha entró y puso las tortas en la gaveta superior de una cómoda y las cubrió con lo que parecía ropa interior. Estaba de espaldas a la puerta, de modo que no pudo ver cuando Maude Sommers introducía la cabeza y la miraba mientras escondía las tortas, y que desapareciera antes que Natacha tuviera tiempo de darse la vuelta. Yéndome por el sendero que conducía a la alberca de las abejas pude seguir, sin ser vista, a Natacha que regresaba a la cocina; como llevaba mi trompetilla pude escuchar toda la conversación que se desarrollaba junto a las fucsias.

—Hola Georgina —oí que decía Natacha—, me alegra mucho la ocasión de verte a solas, no debíamos continuar zahiriéndonos como si fuéramos dos colegialas tontas.

Georgina murmuró algo que no puede entender.

—He hecho trampas durante la lección de cocina —continuó Natacha con una sonrisa nerviosa— y escondí en mi cabaña algunas tortas de chocolate; pensé que debiera invitarte a una pequeña reunión, podíamos hacer las paces y olvidar el pasado.

—Muy bien —dijo Georgina—, con tal que no tengamos que abrazarnos. Lo que tú tienes podría ser contagioso.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —se rió Natacha alegremente— tienes lo que se llama el verdadero sentido del humor inglés, Georgina.

Todo esto era de lo más sorprendente, así que coloqué mi trompetilla de modo de no perder ni una sola palabra.

—Lamento no poder decir lo mismo de ti —replicó Georgina—, tú ves demasiados santos.

—Puede que yo tome mis facultades demasiado en serio, una nunca sabe hasta cuando durarán —dijo Natacha—. Tú, Georgina, podrías ser la próxima que escuche voces celestiales.

—Ni lo quiera Dios —dijo Georgina con énfasis.

—Bueno —dijo Natacha—, ahora tengo que regresar a la cocina antes de que la señora Gambit note mi ausencia. Esta noche me llegaré a tu alegre morada y te

llevaré algo muy apetecible. *A toute a l'heure*, Georgina.

Se separaron y pude oír a Natacha que reía con placer, en tanto que Georgina, yéndose en dirección opuesta, exhalaba expresiones harto profanas.

Pensativamente, volví a mi cabaña; echaba de menos a Carmela, si ella estuviera conmigo tendría con quien discutir todos estos extraños sucesos. Cuando pasaba frente al iglú de Natacha tuve la ocasión de ver una silueta que salía con sigilo y desaparecía en el jardín. La blusa de muselina azul de Maude era inconfundible. Seguro que había estado comiéndose las tortas.

Aunque no me sentía muy contenta con todo este asunto, no puedo afirmar que estaba alarmada. Mi mente funciona con mucha lentitud cuando tiene que sacar conclusiones y cuando lo hace, al fin, ya es muy tarde. Entretanto, un encuentro con Christabel Burns desvió mi atención de las tortas, de modo que no es mía toda la culpa por no advertir a la pobre Maude a tiempo.

Si Christabel Burns no hubiera sido negra yo podría no haber notado jamás su constante y silenciosa actividad. Una negra, en todo caso, resultaba tan exótica entre nosotras que una no podría evitar encontrarla romántica. Muchas, entre nosotras, habíamos tratado de envolverla en una conversación, pero ella siempre estaba demasiado ocupada, llevando y trayendo de la torre bandejas cubiertas y a veces toallas y lencería. Estas constantes idas y venidas me hacían comparar a Christabel con una hormiga solitaria, sobre todo teniendo ella un amplio trasero y brazos y piernas muy delgados. En esta ocasión, Christabel no llevaba nada, estaba sentada en un banco cerca de mi cabaña con las manos elegantemente colocadas sobre el regazo.

—Buenas tardes, señora Leatherby —dijo Christabel con su elegante acento oxfordiano.

Christabel, según supe más tarde, era oriunda de Jamaica y su padre había sido un químico notable.

—Buenas tardes, señora Burns —contesté—, me agrada ver que al menos por una vez usted se toma un pequeño descanso.

—La esperaba, señora Leatherby —dijo Christabel—. Es tiempo de que tengamos una pequeña conversación.

—Encantada, señora Burns —repliqué, tomando asiento a su lado en el banco—. Con frecuencia he deseado hablarle, pero usted se ve siempre tan ocupada.

—No había llegado el momento oportuno —dijo Christabel—; era necesario que usted se diera primero cuenta de cómo es el ambiente. ¿Está feliz de encontrarse aquí, señora Leatherby?

Era una pregunta difícil de contestar, pues desde hacía un tiempo yo había dejado de pensar en términos de felicidad, y así se lo hice saber.

—Está usted en un grave error, señora Leatherby —dijo ella—, la felicidad no tiene nada que ver con la edad, depende enteramente de la aptitud. Yo le doblo a usted en edad y, sin embargo, puedo decir que soy completamente feliz.

Hice mentalmente la suma de noventa y nueve más noventa y nueve y me pareció absolutamente inverosímil que Christabel pudiera tener ciento noventa años, pero no quise contradecirla.

—Así puede ver —continuó— que la felicidad no está reservada a la gente joven, nadie podría hacerla feliz, sólo usted misma debe ocuparse de este asunto.

—De todos modos, señora Leatherby —continuó Christabel—, como lo que intento no es una discusión en abstracto, abordaré el tema sin rodeos. ¿Por qué se interesa con tanta exageración en el retrato al óleo que cuelga de la pared del comedor?

La pregunta me sorprendió de tal modo que me tomó tiempo ordenar mis ideas y no hice sino farfullar. Christabel esperó pacientemente por mi respuesta. Finalmente pude decir algo.

—Puesto que la pintura cuelga directamente frente a mí, tengo multitud de ocasiones para contemplarla, máxime cuando las porciones de alimento que nos permite la señora Gambit son tan pequeñas que me las arreglo para terminar de comer muy pronto.

—A duras penas podría considerarse esa una explicación —dijo Christabel—. Ya que directamente en frente suyo, y más cerca, se sienta la señora van Tocht, y siendo ella más grande que el cuadro ¿por qué no contempla más bien a la señora van Tocht?

—Prefiero mirar el cuadro. Además, sería impertinente mirar a la señora van Tocht durante todas las comidas. Por otra parte, me siento muy interesada en la monja representada en el retrato, no creo que haya alguna objeción al respecto.

—Claro está que no me opongo, señora Leatherby, usted debe disculparme por mis abruptas preguntas, no tengo intención alguna en mostrarme agresiva.

—Puesto que usted me pregunta, señora Burns —dije—, admitiré que la monja del retrato tiene una indescriptible y peculiar expresión en su rostro y eso me mantiene pensando en quien sería ella, de dónde era y por qué mantiene perpetuamente esa mueca y cosas así... De hecho, pienso en ella tan a menudo que se me figura una vieja amiga, una amiga imaginaria, desde luego.

—Así que usted la siente como una amiga. ¿La encuentra simpática?

—Sí, puedo decir en definitiva que la siento como una amiga aunque, por supuesto, no se puede esperar un sentimiento recíproco en una relación de tal naturaleza.

Mientras yo hablaba, Christabel me miraba fijamente, como a la expectativa.

—Atribuirle un nombre sería como una invocación —dijo Christabel—; tenga mucho cuidado con el nombre que le pone.

—De hecho —dije yo—, la llamo Rosalinda Alvarez Cruz de la Cueva, tiene un tipo español ¿no es cierto?

—Ese era su nombre en el siglo dieciocho —dijo Christabel—, pero ella tiene muchos otros nombres. También tiene diferentes nacionalidades. Pero, de todos modos, no discutamos eso ahora. Lo que me hizo venir aquí, en realidad, es que quería traerle un librito. Sé que no es aficionada a leer, pero se trata de algo totalmente diferente.

El libro estaba encuadernado en cuero negro y como título pude leer: *Doña Rosalinda de la Cueva, abadesa del convento de Santa Bárbara del Tártaro, canonizada en Roma en 1756. Recuento verídico y fiel de la vida de Rosalinda Alvarez.*

—Esto es algo realmente extraordinario —le dije a Christabel—. ¿Cómo pude saber su nombre si estoy segura de no haberlo oído jamás?

Sin duda usted debe haberlo leído en alguna parte —dijo Christabel—, está escrito novecientas veinte veces en el edificio, habría sido extraordinario que no lo hubiera visto. El friso del salón está formado enteramente por repeticiones del nombre de la abadesa en caracteres góticos.

La primera página del librito estaba decorada con motivos de hojas de granada y espadas entrecruzadas; el papel había tomado, con el tiempo, un color amarillento. La impresión hecha en grandes letras al estilo antiguo era para mí fácil de leer.

—Debo marcharme ahora —dijo Christabel Burns poniéndose de pie—, tengo que cumplir con algunos deberes antes de que Venus se omite. Hablaremos de nuevo cuando usted haya leído el libro. Por favor, no mencione el hecho de que el libro está en poder suyo; las consecuencias de no hacerlo así podrían ser desagradables en forma tal que no puedo detenerme a explicar ahora.

Venus esparcía su luz sobre la torre cuando me encontré sola; era el atardecer. La entrevista con Christabel Burns había sido de lo más estimulante. Cuando estaba a punto de entrar en la cabaña y comenzar a leer el libro sobre doña Rosalinda, una silueta en sombras llamó mi atención. Aunque no podía estar segura, me imaginé que había visto un joven con un enorme atado en las espaldas deslizándose rápida y silenciosamente de un árbol o otro. Parecía tomar precauciones para no ser descubierto. ¿Era quizás un ladrón? ¿El amante de alguna de las criadas? Lo último parecía más verosímil, así que no me molesté en dar la alarma. La vida amorosa de una criada no era asunto mío. Si se trataba de un ladrón, ninguna de nosotras tenía gran cosa que perder. Entré al faro, me senté en la mesa y abrí el libro.

Recuento verídico y fiel de la vida de Rosalinda Alvarez de la Cueva, abadesa del convento de Santa Bárbara del Tártaro. Traducido del texto original en latín por Fray Jeremías Nacob, de la Orden del Santo Sepulcro.

Una rosa es un secreto, una bella rosa es el secreto de una gran dama. Una cruz es la separación o la unión de los caminos, éste es el significado del nombre de la abadesa Rosalinda Alvarez de la Cueva. La canonización de la abadesa se llevó a cabo después de ciertos hechos extraordinarios de los que fueron testigos dignatarios de la Iglesia de crédito reconocido, antes y después de su muerte en el año de nuestro Señor Jesucristo de 1733, durante el mes de julio. Fue enterrada en la cripta del convento de Santa Bárbara del Tártaro con las ceremonias y la bendición de Nuestra Santa Madre Iglesia, apostólica y romana *Ab eo, quod nigram caudam habet, terrestrium enim deorum est.*

La canonización de la abadesa estableció su santidad, en cuanto a las autoridades romanas se refiere. Sin embargo, su tumba se había convertido en un santuario mucho antes de su canonización. Toda clase de gente hacía peregrinajes desde lugares lejanos con ofrendas: frutas, flores y aun animales domésticos. Todo esto iba aglomerándose en la cripta.

Con el corazón adolorido, yo contemplaba la simple devoción de los campesinos mientras rogaba a Dios fervientemente que me diera el valor necesario para escribir la pura verdad acerca de esta maravillosa y terrible mujer.

Este documento fue escrito originalmente para el uso privado del Santo Padre, el Papa. Sin embargo, el resultado de este testimonio excedió mis más delirantes y horribles pesadillas.

La expulsión de las santas órdenes fue el resultado de mi celo, por cumplir la voluntad de Dios abriendo mi corazón y librándome de la pesada carga que en él llevaba. Puesto que he dejado de ser sacerdote, el secreto de la confesión ya no me ata.

Como confesor privado que fui de la abadesa, creo poseer inigualables conocimientos de los hechos de su alma oscura.

Mayores digresiones en mi beneficio serían innecesarias.

El lugar de nacimiento de doña Rosalinda Alvarez de la Cueva no se conoce con exactitud. No existe prueba de que naciera en suelo español. Algunos afirman que vino cruzando el mar desde Egipto; otros, que nació entre los gitanos de Andalucía; otros, en fin, que llegó del norte cruzando los Pirineos. La más temprana evidencia de su presencia en España es una carta fechada en 1710, escrita en Madrid y dirigida al obispo de Treves-les-Fréles, cerca de Avignon, en Provenza.

Esta carta se refiere a la apertura de una tumba en Nínive considerada como el lugar de descanso definitivo de María Magdalena. En dicha carta, doña Rosalinda se dirige al obispo de modo informal indicando así una amistad de cierta intimidad. Probablemente fue escrita poco después de que ella ingresara como novicia al convento de Santa Bárbara del Tártaro.

Entre otras acusaciones que se hicieron, se dijo que yo había falsificado este documento para execrar voluntariamente el nombre de doña Rosalinda. Dios es testigo de que esto es falso.

La caligrafía de esta carta jamás pudo haber salido de otra mano que no fuera la de doña Rosalinda. Más aún, su sello personal, grabado con espadas cruzadas y hojas de granada, estaba profundamente impreso al comienzo y al final de la carta. Debo aquí insertar un fragmento, arbitrariamente escogido de la carta de doña Rosalinda, que, sin duda, se hará más comprensible después que haya relatado ciertos sucesos de su vida.

El fragmento de la carta de doña Rosalinda al obispo reza así:

“De modo, palomo mío, que debes comprender la necesidad imperiosa de enviar un mensajero a Nínive que negocie el precioso líquido. No pierdas tiempo ya que gran interés se ha despertado en algunas esferas de Inglaterra. La tumba es, sin lugar a dudas, el sitio genuino donde María Magdalena fue enterrada. El unguento encontrado en el lado izquierdo de la momia podría muy bien revelar secretos que no desacreditarían a los Evangelios, pero podrían muy bien coronar todos los arduos esfuerzos que hemos compartido durante estos años. ¿Qué dices de esto, mi gran jabalí? Después de algunas discusiones, el judío que he mencionado quedó al fin persuadido de cambiar una copia del texto escrito en la envoltura de la momia por un cofre de perlas ligeramente imperfectas. Por voluntad de nuestra Gran Madre, sucede que el texto se hizo en griego, de modo que como sabes no tuve mayores dificultades en descifrar su escritura. Imagínate la alegría que se apoderó de mí cuando me enteré que Magdalena fue la gran iniciada en los misterios de la Diosa, pero fue ejecutada

por vender ciertos secretos del culto a Jesús de Nazaret. Esto, naturalmente, explica los milagros que por tanto tiempo nos han intrigado. Las propiedades del unguento estaban cuidadosamente enumeradas, aunque la fórmula exacta para mezclar el elixir desafortunadamente fue omitida. No hay duda que el precioso unguento ha estado enterrado con la momia y formaba parte de la fortuna personal de Magdalena.

”El carácter secreto del texto me impide enviarte una copia, por el peligro de que pueda caer en manos enemigas. Las noticias tomarán algún tiempo para llegar desde Nínive y, para entonces, devotamente espero que el contenido de la tumba esté en nuestra posesión. No hagas el menor comentario sobre estas cosas tan esenciales y date prisa en despachar gente de confianza a Nínive. Si fuera posible que tú mismo hicieras el viaje, parte en seguida y cierra cualquier trato que estimes conveniente.

”Entretanto, me estoy congratulando con la superiora del convento a fin de ejercer mi poder sobre las otras monjas. Mis largas meditaciones y mis devociones ya la han impresionado favorablemente. No pasará mucho tiempo antes de que tome mis votos finales. ¡Con cuánto gusto te reirías cuando leas esto! ¡Pronto estaremos socavando el propio Vaticano! Mi posición aquí no está suficientemente consolidada como para enviar por mis libros; cómo sufro por todas las horas de posible estudio que debo desperdiciar en la Iglesia. De todas maneras, el *Antiguo Arte* reclama sacrificios y de mi parte siento que pongo oro en sus cofres cada espantosa hora que paso arrodillada en el duro piso de piedra.

”Así, mi querido Jabalí Rampante, piensa en mí, manteniéndote a pan y agua, cada vez que sientas deseos de devorar una docena de pasteles de faisán y caer bajó la mesa congestionado. Desistir sería un excelente control contra el crecimiento de tu enorme panza, que te matará, sin duda, antes de tiempo. Te recomiendo, además, la seducción de menos adolescentes, pues podrías agotar tu savia y convertirte en un viejo chocho antes de que llegues a ser mago.

”Ahora, si vuestra gracia me lo permite, daré cuenta de las pequeñas caídas de nuestra superiora a fin de que expulses el veneno de tu organismo con algo de alegre humor...”

Doña Rosalinda expone aquí una serie de anécdotas tan irrespetuosas para una mente cristiana que me abstengo de reproducirlas.

El convento de Santa Bárbara del Tártaro estaba, por aquel tiempo, bajo la dirección de la abadesa doña Clemencia Valdéz de Flores Trimestres. Pertenecía esta honorable señora a una excelente y antigua familia castellana renombrada por su tesorero apoyo a la Iglesia, honrada por Roma con la Estrella de Santa Ermintruda.

Durante los primeros años de su vida en el convento, doña Rosalinda se destacó por su piedad y extremada penitencia. El sonido de las flagelaciones atraía hasta la puerta de su celda a grupos de monjas maravilladas. Algunas veces pasaba noches enteras arrodillada en la capilla del convento rezando con su rosario centenares de avemarias. Durante la misa mayor caía frecuentemente en éxtasis y tenía que ser sostenida para que no cayera, ya que en tales casos se ponía rígida y tiesa como una

tabla. Las monjas que sufrían de alguna dolencia empezaron pronto a evocar su nombre, creyendo que el simple toque de sus manos era suficiente para curar dolores y aun las mismas enfermedades.

Rosalinda, quien tenía un amplio conocimiento de las hierbas, instaló un pequeño dispensario en el convento donde llevó a cabo una serie de curas exitosas. Estoy por creer que las plegarias de Rosalinda tenían mucho de sortilegio y que estaba profundamente versada en la brujería, mucho antes de que entrara al convento.

Rosalinda sola asistió a doña Clemencia en su lecho de muerte, y quien sabe por medio de que oscuros poderes obtuvo el título de abadesa aun antes de que la pobre señora exhalara el último suspiro.

Después de la muerte de la superiora, la rutina del convento sufrió muchos cambios, imperceptibles para el mundo exterior. La vigilancia de la vida espiritual de las monjas estaba a cargo del obispo de Treves-les-Fréles. Nadie se habría atrevido a criticar nada que no hubiera sido aprobado por tan alto dignatario de la Iglesia.

En las altas horas de la noche, la capilla del convento se volvió el escenario de danzas orgiásticas y extraños cantos en lenguas desconocidas. Singulares modos de vestir, espectáculos y festejos se convirtieron en la orden del día en el interior del convento de Santa Bárbara del Tártaro.

Cuadrillas de artesanos extranjeros llegaron al convento para redecorar los aposentos de la abadesa. La torre octogonal se convirtió en el centro de una gran actividad. El ala norte fue escogida por doña Rosalinda como su dominio especial, constituyendo la torre octogonal la principal edificación de esa parte del convento. La cámara superior fue convertida en un observatorio desde el cual, mediante terrazas abiertas a todos lados, se gozaba de una vista muy amplia de los cielos. La sala de recibir y el dormitorio estaban situados debajo del observatorio, comunicados con este por una escalera de caracol muy conveniente. Colgaduras de seda escarlata estampada, con grifos de púrpura y oro, cubrían las paredes de estos aposentos. Pesados muebles de madera oscura y olorosa, tallados con formas de todas las bestias de la creación, proporcionaban comodidad a la abadesa.

Capas de torero de brocado, suntuosamente bordadas, pendían con negligencia del trono de la abadesa, el cual tenía grabado su propio emblema de espadas cruzadas y hojas de granada.

Pisos de ébano y madera blanca de magnolia, repujados con ángeles de plata y medallones de bronce con figuras de los apóstoles, formaban el suntuoso suelo donde se apoyaban los pequeños pies de doña Rosalinda. Resultaba inquietante que imágenes tan sagradas fueran constantemente pisoteadas por la abadesa. Una alfombra persa se colocaba ocasionalmente cuando se trataba de recibir alguna visita importante. Un anaquel chino, decorado con lotos de marfil y caballos arrodillados, gordos como cerdos, hechos del más fino jade, contenía los libros personales de doña Rosalinda.

Sus libros estaban empastados, de acuerdo a su contenido específico, con pieles

de diversos animales. Ciertos manuscritos especiales estaban encuadernados en piel de avestruz o de lobo. Algunos breviarios de naturaleza más frívola, revestidos con piel de armiño o de topo. Un documento cabalístico escrito por Agrippa von Nettesheim estaba forrado en cuerno de rinoceronte, delicadamente grabado con el horóscopo de la reina Hatshepsut; el *Liber Spiritum* y el *Grimorium Verum*, en piel de dido, incrustada finamente con minúsculos rubíes y perlas.

Sería imposible seguir las extrañas razones que impulsaban a la abadesa a cubrir de este modo su excéntrica literatura; todavía más, que ella daba a sus libros raros y a veces peligrosos la mayor importancia era evidente para quienes la conocieran aun superficialmente.

En efecto, pasaba la mayor parte del tiempo encerrada en sus habitaciones estudiando estos volúmenes y escribiendo largos comentarios en infinidad de tiras de pergamino del más fino.

A la caída de la noche, la abadesa subía por la escalera de caracol hasta el observatorio donde manipulaba sus conocimientos prohibidos con no sé que magia inspirada por los cuerpos celestiales y las estrellas.

El regreso del obispo de Treves-les-Fréles de Oriente sacó temporalmente a la abadesa de su retiro. Banquetes especialmente preparados por cocineros traídos desde muy lejos se dieron en honor del obispo. Prelados de diverso rango fueron invitados a estas fiestas.

El obispo mismo trajo regalos para doña Rosalinda y entre estos se incluía la cabeza embalsamada de un elefante blanco, toda suerte de objetos de lujo bordados orgiásticamente, un enorme baúl de madera de sándalo lleno de deliciosas golosinas turcas y, por supuesto, los preciosos pomos del almizcle de Magdalena, el ungüento hallado, según se afirmaba, en las excavaciones de Nínive, al lado de la momia de María Magdalena. Este poderoso afrodisíaco fue sin duda responsable de los numerosos milagros atribuidos a la abadesa después de su muerte.

Una comunicación de la madre María Guillermina me reveló el siguiente suceso extravagante que ella presencié mirando a través del amplio hueco de la cerradura de la habitación de doña Rosalinda. Los huecos de las cerraduras se convirtieron más tarde en *obscurum per obscurius*, luego que dos monjas fueron heridas en los ojos con una aguja de plata introducida a través de la abertura por la abadesa siempre alerta.

La madre María Guillermina vio a doña Rosalinda y al obispo inhalando almizcle de Magdalena y saturándose de tal modo con el perfume que fueron rodeados de una especie de nube azul pálido, o aura, que aparentemente privaba de peso a los cuerpos sólidos, porque se elevaron por los aires y quedaron suspendidos, levitando sobre el baúl abierto de golosinas turcas de las cuales comieron hasta hartarse.

La modestia me impide dar un recuento completo de las repulsivas acrobacias que fueron entonces realizadas sin tocar tierra.

Por aquel tiempo, la augusta dignidad del obispo me intimidaba sobre manera

como para investigar el tema más detalladamente.

Durante cierto tiempo, después del regreso del obispo, doña Rosalinda dio demostraciones ocasionales de esta índole para la enseñanza de los demás miembros de la comunidad reunidos en la capilla con este fin. Ella se tornaba de un azul pálido luminiscente y levitaba sobre el altar mayor mientras las monjas enloquecían debido a los poderosos vapores del almizcle de Magdalena que invadían la capilla entera. Las orgías que siguieron a estas manifestaciones no pueden ser descritas por una pluma honesta, eran demasiado horribles.

Ocasionalmente y contra todo deseo, yo mismo fui obligado a participar por respeto debido a mi superior, el obispo.

En los días que precedieron a la fiesta de Corpus Christi, la abadesa recibió un mensaje que la precipitó en un estado de gran agitación. Este documento, que todavía obra en mi poder, reza así:

“Su Alteza Real el Príncipe Theutus Zosimo, quien acaba de desembarcar en suelo español, envía el más atento homenaje a la señora abadesa, doña Rosalinda Alvarez Cruz de la Cueva, del convento de Santa Bárbara del Tártaro, y ruega el permiso para informarle que ha venido a España con la decisión de reclamar veintiún pomos de almizcle de Magdalena de su exclusiva propiedad, los cuales compró por el precio de quince camellos, cien medidas de trigo en grano y seis cabras de angora. La caravana de su Alteza fue salvajemente atacada cerca de Nínive por lo que aparentemente era una banda de rufianes locales. Su dolorosa sorpresa no tuvo límites atando un espía enviado tras ellos le reveló que el jefe de la banda no era otro que el corpulento obispo de Treves-les-Fréles. Con algunos gestos y diligencias, su Alteza fue informado de que el destino final de dicho ungüento era el convento de Santa Bárbara del Tártaro, en Castilla, España.

“Su Alteza Real, el Príncipe Theutus Zosimos, no tiene intención inmediata de marchar beligerantemente sobre el convento, sintiéndose seguro de que la buena voluntad y excelente reputación de la señora abadesa garantizarán la devolución de la propiedad de su Alteza.

”Su Alteza, por tanto, ruega el permiso de informar a la señora abadesa, doña Rosalinda Alvarez Cruz de la Cueva, que espere una visita amistosa del Príncipe en persona con algunos de sus cortesanos dentro de pocos días y noches; de hecho, el tiempo que tomaría en viajar desde la costa mediterránea hasta las montañas de Castilla.

”El Príncipe Theutus Zosimos se sentiría honrado de ser hésped de la señora abadesa por unos pocos días de descanso, antes de regresar a su propio país portando los veintiún fracos de Almizcle de Magdalena, envasados en tarros de terracota sellados.

”El Príncipe presenta a la señora abadesa sus más gentiles saludos, etc, etc.”.

Esta carta llegó sellada con la imagen de un narval y las palabras siguientes: “Nulls aqua fit quelles, nisi illa que fit de Monoceros aquae nostrae”. Estas eran las

armas y el lema de la casa real de Theutus Zosimos.

Después de una larga audiencia con el obispo, la abadesa hizo traer un coche y tomando ciertas provisiones para el viaje abandonó el convento la misma tarde. El secreto de su misión era tal que la obligó a disfrazarse como un joven caballero barbudo vestido con un rico aunque discreto traje de terciopelo violenta oscuro ornado de marta cibelina y escarolado en el cuello con encaje de color leonado originario de Irlanda, algo muy raro en España por aquel tiempo.

El coche, que había sido construido especialmente para usarse en misiones secretas, era muy poco conocido en las vecindades, dado que nunca dejaba el convento durante el día. El interior estaba arreglado de acuerdo a los gustos usuales, más bien lujosos, de la abadesa, madera perfumada de sándalo, tapizado con piel de antílope enjoyada, cojines y cortinas de seda color limón bordada con espadas y hojas de granada en hilo de plata y oro, perlas, ópalos y rubíes. El exterior del coche era decepcionante por su aspecto simple, cubierto sólo con papel de plata sin otra ornamentación que unas sirenas y pifias alrededor del techo. Era arrastrado por dos magníficas yeguas árabes, blancas como la leche y de incomparable rapidez.

Acompañada por sólo un servidor de confianza y su cochero, la intrépida abadesa partió en su viaje nocturno hacia el sur.

Noventa horas habían transcurrido escasamente desde su partida, atando doña Rosalinda interceptó el coche alquilado en que viajaba el príncipe. Eu Alteza venía protegido tan sólo por dos jinetes, habiendo dejado su pequeño ejército de moros en Castilla a la espera de órdenes. Los dos jinetes fueron rápidamente despachados por don Venancio, el servidor de doña Rosalinda, uno de los más hábiles espadachines de Castilla. En cosa de breve espacio de tiempo, la abadesa tuvo al príncipe cautivo en su propio coche y las yeguas blancas iniciaron el camino de regreso al convento de Santa Bárbara del Tártaro.

El príncipe era tan joven y tan bien parecido que la abadesa se abstuvo de inferir ninguna herida física. Su rico atuendo y piel oscura, pequeña barba rizada y ojos relampagueantes la impresionaron tan favorablemente que decidió retenerlo como su compañía constante. El hecho de que el príncipe Theutus Zosimos no supiera que se le confería tan inmenso honor no incidió sobre la decisión de la abadesa. Ella permanecía sentada sonriéndose a sí misma mientras el príncipe pateaba y juraba en su propia lengua sin poderse soltar del fuerte abrazo de don Venancio, el espadachín.

El viaje de regreso a Santa Bárbara del Tártaro debe haber sido un espectáculo de lo más sabroso; la narración de la abadesa en todo caso era limitada y ella rehusó dar mayor información a su regreso. Deducciones acerca de la situación fueron posibles, de todas maneras, gracias a ciertos caústicos comentarios del obispo, y la actitud del príncipe Theutus Zosimos no dejó dudas sobre el tono general de la situación.

Reconstruyendo las peripecias del viaje, sin entrar en muchos detalles, me imagino al príncipe reparando poco a poco en la presencia del joven caballero sonriente en el coche. El joven caballero, que no era desde luego otro que la abadesa

disfrazada, despertó el interés del joven príncipe; habiendo deformado su hombría ciertas costumbres orientales contrarias a la naturaleza, el príncipe hizo algunos avances impropios y doña Rosalinda, quien en la creencia de que el joven había reconocido en ella a una dama disfrazada, aceptó gustosa las galanterías del buenmozo príncipe. Estos avances no pudieron haber ido muy lejos puesto que cuando llegaron al convento el príncipe todavía creía que se trataba de un joven caballero. Cuando ella se presentó ante él, sonriente vestida en su manera normal, se hizo a un lado y lanzó miradas insinuantes al obispo.

Más aún, cuando el príncipe Theutus Zosimos se dio cuenta de que era prisionero de la abadesa que lo había despojado de los preciosos pomos del almizcle de Magdalena, cayó en un profundo estado de melancolía y su vida se vio en serio peligro. Rehusando toda clase de alimentos, permaneció postrado en el sofá-dragón de la alcoba de la abadesa. Después de unos cuantos días, su cutis se había vuelto amarillento y los ojos, otrora centellantes, se hundieron en las cuencas y lucían como dos pozos de aguas estancadas.

La abadesa, cuya pasión dominante había sido siempre una curiosidad desenfrenada, decidió dar al joven príncipe enfermo una pequeña cantidad de almizcle Magdalena en una tisana. Hasta ahora, nadie había ingerido el unguento por vía oral. Doña Rosalinda y el obispo habían siempre obtenido los resultados deseados simplemente inhalando sus vapores. Después de ciertos cálculos hechos en el observatorio, la abadesa preparó un brebaje con hojas de verbena, miel, algunas gotas de agua de rosas y una cucharada de almizcle de Magdalena. El obispo, que sin duda habría hecho objeciones a tal experimento, se encontraba realizando un corto viaje por Madrid. Ciertas materias de orden eclesiástico concernientes a la parroquia de Santa Bárbara del Tártaro reclamaban su atención. La pequeña nobleza provinciana, cuyas contribuciones obligatorias habían sido aumentadas a fin de cubrir los gastos de la lujosa vida que se llevaba en el convento, había presentado quejas al arzobispo, quien a su vez había enviado un despacho requiriendo la presencia del obispo en Madrid. Se trataba sólo de llenar las formalidades, ya que el mismo arzobispo sentía debilidad por el lujo y la comodidad y no contemplaba reducción alguna de las contribuciones. Pero la pequeña nobleza provinciana quedaría bien impresionada por el hecho de que tan importante conferencia, para considerar sus quejas, tuviera lugar en Madrid entre tan importantes dignatarios de la Iglesia.

Una vez que el brebaje infernal (ya que no puede llamarse de otro modo) estuvo listo, la abadesa me hizo llamar a su presencia, se me ordenó abrir las mandíbulas del joven mientras ella misma derramaba el líquido a través de su gástrico. El infortunado joven se hallaba en tal estado de debilidad que la operación resultó harto simple, aunque no puedo asegurar que mi conciencia estuviera en paz. En lo profundo de mi corazón sentía que el unguento del pecado no debía jamás haber sido introducido en una comunidad cristiana y, sin embargo, no me atrevía a desobedecer a la abadesa cuya vigorosa personalidad siempre petrificaba el poder de mi voluntad.

Una vez que el príncipe Theutus Zosimos hubo tragado la última gota de brebaje, entró en una serie de convulsiones espantosas de observar. La expresión casi divertida del rostro de doña Rosalinda era una prueba más de lo encallecida de su alma.

Sin duda, la débil condición en que se hallaba el príncipe y su naturaleza poco viril impidieron las manifestaciones usuales de los efectos del ungüento. En lugar de elevarse hasta el cielo raso, como sin duda la abadesa había esperado, el príncipe se quedó postrado en el lecho, agitando un brazo débilmente y graznando como un pato en los últimos límites de su existencia. Volviendo los ojos inyectados de sangre hacia la abadesa, el príncipe afirmó que se había transformado en una alondra que cantaba llamando a su compañero. En su mente, sin duda confusa, el obispo se había transformado en un pájaro. Después de un lapso que pareció interminable, el príncipe Theutus Zosimos reunió todas sus fuerzas y se levantó de la cama; aleteando y graznando sin parar corrió por la escalera de caracol hacia el observatorio seguido de cerca por la abadesa y por mí. Ni aunque lo hubiéramos deseado, no habríamos tenido tiempo de evitar el infeliz resultado del experimento de la abadesa. El príncipe Theutus Zosimos, con los ojos desorbitados y la boca llena de espumajos, se trepó al parapeto que rodeaba el observatorio y luego, gritando a voz en cuello que él era la reina de las alondras, saltó hacia la muerte violenta que lo esperaba treinta varas más abajo.

El resto de aquella noche desgraciada se empleó en el entierro del príncipe en el huerto de la cocina.

Después de la muerte del príncipe, el obispo de Treves-les-Fréles pareció languidecer, perdió incluso algún peso pues su apetito disminuyó. La abadesa, naturalmente, no informó al obispo de la muerte del príncipe. Dijo que durante su ausencia en Madrid le había persuadido de regresar pacíficamente a su país. Más aún, la abadesa le refirió al obispo que el príncipe le había hecho ciertas exigencias galantes que ella encontró justificadas de satisfacer a cambio de los veintiún pomos del almizcle de Magdalena. No es seguro que el obispo creyera toda la historia aunque la aceptó sin comentarios y continuó languideciendo.

Debido seguramente al estado precario de su salud, el obispo decidió regresar por una temporada a Provenza, donde el aire sano —dijo él— le devolvería su exuberancia habitual. En todo caso, yo creo que las noticias acerca de una nueva adquisición de música sacra en Avignón estimuló su decisión a hacer el viaje. Nos fue contado por un trovador, que había pasado por la ciudad en cuestión, que un grupo de hermosísimos donceles rubios había llegado de las islas británicas para incorporarse al coro y que sus voces angélicas podían compararse sólo a las de las legiones celestiales. El trovador nos contó, además, que los jóvenes estaban bajo el patronato de un grupo de caballeros templarios que habían escapado de la purga y habían permanecido escondidos en Irlanda. Los caballeros templarios perseguidos, dijo el trovador, habían continuado iniciando devotos en la orden que florecía gracias a la protección de cierta nobleza irlandesa. Después de apurar varias botellas de vino, el

trovador cantó una balada en la que se insinuaba que los templarios estaban en posesión del Graal perdido y que éste yacía escondido en una plaza fuerte, en Irlanda.

El obispo partió hacia Avignón en compañía de unos pocos servidores armados en previsión de los azares del viaje.

La abadesa una vez más se retiró a la soledad de la torre Octogonal y prosiguió sus estudios. La rutina del convento siguió en una atmósfera más apacible y la condición de excitación de las hermanas pareció calmarse lo suficiente para que llevaran a cabo sus deberes normalmente vestidas y omitiendo las excentricidades.

Como confesor del convento, me sentí en la obligación de imponer ciertas penitencias a las religiosas por su comportamiento orgiástico durante el tiempo que duró la visita del obispo. Me atreví incluso a sugerir a la abadesa misma una pequeña penitencia de tres rosarios a la semana y el ofrecimiento de unas pocas velas a la virgen bendita, pero ella se rió de tal manera cuando hice la sugerencia que me vi obligado a retirarme dolorido y en cierta manera humillado.

Durante su vida, esta mujer se las arregló siempre para imponerse a los mortales comunes y a éstos no quedaba más que aceptar su superioridad incuestionable. No importa de qué modo, mi conciencia me asegura de lo poco que ella se cuidaba de los dogmas de la Santa Iglesia para que me sintiera débil y blando ante su voluntad de hierro.

Por aquel tiempo recibimos visitas de diversos prelados, entre los cuales hubo un cardenal del Vaticano. El convento sufrió rápidos cambios bajo la aguda dirección de la abadesa. Ella se instaló en una simple celda en el ala oeste del convento y para cuando el cardenal llegó había hecho colocar las estatuas de los santos en el lugar adecuado y había hecho retirar los cuernos de macho cabrío del Santo Tabernáculo. Cada vez que el cardenal se hallaba en las vecindades de su celda, la abadesa golpeaba el colchón de paja de su cuarto dando la impresión de que se infligía su flagelación diaria. Ocasionalmente, se dejaba ver por el cardenal envuelta en el aura azul pálido del almizcle de Magdalena, aunque la levitación era imposible sin la íntima colaboración de un caballero.

El cardenal convencido de la santidad de la abadesa regresó a Roma con excelentes informes del convento de Santa Bárbara del Tártaro. Mucho más tarde, estos informes deben haber influido favorablemente en el Papa ante el proceso de canonización de doña Rosalinda.

Sunt enim plerique libñ adeo obscure scripti, ut a solis autoribus suis percipiantur.

Si esta cita se refiriera al alma humana en lugar de referirse a libros, siento que pudiera aplicarse espléndidamente al alma de la abadesa del convento de Santa Bárbara del Tártaro. Hasta la hora presente, sigo dudando de que fuera posible para un ser humano común y corriente penetrar el laberinto del corazón de doña Rosalinda.

Llegaron y pasaron el verano y el invierno antes de que tuviéramos nuevas del

obispo. Fue durante los idus de marzo cuando llegó el primer despacho desde Avignon. Desde comienzos de enero, doña Rosalinda se había mostrado extraordinariamente intranquila y había estado realizando numerosas cabalgatas nocturnas por las montañas bajo su disfraz habitual, que era el de un joven caballero de la nobleza con una corta barba rojiza. Traté de disuadirla a realizar estas excursiones basado en la suposición de que algún campesino pudiera verla alguna vez entrar por los portales del convento. Mis admoniciones, no obstante, de nada sirvieron. Ella se lanzaba a través de la noche una y otra vez, montada en Homúnculo, su negro gañán. El brioso corcel regresaba a los establos dando grandes muestras de fatiga y cubierto de espuma desde la cabeza a la grupa, después de cada una de estas extravagantes cabalgatas. Algún tormento secreto parecía precipitar a la abadesa en medio de la noche, donde trataba en vano de calmar su turbulencia interior cabalgando a Homúnculo tan inmisericordemente como para quebrantar su bravío corazón.

Si este grado de agitación interior se debía a la falta de progreso en sus estudios esotéricos o si simplemente era producto del aburrimiento, es algo que estaba fuera de mi alcance. Un pequeño incidente por aquellos días había provocado una serie de murmuraciones entre los campesinos de la vecindad. Algunos perros realengos habían desenterrado el cadáver del príncipe Theutus Zosimos y habían llegado al villorrio arrastrando diferentes porciones del cuerpo descompuesto. Los pedazos de carne y huesos eran todavía reconocibles como partes de un cuerpo humano, y los magistrados locales habían mostrado interés en establecer la identidad del muerto. Es posible que este embrión de escándalo fuera una de las razones que impulsó a la abadesa a emprender su viaje, aunque me inclino a creer que la verdadera razón tenía mucho que ver con su inquietud interior y, naturalmente, con la carta que recibió del obispo y que decía así:

“Graciosa Rosalinda, *Flos Aeris Aureus*, ¿debería más bien decir: Estimada abadesa: Debes estar esperando, sin duda, noticias de mi muerte y enterramiento puesto que tantas lunas han pasado desde que partí y no he escrito ni enviado mensaje verbal alguno.

”He pasado mis días y mis noches en tal continua y fatigosa actividad, que espero encontrar en tu corazón el perdón por dejar de enviar mis noticias.

”Cuando me despedí, no tenía la intención de permanecer tan largo tiempo en Avignon. Como bien lo sabes, sólo deseaba recuperar mi salud y mi espíritu con el estimulante aire de Provenza y purificar el alma con el canto angelical de jóvenes gargantas. Mi propósito inmediato era, pues, un rápido regreso a Santa Bárbara del Tártaro a fin de continuar los esfuerzos hacia la realización de nuestros fines. El hecho de haber permanecido tan largo tiempo se debe a que los sucesos aquí han tomado un giro extrordinario. Nuestro éxito en el Arte podría, en efecto, depender del éxito que podríamos tener en Avignon.

”Recordarás sin duda que el trovador que nos trajo las primeras noticias de

Provenza hizo alusiones directas a la orden de los Caballeros Templarios y se atrevió incluso a insinuar la presencia de la orden en la ciudad. Ciertos jóvenes nórdicos, bajo su tutoría, sirven, por así decirlo, de velo para un posible centro de templarios en Francia.

”Bien conoces el poder especial de los trovadores para obtener noticias de cada lugar que visitan, de modo que la persona en cuestión estaba en poder de una serie de hechos cuya realidad de seguro te sorprendería comprobar. Volvamos a mis primeras semanas en Avignon. Después de un viaje excepcionalmente tedioso, pasé unos breves días de retiro en el palacio de Tréves-les-Fréles. Estos días los pasé postrado en el lecho, que me pareció un verdadero paraíso en comparación con el ajetreo del carruaje. Ya sabes cuán delicada se vuelve mi parte posterior después de estar expuesta largo tiempo a un asiento incómodo. Berta Luisa se ocupó de mi delicada condición con su ternura habitual y preparó un maravilloso aceite aromático con el cual masajeara esta parte casi paralizada de mi cuerpo. Me vi obligado a yacer boca abajo por más de cuarenta y ocho horas antes de poder sentarme para tomar mis alimentos. Ya que la cacería es muy abundante en esta temporada, tuve suerte de poder estimular mi decaída fortaleza con perdices asadas, jabalí cocido en excelente vino de la región, venados tiernos y codornices rellenas.

”Finalmente me sentí suficientemente fuerte para recorrer las pocas leguas que me separaban de Avignon y refrescar el alma con el goce artístico que la música elevada proporciona. El canto, como bien lo sabes, es el alimento del alma. Me hallaba muy impaciente para llegar a la catedral y escuchar a los jóvenes nórdicos cantando la misa.

”No entraré en una descripción detallada de estos delicados cantores; déjame decirte tan sólo que si, en efecto, se parecen a los ángeles, séame permitido entrar al paraíso y entregarme a toda suerte de travesuras entre los querubines. ¡Qué delicadas y sonrosadas eran sus pieles y qué inocentes sus ojos azules! Los puros trinos de su canto transformaban la misa en una experiencia deliciosa. Esto, mi querida Rosalinda, es algo que estoy seguro nunca has experimentado.

”Después de algunas pocas dificultades y vanos intentos, como cenar con el arzobispo, pude al fin lograr ser presentado a los cantores y, en consecuencia, les abrí el pequeño palacio en Avignon donde me alojo. En diversas ocasiones agasajé a todo el coro, que estaba siempre muy dispuesto a dar pequeños recitales de cantos góticos para la edificación de los otros invitados, gente de posición social y de fortuna de la localidad. Tuve, desde luego, que darles alguna remuneración por sus actuaciones y esto significó una buena cuota del oro que obtuve en Oriente. Los gastos, sin embargo, no demoraron, al serme recompensados en la forma de lo que pudiera llamar, sin exageración, una amistad celestial. Uno de los jóvenes mayores comenzó a tener los naturales impedimentos en sus cuerdas vocales al entrar en la adolescencia y le fue así imposible de seguir perteneciendo al coro, de modo que me vi en el caso de hacerme cargo de su dirección espiritual y darle un alojamiento permanente en mi

palacio.

”Este joven, bien puedo decirlo, no solamente es excepcionalmente bello y formado como un Adonis, sino además un talentoso poeta. Los irlandeses, me han dicho, poseen frecuentemente el don de la versificación. De origen modesto, el joven Angus posee un temperamento tan naturalmente fino que cualquiera lo imaginaría salido de un templo griego en lugar de los bosques de Irlanda.

”Más de una tarde de encantadora fragancia pasé en compañía de este vivaz joven, discutiendo los más variados temas, desde la magia egipcia a la música y ciertas frivolidades comunes entre los antiguos griegos, la cacería con perros irlandeses, así como el efecto de ciertas yerbas. Angus me ha sorprendido a menudo con la agudeza de su juicio y el conocimiento que posee de los más abstrusos temas, lo que en alguien de tan humilde origen resulta tan encantador como misterioso.

”Aunque a veces me puse a pensar en la cultura poco común de estos jóvenes, no quise ir muy lejos pues, como tú lo sabes, Rosalinda, la felicidad es un fantasma que no tolera demasiados interrogatorios. ¡Bañada, por así decirlo, de luz dorada e indiferente se lanza como un pájaro hacia las alturas!

”Esta placentera situación duró cerca de un mes, hasta la llegada de Inglaterra de cierta persona llamada Sir Hermatrod Siras. Este caballero debió de haberse enterado de la presencia de Angus en mi palacio por medio de los otros caballeros templarios, sus colegas, y las informaciones que obtuvo sobre nuestras relaciones resultaron desagradablemente acuciosas. Yo había olvidado, hasta la entrevista con Sir Hermatrod, que los jóvenes cantores eran presuntos discípulos de la Orden. La información suministrada por el trovador era, por tanto, enteramente correcta.

”Aunque perteneciente a la raza británica, tan notoria por su terquedad. Sir Hermatrod se mostró dispuesto a un arreglo. Me enteré que los templarios estaban estableciendo un núcleo en Provenza y que necesitaban apoyo como todos los demás. Con la promesa de regalos, incluyendo un poco de oro, piedras preciosas y perfumes raros, pude al fin persuadir a Sir Hermatrod de que dejara al joven Angus bajo mi protección espiritual, al menos por los momentos.

”La persuasión aplicada con gran tacto, dio a la larga sus frutos y a través de mi protegido pude enterarme de muchas cosas concernientes a la misteriosa hermandad. Al parecer, desde la persecución, un grupo de caballeros templarios se habían marchado al extranjero y una parte de ellos encontró refugio en Irlanda. Una antigua fortaleza en la costa oeste fue puesta a su disposición y fueron protegidos por los Moorheads, descendientes del rey Malcolm. Esta familia, como su nombre lo indica, jugó un papel prominente en las cruzadas, pero surgió una querrela entre ellos y el clero a causa de la repartición del botín obtenido en Oriente. Se inclinaron por lo tanto a mantener amistosas relaciones con los caballeros templarios cuando éstos perdieron el favor de la Iglesia. La orden creció y floreció secretamente en Irlanda. Los iniciados que se admitieron pertenecían a nobles familias y en ocasiones eran jóvenes de linaje humilde que manifestaban una disposición favorable hacia las

exigencias de los templarios.

”Por algunas generaciones, el suelo irlandés se mostró fructífero para sus actividades; con el tiempo, la necesidad de fundar nuevos centros en países extranjeros se hizo evidente y ahora, durante casi medio siglo, han estado organizando secretamente otros grupos en el continente.

”Así, mi querida *Flos Aeris Aureus*, llegamos al punto más importante de mi carta. Una tarde, el joven Angus, habiendo libado más vino de lo prudente a sus tiernos años, me reveló el gran arcano de la orden o, mejor dicho, el símbolo viviente de tal arcano. Me dejó entrever que los caballeros templarios de Irlanda están en posesión del Graal. Este maravilloso vaso, como bien lo sabes, está considerado como el cáliz original que contuvo el elixir de la vida y perteneció a la diosa Venus. Cuando la diosa llevaba en su vientre a Cupidoapuró el contenido del vaso y dando un salto en su vientre Cupido lo absorbió convirtiéndose así en un dios. La historia cuenta que Venus dejó caer el vaso cuando tuvo los dolores del parto y que al tocar tierra fue enterrado en una profunda caverna habitada por la diosa del Tártaro.

”Por unos cuantos miles de años, el vaso se halló seguro bajo la vigilancia de la diosa del mundo subterráneo, conocida como hermafrodita y barbuda, de allí el nombre de Barbarus que lleva.

”Es posible que hayas oído la leyenda antes. Debo confesarte que encontré el nombre de lo más sorprendente debido a la obvia asociación.

”La diosa Bárbara era venerada como el origen o vientre de la vida y se considera por lo regular que sus sacerdotes eran hermafroditas escogidos.

”Seth, el hijo de Noé, es considerado como el primero que se dirigió al santuario de esta diosa. Los sacerdotes fueron asesinados y el Graal fue robado, el santuario quedó profanado. De acuerdo a la leyenda, el Graal permaneció en manos de la tribu de Seth y fue robado a su vez por los templarios en la época de las cruzadas.

”Historias diversas tuvieron origen posteriormente y a su poder mágico se le atribuyó origen cristiano.

”Cualquiera que resulte ser la verdad concerniente a la gran antigüedad del Graal, su poder maravilloso está fuera de duda y ciertos detalles me hacen creer que cuanto Agnus me contó es la pura verdad. Recordarás que todo esto coincide con las informaciones del trovador errante que insinuó que el Graal estaba todavía en poder de los caballeros templarios.

”Querida *Mutus Rosañum*, comprenderás la necesidad de al menos contemplar el maravilloso vaso y, si es posible, de restituirlo a la diosa Barbarus, ¿o debiera acaso darle un más reciente título? ¿Quién sabe si esta pudiera ser la forma de restituirlo al propietario original, Venus?

”Te aconsejo delegar tus funciones en una abadesa provisional y partir de inmediato para Avignon. Te ofrezco un comfortable apartamento en mi palacio y una cocina que, si no la supera, puede al menos rivalizar con la del convento. Podríamos tener luego que viajar hasta la fortaleza de los caballeros templarios en Irlanda, de

modo que ven bien preparada para el viaje. Aunque el Graal pudiera estar ya en Francia, dudo que fuera trasladado antes de que los caballeros templarios alcanzaran condiciones adecuadas de existencia.

”No olvides proveerte de abundantes cojines y almohadones para el viaje, a menos que quieras dormir boca abajo durante una semana después de tu llegada. Los caminos son verdaderamente detestables.

”Tu tierno admirador y hermano del alma en todo lo que nos une,
Fernand, obispo de Tréves-les-Fréles”.

Antes de partir, la abadesa escondió cuidadosamente los pomos del almizcle de Magdalena y se llevó siete en su baúl de ébano decorado con inscripciones de piedra de luna en forma de unicornios. Aunque busqué por todas partes, jamás pude encontrar los restantes pomos del almizcle de Magdalena. Ahora pienso que debe haberlos escondido en la cripta, situada debajo de la capilla donde la enterraron. En aquella época, no se me ocurrió que las tumbas de las abadesas difuntas pudieran servir de escondite, además el terror de la bóveda siniestra es posible que me haya impedido considerar ese lugar como conveniente para ocultar el tesoro.

Después de una cuidadosa preparación, la abadesa vistió el disfraz habitual y se marchó en la carroza plateada, arrastrada por las dos yeguas blancas. Un jinete a lomos de Homúnculos, el gañán negro, servía de escolta al carruaje.

La hermana Teresa de Castelum Xavier fue nombrada abadesa interina. Esta hermana era la asistente personal de doña Rosalinda y completamente devota de la excéntrica abadesa.

Teresa de Castelum Xavier venía probablemente de alguna familia de origen moro, con su oscura piel y sus sombríos y misteriosos modales; se instaló en la torre octogonal e hizo que el acceso a los apartamentos de la abadesa fuera sumamente difícil sin su conocimiento.

Con enorme dificultad me las arreglé, en varias ocasiones, para entrar y echar una ojeada a los efectos personales de doña Rosalinda y de este modo pude entrar en posesión de ciertos documentos y cartas que me hicieron posible penetrar el carácter de la abadesa. Como confesos del convento, consideré mi deber mantenerme informado hasta donde fuera posible de los hechos referentes a Santa Bárbara del Tártaro.

Doña Rosalinda era, naturalmente, el centro más importante de mi curiosidad. Era obvio que la curiosidad vulgar no constituía el motivo de mis investigaciones, simplemente cumplía con mi deber de director espiritual de la comunidad.

El misterio rodea el viaje de la abadesa que duró cerca de dos años. Seguramente pasó más de la mitad de todo ese tiempo en la costa occidental de Irlanda, en las vecindades de la fortaleza de los caballeros templarios, si no dentro del recinto mismo. Conociendo la naturaleza diabólicamente astuta de doña Rosalinda, me

inclino a creer que se las arregló para pasar un considerable lapso de tiempo dentro de la fortaleza, aunque decir cómo llevó a cabo esta inverosímil hazaña me resulta imposible. Probablemente nadie, aparte del obispo de Tréves-les-Fréles, sospechó que el joven caballero barbudo fuera en realidad la abadesa, al menos durante cierto tiempo, y quienquiera que eventualmente hubiera descubierto su condición femenina, bien seguro es que guardó el secreto, pues de otro modo jamás habría abandonado Irlanda con vida.

El estado en que se hallaba la abadesa, atando finalmente regresó al convento de Santa Bárbara del Tártaro, no deja dudas de que al menos una persona se enteró de que se trataba de una mujer. Digo una persona, aunque considerando los increíbles sucesos que tuvieron lugar en ocasión de la muerte de la abadesa el corazón se me encoge con una terrible duda.

Después de la muerte de la abadesa, cayó en mis manos un legajo escrito en hebreo y el cual finalmente pude traducir con la ayuda de un israelita que comerciaba en especias en la ciudad de Madrid.

El legajo estaba acompañado de otro documento escrito en latín y que evidentemente se refería a la permanencia de doña Rosalinda en Irlanda y más probablemente al tiempo que estuvo en la fortaleza de los caballeros templarios. Doy aquí el texto de ambos documentos, siendo el primero la traducción del texto escrito en hebreo.

“Ella (la pecadora) no será absuelta por expiación ni por las aguas lústrales del mar y del río. El nombrado Seth, de la tribu salida de Egipto, será llamado impuro a través de las edades, hasta que el vaso del *Pneuma* sea restituido a las hijas del Tártaro, llamado Ariouth.

”Que todas las iniquidades de Seth sean expiadas y que lo sean mediante la sumisión de su alma a la extranjera venida de otros lugares (cuyo nombre se traduce Bar-ba-ra) que llenará otra vez el vaso con sagrado *Pneuma* mediante la unión ritual con el dios de los cuernos amarillos (o de oro) guardián del vaso, sagrado entre todos los vasos.

”Al comienzo, los dos espíritus conocidos como Geminis son uno masculino y otro femenino. Ellos establecieron el principio de la vida, el *Pneuma* y el vaso sagrado para contener el *Pneuma*.

”Y cuando los dos espíritus se unieron, nació el hermafodrita alado llamado Sefirá.

”Y desde entonces, el vaso no ha dado fruto. Los estériles carceleros del vaso le habían impedido a la llamada Hecaté de los tres rostros, el acceso al reino que le pertenecía por derecho en las cavernas de sus más secretos misterios.

”Y las criaturas del planeta olvidarán y no encontrarán el camino de los años y olvidarán las nuevas lunas y las estaciones y estarán en el error frente al ordenamiento del tiempo y al movimiento de los cuerpos celestes. Y, así, perpetrarán abominaciones y el vaso permanecerá seco y estéril bajo la ley de Seth que no es otro

que *Jehová el Vengador*.

”Y cuando las tres lunas aparezcan juntas y opaquen la luz del sol, habrá lamentaciones y crujir de huesos porque ellos han olvidado su origen y ya no conocen las raíces del árbol.

”¡Mirad! El Sabio es despojado del vaso sagrado que permanece en poder de la hermandad estéril, vacío y abandonado por el milagroso *Pneuma*.

”Anatema sobre las criaturas de la Tierra que veneran una trinidad de hombres. Anatema sobre la hermandad estéril que ha arrebatado el vaso del lugar que le es propio”.

Este ambiguo documento no llevaba sello alguno, pero por la calidad del papiro debía ser muy antiguo. El segundo estaba en pergamino y la escritura, en excelente latín, era moderna. Tampoco tenía sello y la caligrafía era anónima. La forma es la de un diario, aunque sin fechas.

“*Et volabo cum ea in coelo at dicam tunc. Vivo ego in aeternum*. Extraños venidos de otras tierras han entrado en el recinto de Conor (evidentemente el nombre de la fortaleza donde los caballeros templarios se refugiaron después de la persecución). Un noble español, acompañado por un corpulento obispo francés, han venido a solicitar iniciación en la orden de los caballeros templarios.

”El gran Maestro está haciendo un examen preliminar de los viajeros. El satisfecit se le ha concedido al noble español. Don Rosalindo de Tártaro comenzará su instrucción bajo la tutela de Sir Alien. El caso del obispo ha sido sometido a ulterior examen. El recinto de Conor ha sido sacudido por un terremoto y la comunidad está volviendo a su rutina ordenada, que fue lanzada al caos por la sacudida. Un murmullo subterráneo puede todavía oírse desde las entrañas de la Tierra.

”Los rumores subterráneos aún persisten y se dice que proceden de la bóveda donde mantenemos el Arcano.

”El gran Maestro ha convocado una asamblea general en la cámara octogonal. Creemos que los rumores subterráneos tienen conexión con el Arcano. El gran Maestro nos dará, sin duda, mayor iluminación sobre estos hechos alarmantes.

”Un trovador trashumante en busca de cobijo ha llegado al recinto de Conor, dice llamarse Taliessin.

”El gran Maestro nos ha informado que la bóveda del Arcano debe ser abierta después de haber estado sellada al menos por doscientos años. Esta trascendental decisión fue tomada anoche, después de una conferencia de cinco horas.

”Taliessin, el trovador errante, nos ha entretenido con canciones humorísticas acerca del temblor. Ha improvisado una balada en que cuenta cómo el Arcano ha sido agitado en su sueño por la llegada de una dama. Esto nos ha hecho reír alegremente. Ninguna mujer ha penetrado en el recinto de Conor desde que fue donado a la Orden por los Moorheads.

”Esta noche echaremos suertes para que el destino decida quién entrará en la bóveda solo y sin compañía, según la tradición.

”Sir Sean de Liath será el primer caballero templario que penetrará en la bóveda del Arcano, después que fue sellada por Sir Rufus hace doscientos años, luego de la muerte misteriosa de doce caballeros de la Orden.

”Sir Sean de Liath meditará toda la noche frente al Altar de la Lanza antes de su ordalía. Será purificado con agua del pozo de Annwn y llevará la espada de plata ganada por los caballeros templarios al conquistado pueblo de Sidhe.

”Terribles sucesos han sumido al recinto de Conor en profundas lamentaciones. Cuatro de los más venerados caballeros de la Orden han hallado la muerte. Después de la apertura ritual de la bóveda por el Gran Maestro, cada caballero que ha penetrado en la Cámara del Arcano ha encontrado una espantosa e inexplicable muerte.

”Todos han salido de la Cámara convulsos y aterrorizados por la aparición de un ser con cuernos que reverbera como si estuviera hecho de oro bruñido; luego han muerto arrojando sangre por los ojos y la boca, maldiciendo al Cáliz.

”¡Dios tenga piedad de sus almas!

”Sir Sean de Liath, Sir Thomas Vervin, Sir Stanislaus Brath, Sir Wilfred Donnegan. Todos han tenido una muerte tan horrenda como prematura. Serán sepultados con todos los honores de la Orden en la cripta oriental.

”Taliessin dice en su canción que sólo una dama puede entrar a la presencia del dios de los cuernos y quedar indemne. Un forastero desconocido, del mundo abismal, ha de llegar y llenar de nuevo el vaso. Todo esto suena como palabras del pueblo de Sidhe, con el que Taliessin pudiera estar secretamente aliado.

”Para nuestra general consternación, don Rosalindo de Tártaro se ha ofrecido para entrar a la bóveda del Arcano. Esto sería extremadamente heterodoxo, puesto que todavía no ha sido ordenado. En todo caso, como este valiente caballero no tiene posibilidades de sobrevivir a la aventura, la opinión general está en favor de permitirle tener una muerte gloriosa y de que sea ordenado en su lecho de agonía.

”Taliessin canta un curioso rondó que suena como si fuera una serie de consejos para don Rosalindo.

”Aumentan los indicios de que Taliessin está aliado con los de Sidhe, aunque esto resulta imposible de probar.

”El refrán del rondó aconseja al caballero español llevar algo con que poder golpear, cortar y atar; luego se refiere a un ser alado que ha de nacer, que podría ser una suerte de pájaro.

”Don Rosalindo ha iniciado la meditación de doce horas en su propia cámara.

”Ha solicitado el uso de la espada de plata de los Sidhe, una rama de sauce y una cuerda. Ha de llevar, asimismo, un pomo con una substancia cuyo nombre ha rehusado decir y que es de su propiedad personal. Lleva consigo siete pocos de esta substancia en un cofre de ébano adornado con unicornios luminosos.

”*Esperamos la muerte del valiente español con la congoja de nuestros corazones.*
Et invenitur in omni loco et in quolibet tempore et apud omnem rem cum inquisiti

aggravat inquirentem.

”El cabañero español ha salido vivo de la espantosa bóveda. El triunfo de un laico sobre caballeros ordenados de la hermandad es causa de mucha controversia.

”Seis caballeros y el Gran Maestre fueron testigos de la entrada de don Rosalindo de Tártaro a la Cámara del Arcano, donde pasó tres horas a puertas cerradas.

”Finalmente salió, sonriente, indemne y rodeado de una luz azul pálido. Llevaba aún en su mano la espada de los Sidhe y la rama de sauce, pero el pomo y la cuerda habían quedado en el interior de la Cámara del Arcano.

”De acuerdo al ritual tradicional, don Rosalindo fue registrado a punta de espada y nuestro horror no tuvo límites cuando descubrimos el Graal oculto bajo su manto. Cuatro de los caballeros cayeron postrados rostro a tierra y uno huyó. El Graal emitía un resplandor luminoso imposible de contemplar. El sexto caballero, Sir Pheneton, se mantuvo firme y obligó a don Rosalindo a restituir el Graal a la Cámara del Arcano, so pena de muerte.

”Después de largas deliberaciones, el Gran Maestre ha decidido respetar la vida de don Rosalindo a causa de su valor. Sin embargo, por su sacrilega deshonestidad se le ha exigido abandonar inmediatamente el recinto de Conor, en compañía del obispo y con todo su equipaje para nunca más volver so pena de ejecución inmediata.

”Talessin, el bardo errante, los acompañará a solicitud propia.

”Sir Pheneton Sanderson ha recibido el Pentágono de Hierro por su valiente actitud.

”Los rumores subterráneos han cesado completamente y todo tiene una quietud de muerte en la bóveda”.

Estos documentos arrojaron alguna luz acerca del viaje de la abadesa al extranjero, aunque siendo tan incompletos muchos misterios quedan sin explicación. Puesto que encontré los dos legajos entre sus papeles personales después de su muerte, supongo que la abadesa debe haberlos robado de la fortaleza del recinto de Conor. ¿Cómo lo hizo? Sólo la abadesa misma podría decirlo.

Como ya lo dije, cerca de dos años pasaron desde los Idus de Marzo antes que la abadesa regresara a España. Un emisario precedió su llegada con siete días de anticipación, trayendo el mensaje de que todo estuviera preparado en Santa Bárbara del Tártaro para recibirla.

Gran emoción y cierta aprensión se apoderaron de la comunidad. Cuando finalmente llegó, muy pocas hermanas la vieron entrar al convento, pues lo hizo antes del amanecer, a la hora cero, como suelen decir. Puesto que mis habitaciones dan al zaguán principal, fui despertado por el ruido del carruaje y los caballos.

Vistiéndome rápidamente bajé para dar a doña Rosalinda la bienvenida. Aunque la abadesa estaba envuelta en un amplio manto era imposible no darse cuenta de que tenía el vientre enorme, al menos dos veces más grande que el vientre de cualquier

mujer en el noveno mes del embarazo inmediatamente antes del alumbramiento.

Cuando el servicio hubo transportado los efectos personales de doña Rosalinda a la torre octogonal, ella se retiró al interior caminando lenta y trabajosamente. La madre Castelum de Xavier había preparado sus habitaciones.

La abadesa nunca volvió a salir viva de la torre octogonal.

Yo mismo fui testigo de su extraordinaria y terrible muerte, aunque sólo la madre Castelum de Xavier la atendió durante los últimos tres días de su vida. Al tercer día fui llamado a la torre octogonal por la hermana Fabiolina que se echó sobre los hombros la responsabilidad de llamarme, habiendo caído en un estado de crisis por haber sido testigo de los terribles hechos acaecidos en la torre.

La abadesa yacía en su agonía de muerte; era cerca de la medianoche. Todavía tiemblo de horror cuando la terrible escena regresa a mi memoria. Doña Rosalinda, que siempre fue una mujer esbelta y delgada, se había hinchado de modo monstruoso hasta alcanzar el tamaño de una pequeña ballena y se había vuelto negra como el carbón. Después que el proceso de hinchazón logró su máximo punto, la abadesa flotó suavemente en el aire donde por momentos permaneció suspendida. Luego, de repente, un temblor se apoderó de todo su cuerpo seguido de una explosión de tal violencia que yo mismo fui lanzado contra el muro. Todo lo que quedó de la abadesa de Santa Bárbara del Tártaro fue un trozo de piel negra y húmeda, no más grande que un pañuelo, retorcida sobre el lecho.

Humos acres tan pesados como los de una tempestad y una terrible hediondez llenaron la cámara mortuoria. Todavía sacudido por el terror del espectáculo, me di cuenta en seguida de la presencia de un pequeño objeto o cuerpo brillante suspendido y aleteando en la densidad del humo. No pasó mucho tiempo sin que reconociera en el ser alado a un muchacho, no más grande que una lechuza, luminosamente blanco, que revoloteaba cerca del cielo raso. Llevaba arco y flechas, pero la penetrante luz que emanaba de su cuerpo me cegaba impidiéndome hacer un examen más detallado. La hediondez de los gases liberados por el cuerpo de la abadesa muerta habían dado ahora paso a un perfume espeso y exquisito que recordaba la mirra y el jazmín.

En este momento, habiendo escuchado la explosión de doña Rosalinda, las aterrorizadas hermanas acompañadas por Monseñor Rodríguez Zepeda, un sacerdote de Madrid, irrumpieron en la torre. Fueron testigos tan sólo del perfume, olor de santidad fue llamado, y de una visión momentánea del niño alado que desapareció a través de la escalera de caracol hacia el observatorio y nunca más fue visto. Lo tomaron por un ángel, naturalmente.

¡Nosotros sabemos la verdad!

El hecho extraño de que la abadesa dejara sólo un trozo de negra piel como despojo de su cuerpo mortal, no disuadió a las hermanas para proclamarla como una nueva santa. Al contrario, afirmaron que había ascendido a los cielos como la virgen bendita dejando tan sólo un ángel y el olor de santidad detrás de sí. El trozo de pellejo fue colocado entre rosas y lilas y después sepultado en un magnífico ataúd,

suficientemente grande para contener tres abadesas.

El acto del sepelio fue efectuado en la cripta del convento que yo creo haber mencionado. Monseñor Rodríguez Zepeda y cincuenta monjas presenciaron las escenas posteriores a la explosión, de modo que cualquier testimonio que yo pudiera ofrecer no cambiaría su convicción de que los hechos extraordinarios fueron milagros causados por los cielos y no por las profundidades del infierno, como yo lo sé sin que me quede la menor duda.

Este documento fue escrito por Domingo Eucaristo Deseos, antiguo confesor del convento de Santa Bárbara del Tártaro, quemado en la hoguera a la edad de noventa y siete años por orden del Papa... (nombre ilegible).

In te, inimicos nostros ventilabimos cornu. Et in nomine tuo spernemus insurgentes in nobis, cornu verum nostros Christus est, idem at nomen Patris in quo adversan nostri vel ventihmtm vel spernuntur.

Una nota al pie de página, escrita en apretada caligrafía y cuya tinta luce borrosa, reza así:

La putrefacción sin la cual el triunfo de la Obra no puede alcanzarse. Vaso y Pnuma por la liberación de S. S.

Y ella ha trocado mi ti niebla en luz y ha rasgado el caos que me rodeaba.

Aquí termina el manuscrito del confesor de la abadesa.

Colgando una manta contra la ventana, pude leer el manuscrito completo sin que se supiera que la luz de la cabaña estuvo encendida hasta bien entrada la madrugada.

De modo que ésta era la historia de la abadesa del guiño. Debo admitir que no había sido defraudada. Me parecía en cierto modo deprimente su desintegración final. Durante la lectura de la narración me sentí atraída afectuosamente hacia la intrépida y enérgica abadesa. El hecho de que un monje chismoso y entremetido, Domingo Eucaristo Deseos, haya hecho todo lo posible por retratarla de una manera pernicioso, a duras penas modificó la pureza original de su imagen. Debe haber sido una extraordinaria mujer.

Ansiaba interrogar a Christabel Burns. Había muchas cosas que deseaba saber, por ejemplo ¿cómo había llegado el retrato al Nuevo Mundo y por qué se hallaba colgado en el comedor de la institución? Me hice el propósito de hablar con Christabel tan pronto como llegara el día. Las cosas, sin embargo, se desarrollaron en una forma que me impidió hablar con Christabel por algún tiempo. Durante este período, muy pocas de nosotras podríamos haber considerado otro tema que los dramáticos hechos que voy a relatar.

Después de haber pasado la noche leyendo la historia de la abadesa, dormí más de lo corriente hasta ser despertada por Anna Wertz. Anna hablaba y gesticulaba y me hizo despertar. El estado agitado en que se hallaba, tratándose de su condición habitual, no me llamó la atención hasta que ella me pasó la trompetilla y me obligó a

escucharla.

Anna me dijo:

—Entré al pasar para pedirte consejo sobre un bordado que quería hacer en una pieza de terciopelo que he tenido desde hace tiempo. Una excelente pieza de terciopelo que se veía como nueva aunque debo haberla tenido aun antes de venir aquí. Como bien lo sabes, nunca dispongo de un minuto para mí misma y tomarme alguna pequeña recreación y yo disfruto mucho del simple hecho de sentarme sola a coser cuentas en alguna tela hasta convertirla en una flor. Pero no puede esperarse que la gente entienda que uno obtiene mucho más placer estando solo y trabajando según su propia inspiración, que corriendo de aquí para allá para llevar a cabo tareas de toda clase que, en realidad, son las tareas de los demás.

Golpeando la mesa con mi trompetilla grité: —¡Por amor de Dios, Anna, vamos al grano! ¿Qué es lo que te pasa?—. Este era mi acostumbrado método de lidiar con los monólogos de Anna. La experiencia me había enseñado que con ella cualquier clase de discreción estaba condenada al fracaso.

—Bueno —dijo Anna—, no tienes que gritar de ese modo. Justamente iba a contarte cómo ella salió corriendo igual que una locomotora y me agarró, dando traspies y, antes de que tuviera tiempo de resistir, ya sabes lo fuerte que es, me obligó a entrar a la cabaña y la pobre, naturalmente, estaba tiesa y muerta, me sentí de tal modo impresionada...

—Anna —grité presa del susto—, ¿DE QUE ESTAS HABLANDO?

—¿Cómo de qué?, de la pobre Maude Sommers. ¿No puedes entenderlo? Murió durante la noche y nos sentimos muy acongojadas, y como sabía que ustedes eran amigas vine a avisarte y golpeaba tu puerta sin cesar pero nada parecía poder despertarte.

—Entonces —continuó Anna Wertz—, la pobre Natacha, ya sabes cuan sensitiva es, ha tenido que irse a la cama por la terrible impresión y está de lo más triste. El doctor Gambit ha tenido que darle píldoras para dormir, por lo menos tres. Aunque nunca tuve la impresión de que fuera tan amiga de Maude. ¿No crees?

No, en efecto, nunca me lo pareció, pero sí vi la torta de chocolate que vino a mí como si se tratara de una aparición.

Torta de chocolate a la que se había agregado alguna substancia extraída de un paquete que estaba destinada a otra persona. ¡Pobre Maude con sus elegantes blusas floreadas y los polvos de *Âme de Rose* que se ponía en la cara! ¡Sus pantalones de crepé de China que le envidiábamos todas y que le habían tomado seis meses para hacerlos! ¡Maude, tímida y sensible, la única entre nosotras que en alguna manera se parecía a la clásica vieja dama tradicional con sus abundantes cabellos blancos, mejillas sonrosadas y blancos dientes, postizos, desde luego, pero blancos!

Era fácil imaginarse a la pobre Maude sentada bajo una enramada de rosas trepadoras en un jardín de antaño cubierto de malvas y lavanda, cosiendo bonitos pantalones de estilo chino por toda la eternidad.

Me sentí profundamente conmovida por la terrible noticia, especialmente al pensar que pude haberla salvado si hubiera tenido el buen sentido de advertirla cuando la vi salir de la cabaña de Natacha. Una atención médica inmediata pudiera haber evitado los efectos fatales de la torta envenenada. Esto me colocaba en una situación terriblemente desagradable al considerar si debía o no referir lo que había visto en la cocina entre Natacha y la señora van Tocht. Parecía obvio que lo mejor era informar en seguida al doctor Gambit, más que todo porque Natacha y la señora van Tocht podían continuar haciendo tortas de chocolate al fallar su primer intento de eliminar a su víctima escogida. Esto, desde luego, haría que el doctor Gambit se preguntara la razón de que yo estuviese curioseando a través de la ventana de la cocina, y por más que pensara no encontraba explicación digna de crédito. Simple gula o entremetimiento eran las únicas conclusiones posibles. Tal vez Natacha y la señora van Tocht fueran a la cárcel. No sabía que hubiera un límite de edad para el encarcelamiento, especialmente tratándose de un asesinato, porque se trataba de un asesinato aun si la víctima no era la persona señalada para morir. ¡LA POBRE MAUDE HABIA SIDO ASESINADA POR ERROR, ASESINADA EN LUGAR DE GEORGINA!

En Inglaterra, sin lugar a dudas, habrían sido condenadas a la pena capital, en cuyo caso no me arriesgaría a decir una palabra puesto que nadie podría convencerme de la moralidad de enviar a alguien deliberadamente a la muerte.

Todo el asunto era de lo más inquietante. ¡Pobre Maude! ¡Yo podía haberla salvado!

Entretanto me había vestido, pero no sentía ningún deseo de tomar el desayuno. Anna Wertz estaba diciéndome algo: —Podríamos trepar por el techo y mirar por la claraboya, hay una pequeña escalera detrás de la cabaña que usan cuando limpian los desagües, aunque al parecer nunca los limpian; la escalera esta todavía allí. Me gustaría echarle una mirada a la pobre Maude porque nunca más la veremos. ¡Era una mujercita tan frágil!

Anna me estaba sugiriendo que trepáramos al techo de la cabaña doble a espiar el cadáver de Maude.

Era algo horrible y deshonesto, desde el punto de vista de cualquiera, ¿pero quién esperaría jamás ver a dos ancianas encaramadas en un tejado?

Tuvimos que atravesar una gran cantidad de maleza a fin de aproximarnos a la cabaña sin ser vistas; me sentí como si estuviéramos jugando a los niños exploradores, lo cual me parecía algo disparatado.

La escalera, a espaldas de la cabaña, tenía un aspecto alarmantemente viejo y la madera daba la impresión de estar podrida. Anna Wertz había parado de hablar por primera vez desde que la conocía y había comenzado a trepar cautamente por la escalera. Mantuve la esperanza de que no se pusiera a hacer comentarios una vez arriba, porque ser descubiertas habría sido de lo más ignominioso. Luego trepé yo por la chirriante escalera siguiendo los rastros de Anna. El techo de la cabaña era plano y

tenía dos claraboyas que permitían la entrada de la luz solar a los cuartos. Nos instalamos sobre la que daba una vista perfecta del cuarto de Maude. La muerte había transformado su rostro en una máscara estrecha e irreconocible que me hacía recordar un trozo muy delgado de calabaza sin madurar. La boca estaba medio abierta y nos dirigía la mirada con una expresión entre reproche y sorpresa. Sus dientes postizos estaban en un vaso de agua al lado de la cama y a esto se debía, según supongo, la estrechez de su cara. Su cabello todavía abundante, encrespándose alrededor de la cara, parecía gozar de vida propia.

La señora van Tocht estaba sentada a poca distancia de la cama; su cara, una masa de carne distorsionada por la perspectiva, carecía de toda expresión, pero sus manos daban la impresión de querer destrozarse una a otra presas de una incesante agitación.

Una mujer desconocida, vestida con una braga gris, entró a la habitación. Traía una toalla, una jabonera con jabón amarillo de cocina y un balde de agua. Sus movimientos eran precisos e indiferentes. En forma metódica, retiró la ropa de cama dejando que se viera el cadáver que estaba casi completamente vestido. Los efectos de la torta de chocolate habían comenzado seguramente antes de que tuviera tiempo para cambiarse para dormir. ¡Pobrecita! Después supe que no había ido a cenar. Le había dicho a la señora van Tocht que sentía algo en el hígado y que tenía una fuerte jaqueca. Debe haber muerto mientras todos se encontraban cenando y esto explica que nadie hubiera oído las llamadas de auxilio que seguramente lanzó en sus momentos de agonía.

Ahora, la mujer de la braga gris estaba desnudando el cadáver de Maude. Lo hacía con cierta dificultad debido a que el *rigor mortis* debía haberle llegado durante la noche.

Luego de unos momentos, Anna Wertz se aferró a mi brazo convulsivamente y casi caímos ambas a través de la claraboya en medio de la increíble escena que se desarrollaba abajo. ¡El rígido cuerpo de Maude era el de un viejo caballero!

Nunca recordaré completamente cómo Anna y yo logramos bajar del techo sin desnucarnos, no hay duda que lo logramos. Pudimos ver al doctor Gambit, desde lejos, dirigiéndose a la cabaña de Maude a toda prisa, y nos apresuramos a poner entre nosotras y la cámara mortal tanta distancia como fuera posible. Cuando salimos de la maleza nos encontramos con Georgina Sykes que dijo haber tenido la impresión de oír un búfalo en la espesura y que se había detenido para cerciorarse. Anna Wertz desapareció como si el hombre lobo la estuviera persiguiendo.

—¿Y qué diablos, si se puede preguntar, andas haciendo metida entre la maleza con Anna Wertz? —preguntó Georgina mientras yo me sacaba las ramitas secas de los cabellos—. Daban la impresión de una manada de búfalos en desbandada.

—Por amor de Dios, no grites tan fuerte —le dije presa de ansiedad—. Alguien podría oírte; ven a la alberca de las abejas y te contaré todo.

—La pobre vieja Maude murió de cirrosis hepática durante la noche —dijo Georgina—. El doctor y la señora Gambit nos hicieron reunir en el taller y nos

explicaron cómo debemos usar la circunstancia de la muerte para renovar la observación consciente. Maude no era ninguna jovencueta, pero a una nunca se le ocurre pensar que pueda ocurrir tan de repente.

Decidí contar a Georgina todo el desgraciado asunto, ya que había comenzado a sospechar que su propia vida se encontraba en peligro; de modo que empecé a hablar en forma cautelosa.

—Maude Sommers no pudo haber muerto de cirrosis hepática, su cutis lucía demasiado fresco, la gente que muere de cirrosis tiene la piel amarillenta como Natacha.

—Maude siempre embadurnaba su cara con un menjurje rosado —replicó Georgina—. Nadie podría asegurar que no tuviera la piel azul turquí bajo toda esa porquería.

—Maude Sommers *no* murió de una cirrosis hepática —repetí enfáticamente cuando habíamos casi llegado a la alberca de las abejas que se hallaba desierta con excepción de los laboriosos insectos.

Nos sentamos en un banco de piedra y le conté a Georgina toda la historia, de cómo había visto a la señora van Tocht y a Natacha poner veneno en la torta y cómo Maud había seguido sigilosamente a Natacha y había después robado la fatal golosina. Le conté todo, hasta el momento dramático en el techo de la cabaña cuando descubrimos que Maude, la elegante y femenina Maude, era en realidad un hombre.

—Malditas víboras —exclamó Georgina que se había puesto pálida—. La torta debía estar destinada a mí, tenían todo arreglado.

La pequeña fiesta de reconciliación a la que Natacha había invitado a Georgina no era más que un intento de asesinato.

—Deberíamos contárselo todo al doctor Gambit —dijo Georgina—. Tienen que llamar a la policía. Si estuviéramos en los Estados Unidos ambas irían a parar a la cámara de gas o las harían freír como tocino en la silla eléctrica. No me importaría pagar hasta diez dólares para verlas.

—La pena capital no existe aquí, Georgina —dije—. Pero tal vez las condenen a trabajos forzados y las pongan a romper rocas y sean azotadas por gigantescos nubios vestidos con taparrabos rojos.

Georgina hizo una mueca: —Lo único que sucedería es que les darían unos cuartos agradables en la cárcel de mujeres y podrían ofrecer fiestas con tortas de chocolate dos veces a la semana y sesiones espiritistas los domingos.

—Es seguro que si se llegara a probar que la pobre Maude murió envenenada —dije después de unos instantes de reflexión—, Natacha pretendería haber envenenado las tortas para matar las ratas de que tanto hablaba.

—¿A quién se le ocurriría jamás hacer tortas de chocolate para matar ratas? —preguntó Georgina—. Se usan pedazos de queso medio podrido.

Se me ocurrió que Georgina tenía una mente maravillosamente lógica. Nos fuimos en busca del doctor Gambit, pero sólo encontramos a la señora Gambit

agitando la sopa de papas en la cocina.

—El doctor Gambit no recibirá a nadie hoy, me parece una frivolidad de parte de ustedes solicitar una entrevista para tratar problemas personales en momentos de tanta preocupación para él —dijo la señora Gambit con su apretada sonrisa.

—Se trata de algo urgente —replicó Georgina—; tenemos que verlo de inmediato.

—Ni aunque así fuera —dijo la señora Gambit—. El doctor Gambit no puede ocuparse hoy de asuntos personales. Sería mejor que emplearan el día haciendo la limpieza de sus cabañas y comportarse de manera ordenada a pesar del triste suceso que ha venido a perturbar nuestra rutina habitual.

Insistir era evidentemente inútil y no podíamos hablar con el doctor Gambit hasta después del funeral de Maude. Era una pena, porque tendrían la molestia de exhumar el cadáver, pero por los momentos no había nada más que pudiéramos hacer.

De modo que nos fuimos caminando por el jardín discutiendo todo el asunto desde cada posible punto de vista.

—¿Quién podría haberse imaginado jamás que Maude fuera un hombre disfrazado? —le pregunté a Georgina—. ¡Todos esos pantalones chinos y las bonitas blusas! ¿No estás sacudida por la sorpresa?

—No me sorprende en absoluto —respondió Georgina—, lo supe desde que llegé aquí.

—¿Cómo podrías saberlo? —le pregunté atónita—. ¡Ella tenía un aspecto más femenino que cualquiera de nosotras!

—Yo conocía a Arthur Sommers cuando tenía una tienda de antigüedades en Nueva York —dijo Georgina—. Pero no había razón alguna para que yo revelara su pequeño secreto ya que nunca me hizo el menor daño durante toda su vida. La razón de que escogiera un nombre tan absurdo como Maude era asunto suyo.

—¿Pero por qué tenía que ocultarse en un asilo de ancianas? —pregunté—. Seguro que podía haber encontrado algo más agradable, sobre todo si disponía de medios, como me inclino a pensar.

—Bueno —dijo Georgina—, ya conoces el meollo del asunto, bien puedo contarte el resto. Ya no puede hacerle ningún daño al pobre Arthur.

—Hace años, Arthur Sommers compró una pequeña tienda en Octava Avenida y la llenó de toda clase de repulsivos trastos que él llamaba antigüedades. Yo vivía en el apartamento vecino, con el abisinio de quien te he hablado y acostumbraba a caer de vez en cuando y contarle a Arthur mis pequeños problemas y así nos hicimos bastante amigos. Después de cierto tiempo supe que Arty manipulaba un negocio clandestino disimulado por los trastos viejos. Arthur vendía pequeños alfileros rosados o azules cubiertos de encaje y repletos de marijuana.

“Me tomó cierto tiempo descubrir por qué sus clientes, la mayoría compuesta de rudos estibadores, iban tan lejos para comprar estos bonitos objetos útiles tan sólo para las costureras. Arthur hacía los alfileros él mismo, de modo que no es raro que

tuviera esa extraordinaria habilidad con las agujas. Tenía un negocio de los más cómodo y productivo ya que tantísima gente disfruta de la marijuana, eso los alegra.

”Un buen día arrendó uno de los tres cuartos que quedaban encima de la tienda a una pintora de paisajes llamada Verónica Adams; sí, la misma Verónica Adams que ahora ocupa la cabaña en forma de bota, cerca del hongo en que habita la marquesa. Ella todavía se entretiene pintando toda esa cantidad de papel higiénico. Bien, en aquella época ella tenía una hermosa estampa de mujer y Arthur se enamoró perdidamente, ni siquiera le cobraba el alquiler. El enredo romántico debe haber hecho que Arthur se descuidara, porque comenzó a vender alfileros a los policías de Nueva York por error. Las cosas se complicaron y habría ido a dar a Sing Sing o alguna otra prisión de no haber sido advertido a tiempo por “Ojos de Nuez” Johnson que regentaba un bar especial en Greenwich Village. De modo que Arthur y Verónica cruzaron la frontera y establecieron un cabaret en Nuevo Laredo. Verónica pintaba sus paisajes cuando el tiempo se lo permitía. Los sábados, si había suficientes clientes, también hacía un *strip-tease*. Yo nunca la vi hacerlo, pero resulta increíble viéndola ahora. Se dice que se presentaba cubierta de plumas de avestruz y perlas y parece que el mismo Arthur le confeccionaba la ropa de escena.

”Se mantuvieron allí hasta que la figura de Verónica dejó de atraer clientes. Luego se retiraron y después de pasar algunos años en Argentina vinieron aquí. Arthur pensó que un Hogar para Ancianas fuera de buen gusto para terminar una vida más bien activa. ¡Pobre Arthur! ¡Nunca se quejó de compartir una cabaña con la señora van Tocht! Eso fue un duro golpe, pero al parecer se acostumbró. Siempre le dio gran importancia a la virtud de la modestia, de modo que la señora van Tocht, entremetida como es, nunca hasta ahora descubrió el secreto. Esta es, a grandes rasgos, la vida de Arthur Sommers, quien nunca se imaginó que iba a terminar siendo asesinado en un Hogar para Ancianas, aunque podía esperar que lo asesinaran en cualquier otra parte”.

Georgina parecía entristecida a medida que recordaba los hechos y yo hice un esfuerzo para cambiar de tema. —Siempre me he preguntado a qué sabrá la marijuana —dije, pero Georgina pareció no haberme escuchado. Tal vez estaba pensando en el abisinio.

El funeral de Arthur o, mejor dicho, Maude, fue más bien breve y ningún pariente vino, de modo que sólo asistieron el doctor y la señora Gambit y nadie supo lo que pensaban de que Arthur o Maude fuera en realidad un hombre, nunca mencionaron el hecho a la comunidad. Verónica siguió pintando el papel higiénico y se puso tan encorvada que no era posible ver su rostro e imaginarse si sufría o no por la partida de su antiguo amante.

En cuanto a mí respecta, pasé una mala noche pensando cómo contarle al doctor Gambit los hechos, agitada por la aprensión cada vez que pensaba en el siniestro complot de Natacha y la señora van Tocht. Era de lo más confuso y, por decir lo menos, embarazoso. Uno jamás se imaginaría que tales problemas se produjeran en

un Hogar para damas seniles.

El doctor Gambit me recibió junto con Georgina poco antes del almuerzo. Su gorda cara lucía desacostumbradamente gris y se retorció de los nervios.

—En realidad —dijo el doctor Gambit de modo irritado—, cualquier clase de consejo acerca de la Obra pueden obtenerlo de la señora Gambit. Encontrándome tan sumamente ocupado hoy, les ruego ir al grano de inmediato.

—Poco a poco —dijo Georgina con el acostumbrado coraje que yo tanto le admiraba—. Maude Sommers fue asesinada, ella nunca sufrió de ninguna cirrosis hepática.

El doctor Gambit exhaló algo parecido a un rugido y, recobrando su compostura, dijo: —Georgina, debes trabajar denodadamente para dominar tu imaginación enfermiza.

—¡Imaginación enfermiza, maldita sea! —dijo Georgina—. Escuche no más el recuento de lo que la señora Leatherby vio a través de la ventana de la cocina.

De modo que referí mi historia.

—Entonces —dijo el doctor Gambit— si has terminado tu historia te diré que nunca escuché una pieza difamatoria tan grosera como ésta en toda mi vida. Me repugna, sobre todo de parte de Georgina que ha estado en la Obra ya por algunos años. Ambas son presa de una imaginación enfermiza que constituye uno de los vicios más profundamente enraizados en la naturaleza humana. Organizaré algunos ejercicios privados para las dos, de modo que puedan sobreponerse a esta terrible enfermedad psíquica.

—Usted debe estar loco —exclamó Georgina con rabia—, se sienta allí especulando sobre psicología atando todas nosotras pudiéramos ser envenenadas en alguna de las comidas. La señora van Tocht y Natacha debieran ser enviadas a la silla eléctrica.

—Esto —dijo el doctor Gambit poniéndose de pie— es más que suficiente. Señora Sykes, me ocuparé de que le den un sedante.

—¿Qué me dice del veneno para ratas que Natacha se hizo comprar por la señora Gambit? —pregunté—. Seguramente usted le pedirá al menos que dé razón de eso.

—La señora González —dijo el doctor Gambit con dignidad— es una extraordinaria mujer, con un alto grado de poderes extrasensoriales. Sería imposible, tanto para ti como para la señora Sykes, comprender los delicados mecanismos de su mente. Este abusivo chismorreó que han inventado entre las dos sólo demuestra que ustedes hierven de envidia. Y ahora les doy los buenos días. La señora Gambit les dará un sedante.

Dicho lo cual abrió la puerta y nos empujó fuera del estudio.

Georgina y yo nos habíamos imaginado toda clase de reacciones, pero no estábamos preparadas para enfrentarnos a esta muralla de total incredulidad. Resultó tan alarmante que no pudimos abrir la boca por lo menos durante cinco minutos. La idea de acercarnos a la señora Gambit y referirle nuestra historia del asesinato lucía

completamente inútil.

Durante todo el almuerzo me mantuve lanzando, sobre la señora van Tocht y sobre Natacha, miradas disimuladas. Ni Georgina ni yo pudimos comer gran cosa, no estábamos seguras de que la comida no tuviera veneno.

En la tarde me dijeron que había una visita para mí, así que me fui al salón reservado para los visitantes de los días corrientes de la semana. Mi sorpresa y mi delicia no tuvieron límites cuando vi que se trataba de Carmela, de lo más a la moda con un vestido largo de tweed.

El maravilloso sentido telepático de Carmela le había hecho saber que algo andaba mal porque me había visto en sueños bailando un vals vienés con un oficial.

—Danzar en sueños —me dijo Carmela— significa poder oculto o problemas; así que supe que tenías algún problema.

Llevé a Carmela hasta mi lugar favorito, la alberca de las abejas, y allí me desahugué contándole la historia de la pobre Maude-Arthur. Cómo había sido asesinada por error y cómo nos sentíamos pensando que el error pudiera ser rectificado en cualquier momento.

—Encontraré una solución en unos minutos —dijo Carmela mientras registraba una gran cesta que había traído—. Entretanto, será mejor que te dé las galletas de chocolate y el oporto que te traje, no vaya a aparecer alguien. Puse el oporto en una bolsa de agua caliente por si acaso alguien me revisaba la cesta. También te traje una lima para el caso de que hubiera barrotos de hierro, pero no parece que los haya.

—Pero nunca sabes cuándo puedes ser atacada —agregó Carmela—, y entonces podría serte útil.

—Qué gentil de tu parte, Carmela —dije agradecida— me gustaría, darte algo yo también, pero nosotras nunca vamos a ninguna parte.

—Pierde cuidado —dijo Carmela—, los gatos están bien y tu única preocupación, a lo que puedo ver, es el hecho de poder ser asesinada en cualquier momento por error o intencionadamente, aunque desde tu punto de vista daría lo mismo una cosa que otra. Claro está que debes advertir a cada una de las posibles víctimas y luego, ya que el doctor Gambit rehúsa tomar ninguna acción, podrían declararse en huelga de hambre.

Esta era sin duda una excelente idea, a pesar del hecho de que no era inconcebible que el doctor y la señora Gambit pudieran sentarse tranquilamente a vernos morir de hambre. Se lo dije a Carmela.

—No te preocupes —dijo Carmela— yo puedo contarle los hechos a los periódicos si las cosas se ponen demasiado malas.

Carmela no dijo lo que ella consideraba que era ponerse las cosas demasiado malas, pero podía imaginarme los titulares de los periódicos: “Hogar de ancianas poblado de esqueletos,” o algo por el estilo. Un pensamiento nada halagüeño y, a duras penas, una solución desde nuestro punto de vista. En todo caso, ser envenenado era quizás peor que morir de inanición, ya que esto último tenía remedio pues

vivíamos en un lugar donde se podían obtener alimentos. Le confesé a Carmela que la huelga de hambre era una solución excelente.

—Convocas una reunión a media noche, a la luz de las antorchas —dijo Carmela—, y le cuentas a todas que se hallan amenazadas por una asesina loca que no se detendrá ante nada a fin de cobrar su víctima. Entonces distribuyes porciones de galletas de chocolate. Con eso pueden mantenerse vivas por lo menos por una semana, y para entonces el doctor Gambit habrá capitulado.

—Supongamos que el doctor Gambit simplemente se sienta a vernos morir de hambre —dije.

—Entonces le dices que yo estoy en conocimiento de todos los hechos y que si no recibo carta tuya en el término de diez días los haré del dominio público.

—Parece lo más práctico —le dije—, pero debo cuidarme mucho de que la señora van Tocht y Natacha no descubran las galletas de chocolate.

—Las enterraremos bajo el piso de tu cuarto —dijo Carmela de seguidas—, hagámoslo de una vez, además estoy ansiosa de ver el faro en que vives con los muebles simulados.

De modo que nos dirigimos hacia mi alojamiento, y durante la caminata Carmela examinó los otros habitáculos con gran curiosidad: —A pesar de tu carta —dijo— la realidad sobrepasa a tu artística descripción. ¿Por qué habrían de tener tan horrible aspecto? Arruinan la vista del jardín que luciría realmente bello y apacible de otro modo.

—El doctor Gambit escoge la forma de cada cabaña de acuerdo a lo que él llama las vibraciones del azimut de la naturaleza inferior. Me dieron el faro porque era la única cabaña desocupada que había cuando vine. La señora Gambit dice que yo podría vivir en un coliflor hervido, pero no tenían ninguno hecho.

—¡Qué idea más diabólica! —exclamó Carmela—, deben ser sádicos.

—Tenemos que vigilar el desenvolvimiento de nuestra perversa naturaleza —dije entusiasmándome con el tema—. El doctor Gambit dice que la única vía hacia la salvación es la introspección, también hacemos unos ejercicios muy complicados.

Después de entrar en el faro, cerramos cuidadosamente la puerta, atrancándola con una silla pues no tenía cerradura. Luego, colgando una manta frente a la ventana, nos pusimos a sacar una tabla floja del piso. No fue una tarea muy difícil debido al estado de decrepitud de la cabaña.

—Ahora tengo que irme —dijo Carmela—. Pueden comenzar a sospechar si permanecemos encerradas aquí por largo tiempo. Recuerda todos los detalles de la huelga de hambre. La reunión debe ser a media noche, si pudieras conseguir una bandera de pirata con la calavera y los huesos en cruz sería muy conveniente. Pueden alumbrarse con antorchas improvisadas, hechas de ramas de sauce y trapos cortados en tiras humedecidas en querosén, aunque sería preferible aceite de culebra, el olor es muy estimulante. Cuando todo el mundo sepa que hay dos envenenadoras sueltas y que pueden morir presas de espantosas convulsiones después de haber comido, verás

con cuánto gusto cooperarán. Busca un lugar oculto en el jardín. La alberca de las abejas está escondida y no se ve desde la casa principal ni de las envenenadoras. Esto, desde luego, es una especie de motín y si te descubren pudieran ametrallarte.

“Un carro blindado sería más adecuado, y hasta un pequeño tanque, aunque sería algo difícil procurárselos porque tendríamos que contar con la colaboración del ejército y no creo que a ellos les guste prestar su material bélico. No se si disponen de tanques, aunque puede ser que tuvieran alguno de los más viejos. En todo caso, la reunión debe efectuarse en el mayor secreto, si pudieras lograr que vinieran encapuchadas sería mejor porque no las reconocerían a menos que las capturaran y torturaran”.

Después de repetir sus consejos varias veces, Carmela se marchó no sin darme algunas recomendaciones finales, como colocar francotiradores en los árboles vecinos a la alberca de las abejas y la posibilidad de instalar transmisores de radio en secreto y puestos avanzados con tocadores de tambor para que en caso de que la radio fallara enviaran mensajes en clave.

Después de recibir la estimulante visita de Carmela, me sentí emocionada y feliz. No pasó mucho rato sin que me encontrara con Georgina a quien de inmediato le comuniqué nuestros planes, omitiendo algunos de entre los consejos menos prácticos de Carmela, tales como los carros blindados, el aceite de culebra, la radio secreta y los francotiradores. Puse énfasis en lo de la huelga de hambre que me parecía no sólo deseable sino necesario a toda urgencia.

—Yo no podría haber pensado nada mejor —dijo Georgina—, tenemos que efectuar la reunión esta noche. Después de la cena, todas simularemos irnos a nuestras cabañas, como de costumbre, y cuando los Gambit y van Tocht y Natacha se hallen ya en cama, nos vamos a la alberca de las abejas.

—Deberíamos informar a Verónica Adams, a la marquesa, a Christabel Burns y a Anna Wertz de lo que se trata y la razón que tenemos para ocultarlo de Natacha y la señora van Tocht —dije—. Podríamos darles un breve recuento de los hechos y, a fin de evitar peligros, todas podríamos decir que nos duele el estómago y no cenar; sería incluso una buena manera de iniciar la huelga de hambre.

Así que pusimos manos a la obra y fuimos a contarle nuestros planes a las otras damas.

La cena de esa noche constituyó un acontecimiento de lo más lúgubre. Las únicas personas que tocaron los alimentos fueron el doctor Gambit, la señora van Tocht y Natacha. El resto de nosotras se sentó y los miró comer. La tensión en el ambiente era espantosa. Pensé que dábamos la impresión de ser un grupo de personas que se dirigían a un pic-nic y llegaban a la estación poquísimos minutos antes de la llegada del tren y, a pesar de saber que de un momento a otro el tren estaría allí, no osaban moverse de sus sitios.

—No trataré de averiguar la razón de que todas hayan perdido el apetito —dijo el doctor Gambit al final de la cena—. Diré sin embargo que las quejas histéricas no

tienen cabida en la Obra. Enfermedades psicosomáticas matan con tanta eficacia como las otras. Si deliberadamente se permite que los centros bajos se apoderen del organismo, se es muy pronto víctima de un deterioro masivo que puede tener muy serias consecuencias.

El doctor Gambit se pasó una servilleta por la boca, la enrolló y la colocó en el anillo de hueso igual al que todas teníamos para nuestras servilletas. De acuerdo con la señora Gambit, utilizar servilletas limpias cada día elevaría excesivamente los gastos de lavandería.

El recreo de la noche en el salón no duró tanto como de costumbre. Todas nos sentimos aliviadas cuando el doctor Gambit sonó la campanilla para dar la señal de retirarnos a nuestras respectivas habitaciones.

La abadesa nos miraba con su sardónica sonrisa.

No había luna esa noche, pero afortunadamente todas teníamos velas de reserva para el caso de que la electricidad fallara, cosa que ocurría bastante a menudo.

Esto nos permitió llegar a la alberca de las abejas sin accidentes, tales como tropezar contra un árbol o enredarse en la maleza y perder el camino.

Cuando estuvimos todas reunidas en la alberca de las abejas, serían ya las once y media. Las circunstancias eran tan poco usuales y excitantes que a duras penas reparé en el hecho de que algunas abejas revoloteaban todavía sobre las oscuras y tranquilas aguas de la alberca. Las escuchaba zumbar en alguna parte adormecida de mi conciencia y siempre me he preguntado después si no se trataba de alguna peculiaridad acústica de mi trompetilla.

Yo di comienzo a la reunión dando un recuento detallado de los hechos, todos aprobados y apoyados por Georgina. Luego se distribuyeron las galletas de chocolate y una discusión general tuvo lugar.

Todas admitimos que una huelga de hambre era, con mucho, la solución más práctica, aunque había dudas acerca del tiempo que mi provisión de galletas de chocolate podía durar y mantenernos vivas. A fin de combatir el aire frío de la noche yo había traído la bolsa de agua caliente llena de oporto y la hicimos circular una y otra vez. Era una reunión realmente agradable. Lástima que estuviéramos amenazadas por la inanición para una fecha muy cercana.

—Yo también tengo tina provisión de galletas —dijo Christabel Burns— y la pongo a disposición de la comunidad. Traje en mi bolsillo una galleta por persona, ya que me di cuenta de la condición en que estamos no habiendo comido durante la cena. Como la provisión es más bien limitada, traje sólo una galleta por persona; afortunadamente, la señora Leatherby tiene también una provisión de galletas que son muy nutritivas. Tenemos que mantenernos en nuestra actitud por un buen tiempo, al menos hasta que el doctor Gambit expulse de la institución a Natacha y a la señora van Tocht.

Christabel Burns nos dio a cada una una galleta cuidadosamente envuelta en papel de seda. Eran tan pequeñas que una de ellas apenas alcanzaba para un bocado.

—Dentro de cada galleta —dijo Christabel— encontrarán un papelito con una suerte escrita en él. Sugiero que leamos nuestras suertes más bien como si se tratara de un juego.

En consecuencia, cada una de las damas mordió su galleta y sacando el papelito lo leyó cuando le llegó el turno. Como estábamos sentadas alrededor de la alberca formando un círculo, la orden de lectura iba de acuerdo a las lunaciones. Verónica Adams, la marquesa, Anna Wertz, Georgina, Christabel Burns y yo, que era la última.

—“Hallarás de nuevo el verdadero amor, aunque has desechado toda esperanza” —leyó Verónica Adams.

—“La batalla está ganada, no os disperséis innecesariamente estando la victoria tan cercana” —ésta fue la suerte de la marquesa.

—“El trabajo y los sinsabores no serán por siempre tuyos. Un gran cambio es inminente. Ten confianza”.

Anna Wertz se aprestaba a iniciar un comentario, pero Christabel la contuvo levantando la mano en señal de silencio. Ella había sido de común acuerdo electa para hacer de presidenta de la reunión. Las velas se agitaron debido a una ligera brisa.

—“Tu coraje y buena voluntad serán pronto recompensados. No temas a los que te desean males, pronto conocerán la vergüenza” —leyó Georgina con delicioso entusiasmo.

La siguiente persona fue Christabel, quien leyó así: —“Devoción y servicio a una santa causa es tu destino”.

Entonces desenrollé mi papelito y leí: “—¡Auxilio!, soy prisionero de la torre”.

Se produjo una breve pausa y Christabel, como deseaba evitar que la discusión prosiguiera, sacó de su chal un pequeño tambor y comenzó a tocarlo rítmicamente. Comenzamos a seguir el ritmo con la cabeza, luego con nuestros pies y a poco nos encontramos danzando alrededor de la alberca agitando los brazos y comportándonos en una extraña manera. De modo que ninguna de nosotras parecía hallar nada de raro en nuestra danza, ni nos sentíamos cansadas, aun Verónica Adams, con más de noventa años, saltaba alegremente como el resto de nosotras. Nunca antes yo había experimentado el goce de la danza rítmica, ni siquiera en la época del fox-trot en brazos de algún joven buenmozo. Esto era completamente diferente de cualquier cosa que hubiera conocido. Parecíamos inspiradas por algún maravilloso poder que ponía energía en nuestros decrepitos carapachos.

Christabel comenzó a cantar al son de su tambor:

—“Belzi Ra-Ha-Ha Hécate Ven!

Desciende hasta nosotras al son de mi tambor.

Inkala Iktum mi pájaro en un topo.

Arriba el ecuador y abajo el polo Norte.

Eptalum, Zam Pollum crece y multiplícate.

Llega la luz de norte y los gansos salvajes.

Inkala Belzi Zam Pollum el tambor.
Alta reina del Tártaro apúrate a venir”.

Este canto fue repetido una y otra vez hasta que una nube se formó sobre la alberca. Todas exclamamos al unísono:

—“¡Zam Pollum! ¡Ave reina de las abejas!”

Luego pareció que la nube tomaba el aspecto de una enorme abeja, grande como un carnero. Portaba una alta corona de hierro adornada con cristales de roca, las estrellas del mundo subterráneo.

Todo esto, al parecer, ocurría aunque, desde luego, podía tratarse de una alucinación colectiva, si bien nadie me haya jamás explicado el significado de una alucinación colectiva. La monstruosa abeja reina lentamente sobrevoló el agua moviendo sus alas cristalinas con tal rapidez que parecían emitir una luz de color azul pálido. Cuando estuvo frente a mí fui sacudida por la extraña semejanza que hallé con la abadesa. En ese momento la abeja reina cerró un ojo, grande como una taza de té, en un prodigioso guiño.

Luego, lentamente, se esfumó comenzando por el aguijón y terminando por la punta de sus antenas rizadas. Una deliciosa fragancia de miel silvestre flotó en el aire.

Por alguna milagrosa razón nadie escuchó la algarabía de nuestra pequeña fiesta y todas volvimos a nuestras cabañas sin dificultad alguna y nos entregamos a un reposo sin sueños. Antes de que nos retiráramos, Christabel nos dijo que nos reuniríamos de nuevo dentro de tres días, a media noche.

Por un acuerdo tácito nos abstuvimos de comentar la aparición de Zana Pallum, la suprema reina de las abejas y, sin embargo, nos hallábamos llenas de coraje y determinación en la prosecución de nuestros propósitos.

Claro está que no era fácil sentarse a la mesa durante las comidas y no probar bocado. Bajo la imponente mirada del doctor Gambit, a través de sus gafas, teníamos que renovar continuamente nuestros esfuerzos. El hambre era difícil de enfrentar ya que dos galletas diarias no constituían una dieta eficaz. El doctor Gambit nos soltaba una charla todos los días, pero todo era inútil; estábamos decididas a morir de hambre antes que envenenadas con veneno para ratas.

La señora Gambit no se cansaba de hacer cáusticos comentarios sin deponer su sonrisa agónica. Natacha y la señora van Tocht comenzaron a vigilarnos juntas y se aparecían cuando menos se las esperaba con la ilusión, seguramente, de sorprender alguna conversación. Nosotras nos mostrábamos extremadamente prudentes y hasta la misma Anna Wertz comenzó a emitir sus sentencias en voz muy baja. Ninguna de nosotras dirigíamos la palabra ni a Natacha ni a la señora van Tocht y descubrí que las dos comenzaban a lucir medio descompuestas a medida que el tiempo pasaba.

Debido a otras razones, la huelga de hambre se hizo más y más difícil. El tiempo, de pronto, se volvió muy frío y a menudo, por las mañanas, encontrábamos escarcha en el jardín. Era una extraña ocurrencia en un país situado bajo el trópico de

Capricornio. Hacia el mediodía la escarcha se derretía a la luz del sol, pero los días continuaban haciéndose fríos y en nuestra condición de subalimentación sufríamos enormemente. Ninguna de nosotras tenía abrigo de piel e íbamos de un lado para otro tiritando envueltas en mantas. A pesar de las incomodidades del frío, el brillante blanco de la escarcha trajo alegría a mi corazón y comencé a pensar en Laponia.

Habíamos dejado de cumplir nuestras tareas matinales en la cocina a pesar de los esfuerzos de la señora Gambit para obtener nuestra ayuda. Puesto que no comíamos nada, no nos dejábamos inducir a trabajar tampoco. Teníamos una cantidad de tiempo disponible para vagar por los alrededores conversando, soñando o simplemente pensando. A menudo pensaba en el mensaje recibido en la galleta, mientras más pensaba más apremiantes me parecían esas palabras herméticas: “¡Auxilio!, estoy prisionero en la torre”.

Siempre sospeché que alguien vivía en la torre, pero quién podía ser no se me ocurría en absoluto.

Un día tropecé con Christabel mientras me ocupaba de recoger ramas secas para hacer fuego. Habíamos comenzado a hacer fogatas en el jardín para mantenernos en calor a la hora del almuerzo, ya que no íbamos más al comedor.

Aproveché la ocasión para devolverle el manuscrito con la historia de la abadesa y hacerle algunas preguntas.

¿Cómo, por ventura, había venido el retrato de doña Rosalinda a parar a América?

—Esto ocurrió durante la guerra civil española —me explicó Christabel—. Un refugiado español, llamado don Alvaro Cruz de la Selva, lo trajo al país cuando huyó de los fascistas. Debe de haber sido un descendiente de la familia de doña Rosalinda. Vivió aquí algunos años hasta que murió y la casa entró en posesión de los Gambit.

—¿Compraron ellos la casa —pregunté a Christabel— o la alquilaron?

—Los Gambit tienen la casa alquilada —dijo Christabel—, el dueño actual se llama Alberto de la Selva, es el hijo del propietario original y tiene un almacén de víveres en la ciudad.

—¿Y la torre? ¿También tienen alquilada la torre? —le pregunté a Christabel y noté que vaciló en responderme.

—En realidad —dijo Christabel— los Gambit no... usan la torre. De hecho, la mitad de la torre carece de acceso porque la escalera que conduce a la habitación de arriba fue condenada y dejaron sólo la ventana con barrotes para permitir la ventilación.

—Christabel —pregunté—, ¿quién vive en la torre?

—No me es permitido decírtelo —respondió Christabel—, eso es algo que tienes que averiguar por ti misma. Hay tres acertijos que tienes que descifrar antes de que te sea permitida la entrada a la torre. El primero es éste:

—“Llevo una gorra blanca en la cabeza y en la cola todo el tiempo las llevo sin fallar.

Alrededor del talle mi cinturón es caliente y voy de un lado a otro aunque no tengo piernas”.

—El segundo acertijo —continuó Christabel— se refiere al primero:

“Pero nunca me muevo cuando giráis a mi alrededor
Me siento y os miro sin emitir sonido.
Si os inclináis bastante, vuestras gorras son cinturones.
Nuevas gorras se hacen y las viejas se derriten.
Vuestro girar sin piernas parecerá así torpe.
Al parecer me muevo, pues no. ¿Cómo me llamo?”

—Si descubres la solución del primer acertijo, podrás encontrar la del segundo. El tercero, en cambio, no es tan sencillo, aunque también se refiere al primero y al segundo.

Este es el tercer acertijo:

—“Uno de vosotros gira cuando el otro se sienta
y aunque la gorra cambia siempre os servirá.
Una vez en la vida de un monte o de una roca
vuelo cual pájaro, y pájaro no soy.
Cuando hayais nuevas gorras mi prisión se abrirá.
Los vigilantes que dormían entonces despertarán
y por encima de sus tierras yo volaré de nuevo.
¿Quién es mi madre? ¿Cuál es mi nombre?”

—Si hallas la solución a estos acertijos podrás comprender quién vive en la torre —terminó Christabel.

El tiempo, entretanto, se había vuelto tan frío que nos apresuramos a recoger nuestras ramas secas para hacer una fogata. El resto de nuestro grupo, incluyendo Georgina, Verónica Adams, la marquesa y Anna Wertz, habían hecho una hoguera en el prado y estaban hirviendo agua recogida de la fuente termal que tenía un ligero sabor a azufre. La marquesa había procurado té, lo cual constituía un gran lujo para nosotras.

—Como en los viejos tiempos, allá por el año 1941 —dijo la marquesa contenta— soborné al jardinero para que nos comprara este té y ya que podía traernos el té aproveché de encargarle también dos kilos de azúcar que nos mantendrán en calor.

—¡Azúcar! —exclamamos a coro—. ¡Bravo!

Dos kilos de azúcar probablemente salvarían nuestras vidas ya que algunas de entre nosotras estaban sufriendo mucho por la subalimentación y temíamos contraer

pulmonía. El azúcar nos daba energía y nos ayudaría a mantener el calor. El té endulzado fue el más delicioso elixir que hubiera probado en mi vida.

A mediodía hubo una ligera nevada y la mayoría de nosotras nos apretujamos en el primer refugio que pudimos encontrar. La señora Gambit visitó una por una las cabañas, participándonos que el doctor Gambit quería vernos a todas reunidas en el salón y que tenía algo especial que comunicarnos. Se mostró tan desacostumbradamente cortés que algunas de entre nosotras se sintieron realmente alarmadas.

—Tengan la bondad de tomar asiento —dijo el doctor Gambit cuando todas, incluidas Natacha y la señora van Tocht, estuvimos reunidas—. Lo que tengo que decir no es muy largo, pero seguramente será más comfortable para ustedes estar sentadas, ya que en los últimos días deben haberse debilitado considerablemente.

—Aparentemente —continuó el doctor Gambit—, existe una razón que las hace abstenerse de probar alimento en el comedor, como es la costumbre, y aunque he hecho lo posible para persuadirlas de que lo hagan, no lo he conseguido. Debido al tiempo frío, la falta de alimentación adecuada constituye un riesgo cuya gravedad ustedes no parecen comprender.

“Durante el tiempo que ha durado este incomprensible comportamiento, ustedes han segregado a dos de los miembros de la comunidad, Natacha González y Vera van Tocht, causándoles una gran infelicidad. Estas dos damas admirables y altamente espirituales se han sentido tan profundamente adoloridas por la agresiva actitud del resto de la comunidad, que lo han informado a sus respectivas familias, las cuales vendrán a llevárselas esta noche”.

A este punto se escucharon algunos aplausos, pero el doctor Gambit continuó hablando sin prestar atención.

—El lamentable resultado de la actitud que ustedes han asumido hacia las únicas personas que se han beneficiado de la Obra, será una irreparable pérdida para la institución. Sólo me es dado esperar que el futuro remordimiento llegará a ser tan agudo que las haga darse cuenta de la gran injusticia cometida con sus dos compañeras. Esto será todo, por ahora, y espero verlas a todas en su lugar del comedor, comiendo normalmente, a la hora de la cena.

Georgina, valientemente, se puso de pie como portavoz del grupo y dirigió el siguiente discurso que nos llamó a todas la atención:

—Doctor Gambit, mis compañeras y yo no sentimos ningún remordimiento porque estas dos fulanas, a quienes consideramos un peligro público, sean sacadas de entre nosotras. Nos reuniremos a la hora de la comida cuando estemos completamente seguras de que los alimentos que vamos a ingerir no han sido tocados por estas dos envenenadoras y esto será veinticuatro horas después que se hayan ido y nosotras hayamos supervisado la preparación de nuestras comidas. Cómo serán en el futuro organizadas estas comidas, lo decidiremos por votación, ya que la mayoría de nosotras no deseamos seguir oyendo, mientras estamos sentadas a la mesa, sus

siniestros sermones.

Las gafas del doctor Gambit relampaguearon y la señora Gambit se puso de pie, volteando al hacerlo su silla.

—Georgina Sykes —dijo con voz áspera y olvidando sonreír—, todavía no ha llegado la hora de que tú dirijas esta institución. De mañana en adelante nuestra rutina acostumbrada se cumplirá.

—Esto —dijo Georgina— será materia de discusión entre el doctor Gambit y nosotras, porque no estamos dispuestas a dejarnos intimidar de nuevo por su bestial rutina. Aunque, en cierto modo, la libertad nos ha llegado algo tarde en la vida no estamos dispuestas a renunciar a ella de nuevo. Muchas de nosotras han pasado la existencia con maridos dominantes e impertinentes. Cuando por fin nos libramos de ellos fue sólo para caer bajo la persecución de nuestros hijos e hijas, que no solamente no sentían amor por nosotras, sino que nos consideraban una carga y un objeto de burla y vergüenza. ¿Se imagina usted en sus sueños más locos que una vez que hemos saboreado esta bendita libertad, libre de responsabilidades aunque hambrientas, vamos a dejarnos otra vez llevar y traer por usted, doctor Gambit, y por su casquivana esposa?

Un temblor recorrió a la señora Gambit de pies a cabeza, pero el doctor Gambit habló:

—Vamos a suspender esta discusión por inútil y por estar fuera de tema —dijo el doctor Gambit retirándose rápidamente del salón seguido por la señora Gambit, por Natacha y la señora van Tocht.

Estábamos a punto de retirarnos y de ir a tomar una taza de té azucarado, que pensábamos prepararnos en la bota de Verónica Adams, cuando la criada me dijo que una señora Velásquez me esperaba en el salón. Carmela, naturalmente, y ella fue la razón de que el doctor Gambit cambiara de actitud. Nunca, en todo caso, se me había ocurrido pensar que se dejara apaciguar por un sentimiento de bondad humana. Mirar seis viejas damas muriéndose de hambre no era el tipo de espectáculo que pudiera ablandar al doctor. La señora Gambit, se me ocurrió pensar, lo miraría como un agradable y económico medio de mantener los gastos de la cocina bajos.

Carmela estaba sentada en el salón de visitas envuelta en un abrigo de piel de carnero que lucía maravillosamente cómodo y tibio. —Carmela —exclamé— tú realmente debes tener una visión especial para presentarte exactamente en el momento oportuno, habíamos llegado al final de la provisión de galletas y si la marquesa no se hubiera procurado un poco de té y dos kilos de azúcar, no habríamos comido nada por doce horas.

—Como no supe nada de ti —dijo Carmela— comencé a preocuparme y se me ocurrió un plan brillante. En una corta entrevista que sostuve con el doctor Gambit le dije que mi sobrina escribe para los periódicos. De hecho, ni siquiera sé si sabe escribir, aunque sus tortas son sabrosas. Le dije que ella se estaba interesando mucho en la huelga que se estaba realizando en un Hogar de ancianas y hasta insinué la

causa de la huelga. Además agregué que si las dos indeseables eran sacadas de la institución yo tomaría la cabaña doble y pagaría el doble de lo que ellas pagaban por alojamiento y alimentación. Creo que fue el último punto lo que lo puso de mi parte, sus antojos brillaron de codicia.

—En algunas cosas eres genial —dije, encantada de que Carmela fuera a formar parte de la comunidad—, pero ¿de dónde vas a sacar todo ese dinero?

—Un tesoro enterrado —dijo Carmela misteriosamente—. Encontré un tesoro enterrado bajo las tablas del piso del lavatorio de los sirvientes, en el patio.

No era posible saber si Carmela hablaba en serio o en broma; que un tesoro estuviera enterrado en el lavatorio de los sirvientes no era imposible, pero era algo raro, muy raro en efecto.

—¿Qué clase de tesoros enterrados —pregunté intrigada—, monedas españolas, joyas indígenas o simplemente chorros de diamantes y rubíes?

—Descubrí por error una mina de uranio —dijo Carmela—. ¿No te acuerdas que te decía en mi carta que pensaba construir un pasaje subterráneo desde mi casa hasta la institución? Bueno, comencé a cavar tranquilamente en el lugar más oculto que encontré y descubrí una mina de uranio. Mi sobrina y yo somos millonarias. Creo que voy a comprar algunos caballos finos.

—Realmente, Carmela —dije no sabiendo qué pensar—, las cosas más extraordinarias te suceden a ti; espero que hayas comprado el helicóptero que siempre quisiste tener.

De hecho —dijo Carmela con gran dignidad—, sólo compré un automóvil. Ven a verlo.

Estacionado frente a la entrada principal había un enorme automóvil moderno, de color lila que ya sabía yo que era el color favorito de Carmela. Al volante del coche estaba sentado un chofer chino, vestido con un uniforme negro salpicado de rosas rosadas. Nos saludó, al vernos, respetuosamente. La sorpresa se había apoderado de mí en tal forma que comencé a dudar si los efectos de la huelga de hambre en mí no fueran alucinaciones.

—Mah Jongh —dijo Carmela al chofer—, trae las cajas de sardinas y las cinco docenas de botellas de oporto.

El chofer saltó de su auto como impulsado por resortes y comenzó a sacar un cajón del compartimiento de equipajes, que al ser abierto dejó oír una sardana catalana que era la música preferida de Carmela.

Mah Jongh, el chofer, cargó la lujosa caja llena de cientos de latas de sardinas portuguesas hasta mi cabaña, en tanto que Carmela y yo lo precedíamos en la marcha hacia el faro.

La nieve que había comenzado a caer a mediodía, ligeramente, se había hecho más densa y el jardín se veía blanco.

—Un tiempo fuera de lo común en esta época del año —dijo Carmela—; se creería uno en Suecia. Dicen que si la tierra se desvía de su posición, la nieve de los

polos se derretiría y se formaría en el ecuador, que quedaría en el lugar que ahora están los polos.

Una brillante luz pareció encenderse en mi mente, el acertijo, por supuesto:

“Llevo una gorra blanca en la cabeza y en la cola.
Alrededor del talle mi cinturón es caliente
y voy de un lado a otro aunque no tengo piernas”.

La respuesta, desde luego, era la tierra. ¿Por qué no se me ocurrió antes? Luego me sentí asustada, de pronto, suponiendo que la ilusión de mi madre de que Monte Cario estaba en la línea ecuatorial y que la nieve en Biarritz significaba que la tierra estaba cambiando de posición, fuera en realidad una profecía. El efecto de un cambio semejante sería desastroso para infinidad de habitantes de todo el planeta.

—Cuando regrese, mañana —dijo Carmela—, traeré abrigos de piel de carnero, como el mío, para todas y botas del mismo material; es un milagro que no se hayan muerto de frío.

—No debes gastar toda esa fortuna de un golpe —dije—; sería horrible encontrarte sin nada después de una semana.

—No te preocupes —dijo Carmela—, tengo tantos millones que no podría gastarlos todos ni aun si me lo propusiera. Fíjate que he comprado el salón de té más elegante y lujoso de la ciudad para regalárselo a mi sobrina.

—¿Y por qué no te compras una lujosa residencia en la ciudad en lugar de venirte aquí? —le pregunté—. Aquí no hay ninguna clase de lujos.

—Me gusta tener compañía —replicó Carmela—. Además puedo traer mis lujos aquí, como aquella montaña que fue donde no sé quien, no puedo recordar el nombre.

—No era montaña, era el bosque de Dunsanane y Shakespeare dijo que iba caminando —dije, dudando si mi memoria no me engañaba.

—Bosque o montaña no le hace —dijo Carmela a tiempo que mirábamos como Mah Jongh colocaba cuidadosamente a lo largo de las paredes de la cabaña las botellas de oporto. Puso la preciosa caja de sardinas sobre la mesa.

—¡Hace tanto frío aquí! —exclamó Carmela—. Te dejaré mi abrigo.

—No, por favor —dije—, me harías sentir mal.

—No te preocupes —respondió Carmela—, tengo una piel de oso en el carro.
¡Mah Jongh!

—Sí, señora —dijo el chofer chino.

—Ve y trae la piel de oso que está en el carro, voy a dejar mi abrigo aquí. La señora Leatherby va a pescar una pulmonía si duerme aquí esta noche sin abrigo suficiente.

—Sí, señora —dijo Mah Jongh y se fue en tanto que yo protestaba débilmente. El frío se hacía más y más intenso y parecía aumentar a medida que transcurrían las horas.

—Creo que, en realidad, los polos están cambiando de lugar —dijo Carmela—. Con toda seguridad, se va a presentar una hambruna; mañana temprano iré de compras y te traeré provisiones; muy pronto, con toda seguridad, tendremos que hacer frente a manadas de lobos hambrientos —dijo Carmela que lucía complacida con estos pensamientos—. Naturalmente que los elefantes de Africa y de la India tendrán que cubrirse de largo pelo y convertirse en mamuts de nuevo para sobrevivir al frío. La flora y la fauna tropicales desaparecerán si no pueden adaptarse rápidamente al frío intenso. Me siento de lo más desconsolada por los animales, felizmente la mayoría de ellos tiene pelambre que crecerá rápidamente y los animales carnívoros tendrán abundancia de carne en los cadáveres de la gente que no prevea lo que está viniendo y muera de exposición al frío. Todo se debe a la siniestra bomba atómica de la cual se estaba tan orgulloso.

—¿Quieres decir que estamos entrando en otra era glacial? —pregunté sin sentirme muy contenta.

—Por qué no —replicó Carmela con toda lógica—, si ocurrió antes bien puede ocurrir de nuevo; siento como si se tratara de un acto de justicia poética que todos los horribles gobiernos del planeta se congelen con sus respectivos palacios y parlamentos. Están todo el tiempo sentados frente a un micrófono y hay buenas posibilidades de que se congelen hasta morir. Sería un agradable cambio después de haber estado, desde mil novecientos catorce, enviando a las pobres naciones a morir en una carnicería.

—Es imposible comprender —continuó Carmela— cómo millones y millones de personas obedecen ciegamente a un grupo de caballeros enfermizos que se llaman a sí mismos “Gobierno”. Esta palabra, es lo que creo, les infunde terror y es como una hipnosis colectiva a todo lo largo y lo ancho del planeta.

—Ha estado sucediendo por años —dije— y sólo a muy pocos se les ha ocurrido desobedecer y hacer lo que ellos llaman revoluciones. Si sus revoluciones triunfan, lo que a veces ocurre, crean gobiernos a veces más crueles y estúpidos que los otros.

—Es muy difícil comprender al hombre —dijo Carmela—, esperemos que todos mueran congelados. Estoy segura de que será muy placentero y saludable al ser humano no soportar ninguna autoridad. Tendrán que pensar por sí mismos en lugar de ser siempre instruidos acerca de lo que deben hacer y cómo deben pensar por medio de la propaganda, el cine, el parlamento y la policía.

Para entonces Mah Jongh había llegado con la piel de oso. Carmela me dio su abrigo y se marchó envuelta en la piel, apoyándose en el brazo del chofer chino. Me pareció perfectamente natural.

—Estaré aquí mañana al mediodía —dijo Carmela dándose vuelta—. Haz que esterilicen la cabaña doble, sus vibraciones deben ser de lo más enfermizas después de haber sido habitada por esas dos horribles mujeres.

Carmela desapareció en la noche y yo, confortablemente envuelta en el abrigo, salí en busca de las damas a fin de invitarlas a una pequeña orgía con sardinas y

oportito.

La puerta de la cabaña doble estaba abierta de par en par y la nieve se colaba en los cuartos vacíos. Natacha y la señora van Tocht se habían ido, nunca supimos dónde, y ninguna de nosotras hizo mayor esfuerzo por averiguarlo.

Al amanecer me levanté y miré hacia fuera; continuaba nevando y el jardín, pálido, lucía encantador. Me sorprendió ver varias damas que se dirigían al edificio principal a tan temprana hora; tal vez habían decidido tomar el desayuno en el comedor, ahora que Natacha y la señora van Tocht se habían ido. Era difícil pensar que estuvieran demasiado hambrientas después de haber disfrutado de una real cena de varias latas de sardinas para cada una acompañadas de delicioso oportito. Un banquete, de hecho. De todos modos, después de tantos días de ayuno, era posible que tuvieran apetito. Me vestí lentamente y me puse a pensar en los dos acertijos que me quedaban por resolver.

“Pero nunca me muevo cuando giráis a mi alrededor.
Me siento y os miro sin emitir sonido”.

¿De quién podría tratarse? Si el primer acertijo se refería a la tierra, ¿se refería el segundo quizás al sol? Era una posibilidad, ya que el sol parece moverse, aunque el verso final de la estrofa se refería de nuevo a la transformación en cinturones de las gorras.

“Si os inclináis bastante, vuestras gorras son cinturones.
Nuevas gorras se hacen y las viejas se derriten”.

Era obvio que el cinturón significaba el ecuador y las nuevas gorras se referían a los nuevos polos formados en el viejo ecuador, si esto tenía sentido y no se trataba de un oscurecimiento intencional para hacer más difícil el acertijo, el vigilante sentado que al parecer se mueve pero no lo hace no podría ser el sol. Los polos no tienen que cambiar de sitio con el ecuador para hacer que el sol parezca moverse; en todo caso se mueve.

“Vuestro girar sin piernas parecerá así, torpe.
Al parecer me muevo, pues no. ¿Cómo me llamo?”

¿Cómo, en efecto? ¿Y por qué la tierra, moviéndose, parece torpe? No podía encontrar la solución y me sentí demasiado vieja como para martirizar mi pobre cerebro con acertijos. Sintiéndome un poco mohína, me envolví en el abrigo de piel de carnero y salí de la cabaña. El sol no había salido aún; el amanecer parecía prolongarse más de la cuenta, pero el cielo estaba encapotado y habría ocultado al sol

de todos modos.

La nieve me llegaba casi a las rodillas, pero era polvorosa y seca, debido al intenso frío. Me sentí más bien culpable envuelta en mi abrigo cuando las otras se abrigaban con toda suerte de mantas. Si Carmela no les traía los abrigos, pensé que podíamos hacernos chalecos con la piel del mío, tan grande era, a fin de al menos proteger los bronquios. Los males pulmonares a nuestra edad no eran cosa de broma.

El único lugar en el jardín que dejaba ver algún verdor era un círculo alrededor de las rocas enterradas donde la fuente termal surgía de la tierra. El círculo verde, alrededor de las profundidades calientes, lucía curiosamente antinatural en medio de la nieve. Los Gambit, pensé, debieran haber hecho construir un baño donde nosotras hubiéramos podido bañar nuestras reumáticas coyunturas. El agua sulfurosa era seguramente buena para el reumatismo. Tal vez no querían gastar mucho dinero en una propiedad ajena. El dueño podía haber establecido una bonita estación termal teniendo en su propiedad esa fuente de agua caliente natural.

Tal vez ganara suficiente dinero con su almacén de víveres.

La marquesa me alcanzó y compartimos la protección del abrigo; su cara lucía azul cobalto debido al frío.

—Esto es inexplicable —gritó en mi oreja izquierda.

—Sí, en efecto, nunca había visto un tiempo tan caprichoso en esta época del año —dije y me ajusté la trompetilla la cual ahora llevaba siempre colgada de una cuerda al estilo de Robin Hood.

—¿Capricho?, no —dijo la marquesa—, ¡inexplicable!

—Sí, es realmente inexplicable, aunque espero que los geólogos harán un informe de lo más satisfactorio e incomprensible —contesté—. Tanta nieve por debajo del trópico de Capricornio tiene que ser, por lo menos, fuera de lo común.

—No es sólo la nieve —dijo la marquesa—, sino que son las once de la mañana y el sol no ha salido todavía.

Lo que quedaba de mi ralo cabello gris se puso de punta; el sol no había salido, algo realmente cataclísmico tenía que estar sucediendo; me sentía aterrorizada pero también excitada.

Un fuego había sido encendido en el salón y todas las damas se hallaban congregadas a su alrededor con tazas de café. El fenómeno se discutía con gran animación.

—Espero que las focas emigren hacia acá —estaba diciendo Anna Wertz—, son tan ingeniosas, podríamos enseñarles muchas acrobacias en el jardín y podríamos darles sardinas.

—Si el sol está realmente desapareciendo —dijo Georgina—, la única forma de vida que quedará en el planeta son los casquetes polares y hasta eso llegaría a desaparecer.

Puesto que la preocupación acerca de vestimenta adecuada era un tema de urgencia, propuse que si Carmela no traía los abrigos cortáramos el mío en trozos.

Estuvimos todas de acuerdo en que así, al menos, nuestros bronquios estarían protegidos.

—Pasará algún tiempo antes de que los osos polares nos invadan —seguía diciendo Anna Wertz, cuya mente parecía haberse estancado en los animales árticos—. Los osos polares de gran tamaño podrán resultar enemigos formidables, aunque personalmente opino que todos los animales serían amistosos si no se les tratara tan agresivamente. Uno podía iniciar una bondadosa pero cautelosa actitud hacia ellos, dejándoles, por ejemplo, una escudilla de leche afuera todas las noches o bien un trozo de bacalao salado que les gusta mucho. Pero poco a poco se les podría acariciar y hasta dejarlos dormir dentro de las cabañas, con lo que el calor aumentaría enormemente. Un par de osos polares del tamaño de los caballos de una carreta generarán buena cantidad de calor.

—Hablando de calor —dijo Georgina—, sugiero que pongamos aquí camas de campaña por la noche y mantengamos los fuegos ardiendo pues de otro modo ninguna de nosotras va a contar la historia. Tal vez seamos los últimos sobrevivientes de la tierra.

—El reloj de bronce sobre la chimenea sugirió que ya era mediodía, pero la pálida aurora no se había hecho más brillante y la nieve continuaba cayendo sin cesar. Afuera, los árboles cedían bajo su peso y uno o dos bananeros se habían desgajado.

Anna Wertz fue a la cocina y trajo pan viejo para arrojarle a los pájaros.

—Se sienten ateridos, pobres seres y de repente se han quedado sin nada que comer.

Algunas palomas, gorriones y cuervos caminaban afuera sobre la nieve, escarbando en busca de alimento. En los árboles, algunos pájaros empezaban a cantar y luego se detenían en la duda de que fuera el amanecer o el atardecer. A duras penas habríamos podido saberlo nosotras si no hubiéramos tenido el reloj de bronce.

Georgina había pasado el cerrojo de todas las puertas no fuera a ocurrírsele al doctor Gambit hacernos una visita y protestar por el fuego.

—Si nos llega a venir ahora con sus sermones infames —dijo Georgina— será mejor que lo amarremos y lo amordacemos. No sería difícil, somos seis contra dos.

Había empezado a preocuparme por Carmela que había prometido venir al mediodía. Los caminos debían estar ya todos cubiertos de nieve y podía hacerse muy difícil viajar en automóvil. A lo mejor se quedó en la cama —pensé— creyendo a las once que era el amanecer. Más y más pájaros se aglomeraron en el prado y los más audaces treparon hasta el balcón y comenzaron a picotear los trozos de pan; nos sorprendió ver un tucán y algunos papagallos entre ellos y pájaros del mar como gaviotas y pelícanos y algunas cigüeñas blancas de las que viven en las costas tropicales. Bien pronto estábamos todas frente a la ventana observando el espectáculo.

En la pálida luz que había no era siempre posible distinguir las diversas clases de pájaros, pero los que se aproximaban lo suficiente eran bien visibles contra la

blancura de la nieve.

De pronto, la campana de la puerta principal comenzó a sonar echada al vuelo y los pájaros que estaban situados más cerca de la casa alzaron el vuelo asustados. Fui con Georgina hacia la puerta principal y nos alegró mucho ver la limusina color lila de Carmela estacionada al frente.

—Abran la puerta —dijo Carmela sacando la cabeza por la ventanilla—, tenemos que entrar con el auto al jardín y usar los faros, tal vez no haya electricidad por algún tiempo.

Me di cuenta de que llevaba una peluca nueva que hacía juego con el color del auto, lila. Le iba mejor que la otra, intensamente roja. Georgina y yo, con gran esfuerzo, logramos abrir la maciza puerta doble que sin duda alguna había estado cerrada desde que don Alvaro de la Selva había muerto. Mah Jongh condujo el coche hasta el patio y allí comenzó a deslizarse y se detuvo; la nieve era demasiado profunda como para poder llegar hasta el jardín.

—Está bien allí —le dije a Georgina— ya que nos hemos apoderado del salón y no dejaremos que entren los Gambit a menos, naturalmente, que vengan en son de paz.

—Excelente —dijo Carmela—, si nos congregamos en un solo lugar será más fácil economizar combustible.

Mah Jongh había abierto el compartimento del equipaje que emitía sardanas catalanas. El interior del coche estaba atestado hasta el techo de abrigo de piel de carnero, botas del mismo material con la lana hacia adentro, lámparas de petróleo, petróleo, paraguas, gorras, chaquetas, tastos con plantas de flores y doce nerviosos gatos entre los que reconocí los míos con inmenso placer.

Todos los gatos saltaron fuera del auto cuando Carmela abrió la puerta y corrieron gruñendo furiosos en todas direcciones.

—Pronto se calmarán y entrarán en la casa —dijo Carmela—; tuve la precaución de coser un poco de bacalao seco en mi abrigo de modo que podrán encontrarme fácilmente por el olor, no se extraviarán.

En tanto que Mah Jongh cargaba las cosas dentro de la casa, Carmela marcaba cada cosa en una larga lista que llevaba.

—Esporas de hongos. Frijoles, lentejas, arvejas secas y arroz. Semillas de grama, galletas, pescado enlatado, vinos dulces diversos, azúcar, chocolate, mazapán, comida para gatos enlatada, crema facial, té, café, gabinete de primeros auxilios, harina, pastillas de violeta, sopa enlatada, saco de trigo, canasta de tejer, un pico, tabaco, cacao, esmalte para uñas, etc., etc. Había suficientes provisiones para resistir un sitio.

—Tan pronto como se aclare el cielo, usaremos el planisferio —dijo Carmela— y así sabremos exactamente lo que está sucediendo. Hace algunos meses hice amistad con un estudiante de astronomía y me explicó con exactitud cómo se usa.

—Podieras tener razón acerca del cambio de los polos —le dije a Carmela pensando en los extraños acertijos que Christabel me había dado a resolver—; el sol

no ha salido desde ayer por la mañana.

—Es sorprendente lo amistosa que se vuelve la gente cuando uno tiene dinero —dijo Carmela reflexionando en voz alta—; el astrónomo quería casarse conmigo, pero él sólo tiene veintidós años y, a decir verdad, no tengo ningún deseo de casarme otra vez.

Almacenamos todas las provisiones en el salón que se sentía entonces de lo más tibio, pero la provisión de leña que los Gambit habían depositado allí no era muy grande y era dudoso que alcanzara para otro día u otra noche. No había carbón porque fuegos de leña habían sido siempre suficientes para mantener el recinto caldeado.

Carmela distribuyó los abrigos de piel de carnero, las botas, medias de lana y gorras. Parecíamos una banda de exploradores polares que hubieran permanecido extraviados por medio siglo en el círculo ártico.

—Mah Jongh se ocupará de la cocina —dijo Carmela—, es un excelente cocinero y muy económico además.

—¿Y la señora Gambit? —preguntó Georgina—. Ella defendería la cocina con su propia vida.

—Veremos —dijo Carmela—, tal vez le agrade viendo que le aliviemos el trabajo.

Así que nos instalamos en el salón; la noche comenzó a eso de las cuatro de la tarde y la nieve dejó de caer.

Poco a poco las nubes se despejaron y nos dejaron ver un magnífico cielo, claro y estrellado. Carmela desempacó el planisferio y nos fuimos todas al jardín a examinar las estrellas y tratar de explicarnos el curioso comportamiento del clima y el sol. El planisferio era un disco de cartulina con un mapa de las estrellas vistas desde el lugar del globo que habitamos, sobre la cual giraba un disco de material plástico que ocultaba las estrellas que era invisible desde nuestro triángulo de mira, revelando sólo lo que podíamos ver. Había alrededor de la circunferencia, que debía corresponder a las estrellas, una complicado proceso de horas y meses. En el centro del disco había un agujero.

Carmela manipuló el disco eficientemente, encontrando rápidamente la hora y la fecha. —La estrella polar tiene que aparecer en el centro del disco —nos dijo—; así es como uno encuentra las posiciones de los otros cuerpos celestes, los cuales están siempre moviéndose.

—La estrella polar parecería moverse sólo si los polos de la tierra se desplazaran lo suficiente como para cambiar su posición magnética —agregó Carmela.

Una voz dentro de mí, que no parecía ser la mía, cantó:

“Pero nunca me muevo cuando giráis a mi alrededor.

Me siento y os miro sin emitir sonido.

Si os inclináis bastante, vuestras gorras son cinturones.

Nuevas gorras se hacen y las viejas se derriten.
Vuestro girar sin piernas parecerá así, torpe.
Al parecer me nuevo, pues no. ¿Cómo me llamo?”

¡La estrella polar, desde luego! Sin el planisferio jamás habría pensado en ella, aunque cuando compramos el planisferio recuerdo que nos dijeron que el centro tenía que ser colocado en la estrella polar para poder encontrar las otras constelaciones.

Carmela estaba examinando el disco a la luz de una antorcha, pero ninguna de las otras constelaciones parecía estar en el lugar correcto.

Relámpagos pálidos, de lo más curiosos, iluminaban ocasionalmente el cielo, pero no soplaban ni la más leve brisa. Sin embargo, los árboles se balanceaban contra el cielo. Los árboles se agitaron violentamente como si un viento fuerte los empujara, pero el aire frío no se agitó en lo más mínimo. Grietas aparecieron en la nieve; la casa crujió como si tuviera algún dolor y escuchamos el ruido de los objetos precipitándose al suelo.

—¡Un terremoto! —gritó Georgina aferrándose a Verónica Adams para no caerse—. ¡Cielos, miren la torre!

Esa parte del edificio apareció de repente al rojo vivo como si le hubieran dado fuego y la torre de piedra se movía de lado a lado hasta que el aire fue rasgado por el sonido del colapso de los muros que se abrieron como la cáscara de un huevo roto. Una lengua de fuego se escapó de las grietas como una lanza y una criatura alada, que podría haber sido un pájaro, surgió de la abertura. Mientras se detuvo un instante al borde de la torre destruida, pudimos contemplar una extraordinaria criatura que brillaba con una luz que parecía emerger de su cuerpo, que era el de un ser humano cubierto de plumas resplandeciente y sin brazos; grandes alas salían de sus costados y se agitaban, listas para alzar el vuelo. Luego, con una larga y taladrante carcajada se lanzó al aire y voló hacia el norte hasta perderse de vista.

“Una vez en la vida de un monte o de una roca
vuelo cual un pájaro y pájaro no soy”.

¡Sephir! ¿Pero quién era la madre de tal hijo?

Vi que Christabel estaba mirándome y sonreía en forma curiosa. Sin vacilar le dije: —La tierra es la respuesta para el primer acertijo, la estrella polar para el segundo y Sephir para el tercero, aunque el nombre de su madre no lo sé.

Christabel rió con una risa seca y vi que nadie me había oído excepto ella, pues las otras estaban con la mirada fija en Sephire que con sus seis alas parecía haber emprendido un vuelo hacia las estrellas.

—Sígueme —dijo Christabel— y sabrás quien es la madre de Sephir que ha escapado para sembrar el pánico entre las naciones; los vigilantes que dormían

despertarán ahora.

“Y por encima de tus tierras yo volaré de nuevo.

¿Quién es mi madre? ¿Cuál es mi nombre?”.

Nos alejamos del grupo que seguía mirando el cielo y nos dirigimos hacia la torre. Todo había vuelto a la calma y el cielo se cubría de nubes como preparándose para más nevadas. Bocanadas de humo salían de la grieta más grande a medida que nos aproximábamos y se me ocurrió que podía estar ardiendo.

Entramos por la puerta, cuyas hojas se habían salido de sus goznes debido a la sacudida; un fuerte olor a azufre flotaba en el aire.

—¿Hacia arriba o hacia abajo? —preguntó Christabel cuando nos encontramos dentro. Había una escalera que conducía a lo alto de la torre. Parte de los escalones se habían derrumbado y a través de la gran grieta de la pared podíamos ver el cielo donde las nubes estaban congregándose. A nuestros pies había una abertura donde una escalinata se perdía en la negrura, hacia abajo. Un viento cálido que venía del subterráneo nos abanicó la cara.

—¿Hacia arriba o hacia abajo?

Antes de dar una respuesta me incliné y traté de mirar en la negrura, pero no podía verse nada.

Luego volví los ojos hacia arriba y pude ver algunas estrellas muy brillantes por entre las nubes, lucían inmensamente lejanas y frías.

—Hacia abajo —dije al fin atraída por el viento cálido que soplaba desde la profunda tierra. Me sentía helada hasta los huesos y aunque tenía miedo, como si fuera a precipitarme dentro de un crematorio, no dudé que fuera esto mejor que congelarme hasta morir en lo alto de la torre.

Me habría devuelto, pero la curiosidad y el frío fueron más fuertes que el miedo.

—Debes bajar sola —dijo Christabel y antes de que yo pudiera decir palabra ya había desaparecido en la noche.

Si la temperatura no hubiera sido tan baja, aun entonces me habría devuelto; estaba llena de terror. A tal momento un viento helado sopló por debajo de mi abrigo y eso me hizo comenzar a bajar los escalones de piedra muy lentamente.

A pesar de que los escalones eran más bien amplios tenía gran temor de caerme; era tan oscuro que no podía ni siquiera ver mi propia mano. Tanteando con la mano en la oscuridad toqué la pared y apoyándome en ella pude seguir descendiendo.

Por cierto tiempo los escalones guiaban hacia abajo hasta que llegué a un recodo donde la pared era redonda y suave, como si muchísimas manos la hubieran sobado, tal como yo lo hacía con mi propia mano.

Cuando di la vuelta a la curva de la escalera con gran cuidado, la oscuridad se despejó con una luminosidad intermitente como la de una fogata. Cuando había bajado unos veinte escalones más, el piso se emparejó hasta convertirse en una larga galería que daba a una cámara grande y circular cavada en la roca. Columnas gruesas y pesadas soportaban un techo abovedado débilmente iluminado por el fuego que

ardía en el centro del recinto. Este fuego parecía arder sin necesidad de combustible alguno; surgía directamente de una cavidad en el piso de roca. Al lado del fuego estaba sentada una mujer que agitaba el contenido de un gran caldero de hierro. Su aspecto me pareció familiar, aunque no podía ver su rostro. Algo en sus vestiduras y la forma de inclinar la cabeza me hizo sentir que la había visto antes, más de una vez.

Al final de la galería, una escalinata conducía hasta la gran cámara redonda. Cuando llegué al último de los escalones, pude sentir un fuerte olor a azufre; la caverna era tan caliente como una cocina.

Al acercarme al fuego, la mujer paró de agitar el caldero de hierro y se puso de pie para saludarme. Cuando nos vimos las caras, mi corazón dio un salto y pareció detenerse; la mujer que estaba parada frente a mí era yo misma.

A decir verdad, no estaba tan doblada como yo y así lucía de mayor estatura. Podría ser cien años más vieja o más joven porque carecía de edad.

Sus rasgos eran idénticos a los míos, pero su expresión era algo más alegre e inteligente, sus ojos no lucían ni atormentados ni inyectados de sangre y su apariencia general era de un gran aplomo.

—Te tomó largo tiempo llegar aquí, temía que nunca vinieras —dijo ella y yo sólo pude farfullar y asentir, a tiempo que sentía mi edad pesar sobre mí como un saco de piedras.

—¿Qué lugar es éste? —acerté a preguntar, temblando y sintiendo que mis rodillas iban a doblarse y ceder al peso de mi cuerpo.

—Este es el infierno —dijo ella con una sonrisa y agregó—: Pero el infierno es sólo una forma de decir las cosas. Este es, en realidad, el vientre del mundo, de donde todas las cosas salen.

Se detuvo y me miró inquisitivamente. Podía darme cuenta de que ella esperaba que yo le hiciera alguna pregunta, pero mi mente se sentía tan torpe como un lote de carne congelada. Una pregunta me vino a la mente y la convertí en palabras aunque me parecía de lo más absurda: —¿Con quién me hubiera encontrado si hubiera ido a lo alto de la torre?

Ella se echó a reír y escuché mi propia risa aunque yo nunca hubiera podido reirme tan alegremente.

—¿Quién lo sabe? —dijo ella—. Tal vez montones de ángeles tocando la lira o tal vez Santa Claus.

Las preguntas comenzaron a formarse en mi mente, cada nueva pregunta me parecía más tonta que la otra.

—¿Cuál de nosotras dos es realmente yo? —pregunté al fin.

—Eso es lo primero que debes decidir —contestó ella—, cuando lo hayas hecho te diré lo que tienes que hacer.

—¿Cómo podría hacerlo? —dije con una voz quejumbrosa.

—¿Te gustaría entonces que lo decidiera yo? —me preguntó ella.

Pensé que lucía tanto más inteligente que yo, de modo que repliqué gruñendo: —

Sí señora, tenga la bondad de decidir, mi cabeza hoy está más oscura que de costumbre.

Ella me miró de arriba a abajo, de la cabeza a los pies y luego de los pies a la cabeza con ojos críticos, según me pareció. Finalmente dijo, como hablando consigo misma: —Vieja como Moisés, fea como Seth, áspera como una bota y con menos sentido común que una escoba. La carne, sin embargo, está escasa.

—¿¡Qué!?! —exclamé en la esperanza de no haber comprendido. Ella meneó la cabeza gravemente y señalando el caldero de hierro, con la enorme cuchara de madera, dijo: —Salta dentro de la sopa, la carne está escasa este año.

Miré horrorizada y en silencio vi cómo ella pelaba una zanahoria y dos cebollas y las arrojaba dentro de la olla hirviente. Nunca tuve la pretensión de alcanzar una muerte gloriosa, pero terminar así, en un caldo de carne, nunca entró en mis planes. Había algo escalofriantemente siniestro en la forma desenfadada en que ella pelaba los vegetales que iban a darle mejor sabor al jugo de mi carne.

Luego, afilando el cuchillo en las rocas del piso, se acercó a mí sonriendo amistosamente.

—¿No estarás asustada? —dijo—. ¿Por qué estarlo? Sólo durará un instante y después de todo se trata de tu propia decisión. Nadie te mandó a venir aquí. ¿Acaso te mandaron?

Traté de negarme y alejarme a un tiempo, pero mis rodillas temblaban de tal manera que en lugar de dirigirme a la escalera me movía como un cangrejo y me acercaba más y más hacia el caldero. Cuando me encontraba a su alcance, me clavó el cuchillo en el costado, y con un grito de dolor salté dentro de la sopa hirviente y me contraje en un momento de intensa agonía con mis dos compañeras de desgracia: una zanahoria y dos cebollas.

Un poderoso retumbar, seguido por sonidos de truenos, se escuchó y allí estaba yo de pie frente al caldero agitando la sopa dentro de la cual podía ver mi propia carne, con los pies en alto, hirviendo alegremente como cualquier trozo de buey. Añadí un poco de sal y algunos pimientos y luego me serví una ración en mi plato de granito. La sopa no podía compararse a una *bouillabaise* pero sabía bien, igual que un cocido corriente sin mayores pretensiones y muy apropiada para el tiempo frío.

Desde un punto de vista especulativo tan solo, dudaba de cuál de las dos era yo. Sabiendo que en algún lugar de la caverna yo tenía un trozo de obsidiana, me puse a buscarlo para utilizarlo como un espejo. Sí, allí estaba colgando en su lugar habitual junto al nido de los murciélagos. Miré en el espejo y lo primero que vi fue la cara de la abadesa de Santa Bárbara del Tártaro haciéndome una mueca sardónica; luego se esfumó la imagen y vi la abeja reina con los enormes ojos y las antenas que guiñaba y luego se transformaba en mi propia cara que lucía en cierto modo menos deteriorada por el tiempo, debido seguramente a la superficie oscura de la obsidiana.

Manteniendo el espejo tan alejado como me permitía el brazo, me parecía ver a una mujer con tres rostros cuyos ojos hacían guiños alternativamente. Una de las

caras era negra, otra roja y la otra blanca y pertenecían a la abadesa, a la abeja reina y a mí misma. Esto, desde luego, podía ser una ilusión óptica. Me sentí muy bien y reconfortada después de tomar el caldo caliente y, en cierto modo, aliviada profundamente, tal como me sentía en el pasado cuando me sacaron el último de mis dientes. Acomodándome el abrigo de piel de carnero subí los escalones de piedra silbando *Annie Laurie*, una canción que me parecía olvidada mucho tiempo atrás.

Siglos parecían haber pasado desde que alguien había hollado por primera vez estas escalinatas y ahora yo subía hacia el mundo superior sintiéndome tan vivaz como un macho cabrío montañés. La oscuridad no me parecía ya una trampa mortal que podía, en cualquier momento, lanzarme a la muerte.

Cosa rara, podía ver a través de la oscuridad como un gato y me sentía parte de la noche como cualquier otra sombra.

Fuera, la nieve caía otra vez abundantemente y esparcía su blancura sobre el malhadado instituto. La base se había venido al suelo y quedaban en pie sólo dos paredes dominando el montón de escombros. El edificio debía haberse desplomado al segundo terremoto que siguió de cerca al primero. Contemplé las ruinas tranquilamente.

Mis compañeras habían encendido un gran fuego en el prado cubierto de nieve, alrededor del cual bailaban al son del tambor tam-tam de Christabel. Me pareció una buena y práctica manera de mantenerme en calor. Los Gambit debían haber quedado enterrados en alguna parte bajo las ruinas. Nada se movía donde las pilas de escombros, la piedra y el mortero estaban delicadamente adornados con nieve.

Sintiéndome relajada y misteriosa me uní a mis compañeras en la danza alrededor del fuego. Era imposible imaginarse la hora, ya que el día y la noche se confundían ahora que el sol no salía más.

—¿Te gustó la sopa? —me gritó Christabel a tiempo que hacía sonar su tambor, y las otras la corearon: —¿Te gustó la sopa?

Entonces supe que todas ellas sabían lo que había ocurrido en la caverna, debajo de la torre. Nos sentíamos acaloradas y paramos de danzar a fin de recobrar el aliento.

—¿Cómo saben que bebí el caldo? —les pregunté y todas echaron a reír.

—Tú fuiste la última en bajar a la caverna —dijo Christabel—. Todas nosotras hemos estado en las profundidades. ¿Con quién te encontraste?

Estas eran preguntas rituales y comprendí que debía decir la verdad.

—Me encontré conmigo misma —dije.

—¿Y con quién más? —preguntó Christabel en tanto que mis compañeras batían palmas rítmicamente.

—Con la abadesa de Santa Bárbara del Tártaro y con la abeja reina —contesté, y luego con curiosidad pregunté: —¿Con quién se encontraron ustedes?

—Con nosotras mismas, con la abadesa de Santa Bárbara del Tártaro y con la abeja reina —contestaron todas a una.

Entonces me uní a sus risas y nos pusimos de nuevo a danzar al son del tambor

tam-tam.

Nadie podría decir cuánto tiempo pasó antes de que el sol saliera otra vez, pero salió al fin. Era una luz pálida y blanca cercana al horizonte de un mundo transformado por la nieve y el hielo.

Como resultado del terremoto, ruinas blancas se veían por doquier y en todo el paisaje visible ni una sola casa se mantuvo en pie y muchísimos árboles habían sido arrancados de cuajo. Mah Jongh, el chofer de Carmela, había sobrevivido al terremoto refugiándose en el auto color violeta que había solamente sufrido daños en la máquina. Nerviosos, los gatos salieron de todos lados, pero la docena estaba completa y sin recibir lesiones. Todas nos dedicamos durante las horas de luz solar a buscar entre las ruinas de las casas todo el alimento que pudiéramos encontrar.

Era natural que lo transportáramos todo a la caverna que se mantenía caliente con el fuego que brotaba de las rocas. Christabel nos explicó que éste era gas natural y se consumía eternamente. La fuente termal que brotaba en el jardín tenía sus orígenes en las rocas debajo de la torre.

No quedaban señales de sopa alguna, sólo había cerca del fuego un caldero viejo de hierro. Una placa hexagonal de obsidiana pulida colgaba de la pared y todas sabíamos que servía de espejo.

Los días y las noches se distribuían irregularmente ya que el sol nunca alcanzaba el zenit sino que al mediodía se ponía. La tierra parecía cojear alrededor de su órbita tratando de encontrar un equilibrio dentro del nuevo orden.

No nos tomó mucho tiempo instalarnos confortablemente en la caverna acompañadas por doce gatos y Mah Jongh, que ahora no hablaba más que chino. Disponíamos de cierta cantidad de alimentos, aunque muchas de las cajas no habían podido ser rescatadas de debajo de las ruinas del edificio. Algunos sacos de lentejas y trigo, esporas de hongos y mazapanes aplastados constituían más o menos el total de nuestras vituallas.

La *limusina* color violeta no podía repararse y no habría sido de mayor utilidad en medio de toda aquella nieve. A menudo salíamos de la caverna, pero aunque había muchos pájaros y otros animales en la región no se veían trazas de seres humanos. Venados y pumas y hasta monos habían bajado de las montañas y vagaban por los alrededores en busca de alimento. No contemplamos la posibilidad de cazarlos pues la nueva edad glacial no debía iniciarse con la matanza de las criaturas hermanas.

Mah Jongh llevó tierra hasta la caverna, que sacó de las inmediaciones de la fuente termal donde la nieve era suave y no se había congelado como por todas partes. Hicimos un gran jardín de hongos que prosperaban mucho en esa abundancia de humedad y calor. De allí obteníamos la base de nuestra alimentación. Reservamos una sección para recolectar esporas, de modo que la producción no decayera. De vez en cuando plantábamos trigo que nos comíamos al germinar ya que sin el sol era imposible que prosperara y se multiplicara. Un día vimos unas cabras pastando alrededor de la fuente termal donde algunas malezas crecían por sobre la nieve.

Esta feliz ocurrencia proveyó a los gatos y a nosotros de leche fresca. Arrancamos ramas de los árboles para proporcionar forraje a las cabras y se nos unieron en la caverna de donde emergían ocasionalmente para buscar alimento.

Cada vez que el sol salía íbamos a las ruinas en busca de alimentos y ocasionalmente tuvimos la suerte de encontrar algunas latas de sardinas medio aplastadas y algunos puñados de arroz.

Una madrugada, ya no usábamos la palabra día, me ocupaba escarbando algunos terrones congelados que semejaban un mueble, cuando tuve una extraña visión que asustó una bandada de cuervos que se hallaban en la pared que había quedado de pie del lado este.

Caminando por lo que quedaba de lo que una vez había sido una carretera, venía el cartero y llevaba el acostumbrado bolsón de cartas; lo único fuera de lo común en su atuendo era una guitarra que le colgaba a la espalda y un par de esquíes.

—Buenos días —dijo el cartero—, tengo alguna correspondencia dirigida aquí.

Me entregó una tarjeta postal donde se veían unas arcadas de mármol y unos guardias. En este extraordinario documento podía leerse el siguiente mensaje:

“Todos en buena salud a pesar del tiempo frío. Patinadores en el canal. ¡Qué estupenda vista! La señora y yo vimos una partida de Hockey sobre hielo desde los acantilados de Dover. Esperamos que todos estén en buena salud”.

Sentimientos respetuosos, Margrave.

—Claro está —dijo el cartero— que la correspondencia no llega tan rápidamente como en el pasado. Tuve que repartir una gran cantidad de cartas llegadas de Inglaterra. Tengo que hacerlo a pie y más a menudo esquiando.

—¿Quedan muchos sobrevivientes? —pregunté.

—No muchos —dijo el cartero—. La mayoría de las grandes ciudades han sido invadidas por los abominables hombres y mujeres de la nieve. No hacen daño alguno, van por allí buscando el alimento, como todo el mundo.

—Baje y beba una taza de leche caliente —le dije al carrero—. Nos gustará mucho saber cómo están las cosas. Hace mucho que no hemos visto otros seres humanos.

—No sé si debería hacerlo —dijo el cartero cuando me seguía, frotándose las manos.

En la caverna, Anna Wertz estaba cocinando unos hongos en leche de cabra, en tanto que Georgina y Verónica Adams estaban haciendo una rueca para hilar lana de cabra. Pronto se nos unieron Carmela, la marquesa, Christabel y Mah Jongh que habían hecho una excursión en busca de alimentos sepultados. Habían encontrado algunas zanahorias y heno congelado que constituía un útil forraje para las cabras.

—Me llamo Taliessin —dijo el cartero— y he estado llevando mensajes toda mi vida, la cual ha sido realmente larga.

Anna Wertz le dio una taza de hongos y leche y él se colocó cerca del fuego y comenzó su relato.

—Todas las naciones y los mares fueron sacudidos por terremotos tan violentos que nada ha quedado en pie; ni una casa, ni un castillo, ni una cabaña y ni siquiera un templo. Todo tuvo lugar después de días de nieve y profunda oscuridad. En algunas regiones hubo violentos aguaceros y truenos. La lluvia se congelaba a medida que caía de lo alto, y lanzas de lluvia, altas como un rescacielo, se veían erectas y tiesas por encima de la nieve. Era una extraña visión. Manadas de animales salvajes y domésticos galopaban por las calles de las ciudades lanzando los gritos que les son propios y buscando refugio de los temblores y el terrible frío. En algunos lugares, el fuego brotó desde el interior de la tierra y extraordinarias visiones se presentaron en los cielos. La mayoría de las personas sobrevivientes fueron dominadas por el pánico y la sorpresa, aunque muchos se mostraron valerosos y tenaces y trataron de salvar los millones de seres que quedaron atrapados vivos bajo los escombros de las ciudades.

Escenas de terror prevalecían en las áreas densamente pobladas.

—¿Qué ocurrió con el santo Graal? —preguntó Christabel.

—En Irlanda —contestó Taliessin—, el terremoto fue de tal violencia en la costa oeste que el aire se llenó de rocas volantes, algunas lanzadas a varios kilómetros de altura. Surgieron volcanes en seiscientas diferentes partes de la tierra y la nieve y la lava mezcladas se precipitaron en torrentes arrastrando por igual hombres y bestias. Lluvias de topos, ratones y pajaritos muertos cayeron sobre los techos y cubrieron las calles y los campos con una capa de un metro de profundidad. Durante todas estas cataclísmicas convulsiones, la fortaleza de los templarios se partió en dos.

El recinto de Connor se elevó por los cielos como si hubiera sido una cometa. La bóveda del arcano se rajó y el santo Graal voló por los aires junto con el resto.

El vaso sagrado aterrizó intacto en el techo de la morada semidestruida de unos campesinos. De allí fue recuperado por la mujer de un labriego que la puso en un cofre de madera y la llevó a la parroquia donde el cura párroco, que había sido uno de los sobrevivientes del cataclismo. El cura, un tal Padre O'Grady, creyendo que el vaso sagrado fuera un cáliz de los usados en la iglesia, por alguna razón caprichosamente diseñado, lo llevó a Dublin donde diversos obispos y algunos jesuitas se habían refugiado en una cava de vinos. La explosión que había demolido el recinto de Connor había momentáneamente dispersado los poderes que siempre habían estado concentrados alrededor del vaso sagrado en recintos cerrados; tratándose ésta de una ley mágica verdadera para todos los objetos provistos de una carga mágica. El Graal fue, en consecuencia, desecrado en manos de los clérigos con impunidad; colocado en una caja con paja y discutido como si se tratara de una antigüedad cualquiera. Sin embargo, entre los jesuitas se encontraba un hombre instruido llamado Rupert Traffix que reconoció los curiosos diseños del Graal y sus sospechas se convirtieron en convicción cuando se enteró, por medio de O'Grady, que el vaso había sido encontrado dentro de los linderos del recinto de Connor. La torre era conocida, entre ciertos estudiosos, como la antigua morada de los caballeros

templarios.

Cuando la oscuridad se disipó gracias al sol de mediodía, que brilló sobre las Islas Británicas por veinticuatro horas seguidas, el jesuita huyó a Inglaterra con el santo Graal. Esto no fue difícil de realizar ya que los obispos y los jesuitas que quedaban habían ingerido tanto vino y ningún alimento que se hallaban tirados por el suelo estupefactos y ebrios. Yo estaba en la región del recinto de Connor durante la explosión y seguí al santo Graal hasta Dublin y después hasta Inglaterra.

Bajo el Banco de Inglaterra, la profunda bóveda servía de refugio a una serie de personas poderosas, tales como estadistas, hombres de negocios ricos, generales y, por supuesto, dignatarios religiosos. Durante la última guerra atómica una ciudad subterránea fue construida para protección de las vidas consideradas preciosas por el gobierno. La existencia de esta ciudad subterránea fue, desde luego, mantenida en secreto para evitar que fuera invadida por bandas de gente dominadas por el terror. Esta ciudad era, por lo tanto, el destino del jesuita Rupert Traffix y hacia allí se dirigió con el Graal robado.

En los alrededores de Hampstead Heath existe una caverna usada por un grupo de brujas que allí, en secreto, ejecutan sus ceremonias a fin de no ser molestadas por la ley.

Desde la más remota antigüedad, las brujas han danzado en esta caverna en tiempo de guerra y persecuciones. Yo mismo, más de una vez, cuando he sido perseguido, he ido a ocultarme allí con las brujas y fui siempre recibido con cortesía y bondad. Como ustedes sin duda ya lo saben, mi misión a través de las edades ha sido llevar noticias no censuradas a la gente sin distinción de rango o posición. Esto me ha hecho impopular ante las autoridades constituidas a lo largo y ancho de todo el planeta. Mi objetivo es ayudar a los seres humanos y descubrir que viven en un estado de esclavitud y de explotación inmoral de parte de seres hambrientos de poder.

En consecuencia, cuando llegué a Londres me refugié de inmediato en la caverna de Hampstead Heath en medio de las brujas. Me enteré entonces de que había un pasaje que comunicaba con la ciudad subterránea construida bajo el Banco de Inglaterra.

Se produjo una gran Excitación en la asamblea de las brujas cuando les informé que el santo Graal había sido traído a Inglaterra y planeamos diversas maneras de recuperarlo. Como bien lo saben, la Gran Madre no regresará al planeta hasta que el vaso le sea restituido lleno de Pneuma y se halle bajo la custodia de su consorte, el dios Cornudo.

Aunque hicimos ingeniosos planes para recuperar el santo Graal no nos fue posible acercárnosle. Falsamente, nuestros espías nos informaron que el vaso había salido de Inglaterra bajo la vigilancia de un grupo de policías vestidos de paisanos y de Rupert Traffix, el jesuita. También nos enteramos que el destino del santo Graal era este altiplano ya que se había sabido que los terremotos y las erupciones volcánicas habían sido más suaves en esta parte del continente americano. Los

votarios del Dios Padre Vengativo estaban naturalmente decididos a conservar el santo Graal en su posesión y un reducido número de iniciados conocía el poder mágico del vaso. Estos iniciados especiales sabían muy bien que su poder hipnótico sobre la humanidad no podía ser mantenido si la Gran Madre entraba de nuevo en posesión del santo Graal. Entre estos iniciados se hallaba Rupert Traffix.

Todo lo que les he referido explica la razón de que me encuentre aquí, todavía a la búsqueda del Santo Graal.

Se produjo un corto silencio ante estas importantes noticias y Anna Wertz llenó de nuevo las tazas con hongos cocidos en leche de cabra.

—Tenemos que planear de inmediato cómo recuperar el vaso y restituirlo a la Diosa —dijo Christabel—. Su vuelo al terminar la última guerra atómica fue el último clavo en el ataúd de esta generación. Si el planeta ha de sobrevivir, y la vida ha de ser mantenida Ella debe ser inducida a regresar para que la buena voluntad y el amor puedan prevalecer en el mundo.

—En la ciudad, a unas pocas millas de distancia —dijo Taliessin—, se halla el vaso. Los votarios del Dios Padre de la Ira que sobrevivieron ya conocen su presencia en el país y seguramente comenzarán a llegar tratando de salvar los restos de su sacrilega y diabólica religión”.

—¡Que la abeja reina llene el vaso con Pneuma! —dijo Christabel fervorosamente.

—En Europa, el León finalmente ha dominado todos los países y el Unicornio apesadumbrado ha volado a Sirio —dijo Taliessin misteriosamente y sus palabras hicieron helarse la sangre en nuestras venas.

—¡El Unicornio se ha ido! —exclamó Christabel con horror pues ella era la única que por el momento podía entender todo el significado de esta terrible noticia; Taliessin inclinó la cabeza y replicó:

—¡Abominación y desolación sobre la humanidad!

—¿Cómo pudiéramos recuperar el santo Graal? —se preguntó Georgina en alta voz mientras caminaba de un lado para otro nerviosamente—. ¡Tiene que estar muy bien custodiado!

—Prepararemos brebajes y haremos abluciones para invocar la inspiración de la santa Hékate —dijo Christabel— tenemos que encontrar estramonio, almizcle y verbena para preparar un poderoso bebedizo después de las abluciones de rigor. En alguna parte, en la ciudad, debe haber alguna droguería. Taliessin y Mah Jongh deben salir después que oscurezca a buscar los ingredientes.

Todas estuvimos de acuerdo con este plan, ya que una invocación de la diosa era la única posibilidad de averiguar como podíamos ponernos en posesión del Santo Graal.

Taliessin y Mah Jongh tomaron las herramientas de la distraída limusina y se dirigieron hacia la ciudad. Una luna pálida, en creciente, se mostró entre las nubes que se estaban reuniendo otra vez como para desencadenar una nueva tempestad de

nieve.

Mientras Christabel estaba practicando algunas abluciones preliminares a la invocación de la diosa, se hizo evidente que una súbita agitación había hecho presa de las cabras. Se dirigieron hacia el rincón más oscuro de la caverna y comenzaron a balar lastimeramente. A lo lejos se pudo oír el aullido, al parecer, de una gran manada de perros.

—Los pobres —dijo Anna Wertz— deben estar muertos de hambre.

—Deberíamos darles algo de comer —agregó Anna— y se puso a preparar un cocido de arroz, leche y añadió algunas sardinas para darle sabor.

Cuando la comida estuvo lista, Anna Wertz y la marquesa llevaron el caldero hacia el exterior. El aullido se sentía ahora más cerca y había un tono en el coro canino que me sacudió por su carácter anormal. Cuando Anna y la marquesa regresaron el caldero estaba vacío.

—Pobres —dijo Anna—. Nunca había visto tal cantidad de perros hambrientos y agitados. Todos parecen ser perros lobos pero no pude lograr que se dejaran tocar; cayeron sobre la comida como si hubieran estado sin comer durante meses. Realmente es una vergüenza la manera cómo algunas personas descuidan sus animales. Todos piensan solamente en salvar su propio pellejo y dejan que sus fieles perros vaguen por allí muertos de hambre.

En tanto que Anna Wertz hablaba, todas teníamos la mirada fija al pie de la escalinata; Anna había sido seguida por uno de los perros. Un perro macho enorme de color gris, tipo aisadano, con ojos nerviosos y móviles. Me levanté y me le acerqué a la enorme bestia, pero ésta se hizo a un lado de modo arisco y un horrible lamento partió de la manada de cabras. Este no era en realidad un perro sino un enorme lobo de los bosques.

Evidentemente, el lobo era el cabecilla de la manada y, más valeroso que los demás, se había aventurado dentro de la caverna desde cuyo interior se escapaba seguramente el succulento olor de las cabras y la comida. Le arrojamos porciones de pescado seco que se comió ávidamente sin dejar de vigilarnos con ojos desconfiados.

—Su gentileza podría ponerle los cabellos de punta a cualquiera —dijo Georgina que se había colocado del lado más apartado del fuego perpetuo de la caverna—. Podría sin duda abrirle el cuello a una en un segundo.

Anna siguió aproximándose peligrosamente al lobo como si sintiera deseos de ser mordida ¡Pobrecito! —dijo— ¡Te han casi dejado morir de hambre! ¡Qué manera tan vergonzosa de tratar a los perros; después de todo los seres humanos no son mejores que los perros. Uno no puede encontrar comprensión sino en los perros!

Nadie podría haber convencido a Anna Wertz que éste no era un perro sino una bestia salvaje de los bosques.

La manada se mantenía aullando fuera, pero era evidente que su tono había cambiado y por medio de una pequeña sensación en mi cuero cabelludo me di cuenta que había un nuevo sonido muy cercano, extrañamente reminiscente del relleno de las

tortas. Aunque siempre dependía de mi trompetilla para oír, recientemente había desarrollado la premonición del sonido y podía así captarlo posteriormente a través de ella.

—¡No puede ser Navidad! —dijo Carmela— y entonces supe qué era lo que se había unido al aullido de los lobos; el tintineo de muchísimas campanillas que ahora eran claramente audibles para nosotras dentro de la caverna. El lobo se mantuvo alerta con las orejas erectas, esperando.

—¡Querida! ¡Qué apropiado para el tiempo que hace! —exclamó Georgina—. El querido viejo Santa Claus aparecerá alegremente en cualquier momento repartiendo juguetes y gozo por todos los lados.

Y de hecho, eso fue aproximadamente lo que ocurrió.

Después de unos minutos comenzamos a escuchar una serie de penetrantes silbidos y una voz como perteneciente al pasado remoto llamaba de este modo: — ¡Pontefact! ¡Pontefact! ¿Qué andas haciendo? ¡Lobo travieso! ¡Ven donde tu papá!

La voz de Marlborough siempre llegaba más lejos que la de quienquiera, aun en mis días de mayor sordera podía oírle hablar desde una buena distancia. De pronto, él estaba allí en los escalones, un poco cambiado es cierto, pero más Marlborough que nunca. Vestía de terciopelo marrón con los bordes de piel de marta oscura, una alta gorra cuadrada sobre el rostro inmensamente apergaminado, una larga barba delgada que le llegaba casi hasta los pies que calzaban zapatos de tennis mojados.

En cada hombro descansaba un halcón blanco.

El lobo ahora se comportaba tan afectuosamente como un faldero. Echado sobre la espalda agitaba las patas en el aire y gruñía con placer.

—¡Marlborough! —exclamé—. Creía que estabas en Venecia.

—¡Querida! —dijo Marlborough como si nos hubiéramos visto el día anterior—. Me costó horrores localizarte pero finalmente encontré a la sobrina de Carmela todavía viva en una panadería. La ciudad luce muy bella con todas esas horribles casas derrumbadas y todo parece tener dientes con los carámbanos de hielo; demasiado extraño para traducirlo en palabras.

—¿Cómo hiciste para venir desde Venecia? —le pregunté—. ¿Y tu hermana?

—Claro está que Anubeth vino conmigo —dijo Marlborough—; ella está allá arriba en al Arca. Pensé que sería mejor prepararte un poco antes de presentártela. Puede resultar sorprendente aunque sé que no esperas nada dentro de lo común. Por favor, ten cuidado y no la ofendas. Después de todo tú no luces muy común.

Entonces les presenté Marlborough a mis compañeras y dio un vistazo a la caverna haciendo comentarios de apreciación.

—¡Qué proporciones más exquisitas! podía uno figurarse que estaba en un templo sumerio. Querida, si colgaras un gobelino largo y angosto con unicornios en aquel rincón, tendrías un fabuloso efecto óptico ¡pero probablemente las cabras se lo comerían!

—De momento no tenemos ningún gobelino —dije—, pero hay un buen montón

de paja que servirá mientras conseguimos uno.

Marlborough había dejado de acariciar las cabras que temblaban de pavor en un rincón debido a la cercanía de Pontefact el lobo.

¡Qué pavor sienten las pobres! Pontefact no les hará ningún daño —murmuró Marlborough en tono reconfortante que no convenció a las cabras—. Pontefact no le haría daño a nadie. Los lobos son más inteligentes que los perros. Además, el padre de Pontefact era un cordero ¿No es cierto, querido Pontefact?

—Me encanta tu atuendo, tan a lo Chanel —dijo Georgina dirigiéndose a Marlborough—, no hay nada tan confortablemente *chic* como la marta, ¡debe haber costado una fortuna!

—En realidad no lo sé —dijo Marlborough—, fue un regalo que me hizo la princesa Celina Scarlatti cuando le compuse una sonata de dormitorio. Ella se la hizo hacer para sí misma en ocasión en que se hallaba organizando un baile de travestistas en el Vaticano a beneficio de las lesbianas pobres. Pero al Papa no le hizo ninguna gracia la idea.

—Marlborough —le dije—. ¿No te parece que estás dejando a tu hermana fuera por demasiado tiempo? La pobre debe estar congelando.

—Anubeth es muy paciente —dijo Marlborough—. Además el Arca tiene calefacción central y hemos vivido en ella durante meses. Nos vinimos a través del Canadá por los lobos. Anubeth adora los lobos, esto lo podrás comprender más tarde. Ella se sentía muy sola en Venecia y cuando la nieve comenzó a caer sintió el llamado de la especie.

Todo esto me sonaba de lo más misterioso y veía acercarse el encuentro con la hermana de Marlborough con una mezcla de curiosidad y temor.

—Tal vez debiéramos invitarla a bajar aquí —dije—, no me parece muy cortés dejarla sola allá arriba.

Así que comenzamos a subir los escalones y Marlborough me contó, mientras subíamos, cómo habían viajado a través de Italia, Francia, Inglaterra y finalmente sobre el mar del Norte hasta Islandia y el Canadá.

Allí fuera, al salir de la torre, se veía el Arca de Marlborough y tengo que admitir que tenía un aspecto de lo más impresionante. Este vehículo tan raro estaba montado sobre unos deslizadores enormes como los de un trineo y por el resto se asemejaba mucho al Arca de Noé, si ésta hubiera sido construida en los días del arte renacentista. Era dorada y tenía tallas y estaba pintada con encantadores colores, como si se tratara de la obra de un pintor veneciano demente. La superestructura se hallaba cubierta con campanillas que tintineaban frenéticamente con cada ráfaga de viento.

—Propulsión atómica —dijo Marlborough con orgullo—. Toda la maquinaria cabe en un estuche de cristal de roca no más grande que el huevo de una gallina; es lo más moderno en vehículos, ni combustible ni ruido. Es, en efecto, tan silenciosa que tuve que ponerle las campanillas para que nos sintiéramos acompañados. ¿Te gusta?

—¡Es fabulosa! —exclamé llena de admiración—. ¡Supongo que la hiciste construir en Venecia!

—Yo la diseñé —dijo Marlborough— ¡la simplicidad de una carreta de gitanos combinada con la técnica atómica!

Los lobos estaban sentados alrededor del Arca formando un semicírculo como si estuvieran montando la guardia; me hicieron sentir un poco nerviosa aunque Marlborough me dijo que eran completamente mansos. Me preocupaban además los gatos, que habían desaparecido cuando Pontefact se apareció en la caverna.

—Discúlpame —dijo Marlborough—, voy a llamar a mi hermana.

Haciendo con las manos como un altavoz alrededor de la boca, emitió una serie de escalofriantes aullidos los cuales fueron contestados desde el interior del Arca por más aullidos y el chirrido de las bisagras de la puerta principal que, bellamente tallada, estaba decorada con las figuras de Cupido y Psiche abrazados en medio de una batalla de cisnes y ciervos.

—No tengas miedo —dijo Marlborough—, si le dejas ver que sientes algo extraño, se pondría muy nerviosa.

La figura que salió por la puerta era algo más ferozmente insólita que cualquier cosa que mi imaginación calenturienta hubiera podido concebir, pues la hermana de Marlborough, Anubeth, era una mujer con cabeza de lobo. Su cuerpo, de alta estatura, tenía excelentes proporciones y, sin contar la cabeza, era completamente humano. Vestía un traje de tela brillante y zapatos de punta que parecían pequeñas góndolas le cubrían los pies menudos y finos. Se mantuvo de pie en la puerta gruñendo y mostrando sus dientes blancos y afilados. Marlborough contestó a sus gruñidos con otros gruñidos lo que me mantuvo apartada de la conversación.

—Mi hermana conoce diez lenguas diferentes —dijo Marlborough— y además escribe el sánscrito. Pero, debido a ciertas dificultades de pronunciación, causadas por la configuración de su garganta, siempre nos entendemos ladrando. Puedes hablarle en Inglés y te entenderá perfectamente.

—¿Cómo está usted? —dije nerviosamente—. Bienvenida a nuestra morada.

La hermana de Marlborough emitió un gruñido. Tiempo después me aprendí algunas frases ingeniosas en lobería, pero en aquellos momentos la conversación se hizo de lo más embarazosa.

—Anubeth te pregunta si te gustaría ver el interior del Arca —dijo Marlborough—, ella está muy orgullosa de su casa. Debo admitir que lo arregló todo con el mayor buen gusto.

—Encantada —repliqué haciendo una cortés inclinación ya que uno debía dirigirse a Anubeth con cierta ceremonia—. Era imponente.

El interior del Arca era como el sueño de un gitano opiómano. Había colgaduras bordadas de maravilloso diseño, perfumadores hechos en forma de los más fantásticos pájaros exóticos, lámparas que parecían mantas religiosas con ojos móviles, almohadones de terciopelo en forma de frutas gigantescas y sofás que

descansaban sobre mujeres lobas esculpidas bellamente en maderas raras y en marfil. Toda clase de criaturas momificadas colgaban del techo asumiendo tan hábiles posturas que daban la impresión de estar vivas.

—Anubeth disfruta embalsamando cualquier cosa que ella encuentra muerta —dijo Marlborough—, ése es su *hobby* y usa una técnica egipcia muy antigua. Toda nuestra familia tiene una tendencia artística.

Anubeth gruñó y alzó el brazo a fin de alcanzar un animal muy extraño que colgaba del techo para que yo lo inspeccionara. Era una tortuga con la cara envejecida de un bebé y largas y delgadas patas que estaban detenidas en medio de un galope. Anubeth me dijo que éste era una especie de *collage* que ella había hecho por divertirse cuando el encargado de la morgue principal de Venecia le regaló el cuerpo de un infante muerto. Las piernas habían sido originalmente de una grulla que murió de frío. Era realmente ingenioso. Me preguntó si no debía haberse puesto a pintar. No hay duda de que tenía talento.

A este punto Anubeth y Marlborough intercambiaron una serie de gruñidos y entonces nos sentamos alrededor de una pequeña mesa de jade que se mantenía en equilibrio sobre una cobra erecta tallada en amatista.

—Debo admitir que todo está hecho de una manera útil y original —le dije a Marlborough—. Esta tiene que ser la forma ideal de viajar.

Anubeth nos sirvió té de jazmín y algunos vasitos de un licor francés cuyo nombre ellos me dijeron que era champaña fina pero que no sabía a champaña en absoluto.

—Sí —dijo Marlborough arrellanándose en unos almohadones de terciopelo—, nuestra familia ha sido siempre afecta a los viajes. En el pasado llegaste a compararme con una golondrina debido a mis constantes idas y venidas. Creo que heredé también algunos rasgos de mi tío Imre, noble caballero húngaro cuya madre fue una famosa vampiresa nativa de Transilvania. Por razones diversas nunca te referí la historia completa de mi familia. Ahora, por desgracia, me es muy triste reconocer que los únicos sobrevivientes somos Anubeth y yo. Como dejé entrever en otras ocasiones, mis relaciones con mis otras hermanas, Audrey, Anastasia y Annabella, eran algo tensas. Todas tenían la manía de decir, cada vez que yo atravesaba la mitad del mundo para hacerles una visita en sus respectivos castillos, que sólo me movía el deseo de robarles una aspiradora eléctrica antigua que ellas se alquilaban unas a otras a precios exorbitantes. Todas murieron durante los cataclismos. Audrey fue encontrada congelada patas arriba dentro de un pequeño iceberg que se formó en su dormitorio; todavía tenía firmemente agarrada una botella vacía de champaña pegada a sus labios. Trágico, desde luego, pero no exento de un sentido poético de la justicia. Desde el punto de vista físico, Anubeth fue la única de nosotros que heredó algo del tío Imre, él era un licántropo.

—Claro está que los comunistas no podían aprobar la presencia de un licántropo, sobre todo si provenía de una familia tan noble —dije.

Anubet Lucía complacida y pasó su larga y rosada lengua por las mandíbulas.

—Nuestros bienes en Hungría fueron confiscados —continuó Marlborough—; el tío Imre fue capturado y exhibido en una jaula en San Petersburgo hasta que se murió de la vergüenza; después lo hicieron disecar y lo mandaron al Museo de Historia Natural. Todo esto tuvo un efecto demoledor en el orgullo de la familia y yo publiqué una corta y más bien amarga biografía del gran tío Imre. Tienes que comprender que la sangre de lobos en la familia era una especie de secreto aunque, personalmente, yo la considero una gran distinción.

—Sería una pena que los licántropos desaparecieran para siempre —dije—; después de todo, dioses con cabeza de animal nos han inspirado a todos a través de la historia.

Marlborough bebió delicadamente su té de jazmín y se acarició la barba increíblemente larga.

—En realidad —dijo—, fue precisamente para prevenir tal calamidad que iniciamos este largo viaje. Como ves, Anubeth ya tiene casi ochenta años y acordamos que se casara antes de que fuera demasiado tarde para propagar la especie. Fue por eso que viajamos a través de Canadá a fin de poder encontrar al rey de los lobos, Pontefact, quien se sintió encantado de unirse a ella.

—Excúsame —dije—, pero lo que quieres decir es...

—Exactamente —dijo Marlborough— Anubeth está felizmente casada con el rey Pontefact a quien ya conoces. Están esperando su primera camada.

—La manada entera —agregó Marlborough— está compuesta por súbitos de Pontefact y nos acompaña adonde quiera que vayamos.

Me quedé callada por unos instantes a fin de asimilar estas sorprendentes revelaciones. ¿Cómo podía uno referirse a la camada? ¿Bebés? ¿Licaninfantes? ¿Cachorros? Decidí no referirme a ellos hasta que Marlborough me diera algún indicio, en algunas cosas no hay duda de que él era extremadamente convencional.

—Quiero ofrecerte mis congratulaciones de todo corazón —le dije a Anubeth—; estaremos encantados de tener a los pequeños con nosotros.

Marlborough me dijo que él y su hermana continuarían viviendo en el Arca porque la presencia de los lobos podría alborotar las cabras y porque sin que cupiera duda la comodidad de que disfrutaban en el Arca era superior a la que la caverna podía ofrecerles. Lo dijo con la mayor cortesía y discreción. Le pedí que utilizaran cualquier ayuda que nosotras pudiéramos prestarles y me retiré dejándoles envueltos en una nube de perfume de jengibre que salía del pico de un cucú embalsamado.

Los lobos me miraron fijamente cuando tomé mi camino alejándome de su círculo, yo no tenía deseos de ofender a nadie, particularmente a los lobos que tienen fama de poseer un notorio mal genio.

Desde abajo en la caverna podía oírse el sonido del tambor tam tam de Christabel que anunciaba el regreso de Mah Jongh y Taliessin, el heraldo.

Ellos habían podido entrar en una droguería derrumbada donde, después de

algunas dificultades, los ingredientes requeridos pudieron ser hallados. El tarro de porcelana que contenía el estramonio estaba un poco dañado pero el contenido se hallaba intacto. Después de llevar a cabo ciertas abluciones rituales, Christabel volcó el contenido de los tres tarros en el caldero hirviente.

En el sentido del giro de la luna comenzó la danza y pronto nos encontramos lanzadas a un frenético movimiento por el ritmo del tambor tam tam de Christabel y por los vapores poderosos del estramonio, el almizcle y la verbena que hervían en el caldero. Las cabras corcoveaban alrededor de nosotras balando. Taliessin y Mah Jongh se habían retirado a las afueras de la caverna, pues los hombres no podían ser testigos de esta ceremonia mágica.

“¡Belzi Ra-Ha-Ha Hécate Ven!
Desciende hasta nosotras al son de mi tambor
Inkala Iktum mi pájaro es un topo.
Arriba el ecuador y abajo el polo Norte
Eptalum Zam Pollum el poder debe crecer
He aquí las luces del Norte y un bando de abejas silvestres”.

El aire se llenó de un zumbido y un tamborilear y millones de abejorros se reunieron sobre nuestras cabezas y formaron una gran figura femenina sobre el caldero hirviente. El enjambre resplandeció y se sacudió a tiempo que conformaba la gigantesca forma.

—¡Habla, Zam Pollum! —gritó Christabel— ¡Zam Pollum, habla! Abre tu corazón de miel silvestre y dinos como recuperar tu más santo Graal para que la tierra no perezca cambiando de eje. ¡Habla, Zam Pollum, habla!

La figura zumbó y resplandeció, luego desde alguna parte del cuerpo formado por millones de abejas surgió una voz tan inmensamente dulce que nos sentimos ebrias de miel.

—Las abejas se aposentarán de nuevo en el carapacho del león —dijo la voz— para que mi copa sea colmada otra vez con miel y beberé de nuevo con el dios cornudo Sephira, la Estrella Polar, mi esposo y mi hijo. ¡Seguid el enjambre!

En ese momento el grupo de cabras se dispersaron alarmadas ante la aparición de Anubeth que se unió a nuestro círculo majestuosamente trayendo un incensario encendido.

—Soy Anubeth, Reina Suprema de los lobos, mi nación desea ofrecerse para la restitución de vuestro santo vaso, Gran Diosa Hekate Zam Pollum!

La diosa sonaba con un millón de voces y gotas de miel comenzaron a caer del techo de la caverna como si se tratara de maná y quedamos cubiertas de una pegajosidad deliciosa de paladear cuando más tarde tuvimos que lamernos de pies a cabeza para limpiarnos.

A este momento, el enjambre se dispersó fragmentando el cuerpo de la diosa en

millones de brillantes puntos que comenzaron a volar hacia el exterior.

¡Sígueme! —gritó Christabel y sin parar de danzar nos fuimos en pos de las abejas.

Luego, como espoleados por un largo aullido de Anubeth, los lobos se fueron tras de nosotras así como el Arca de Marlborough con todas sus campanillas tintineando salvajemente a coro con el zumbido de las abejas.

Y fue así cómo la diosa reconquistó su vaso sagrado con un ejército de abejas, lobos, seis viejas damas, un cartero, un chino, una Arca a propulsión atómica y una mujer licántropo.

El más extraño ejército, quizás jamás visto en este planeta.

La marquesa, que comandaba las operaciones militares, ordenó a los lobos rodear el palacio del arzobispo donde el santo Graal estaba cautivo. Entretanto, todas nosotras debíamos ponernos a gritar que éramos atacadas por una manada de lobos, tan pronto como la puerta del palacio se abriera, el enjambre de abejas debía invadir el palacio y tomar el vaso de donde quiera que se hallara escondido.

Todo se produjo de acuerdo al plan previsto. El arzobispo en persona bajó apresuradamente las escaleras para abrir la puerta tan pronto se oyeron nuestros horribles alaridos. Cuando, vestido con sus pijamas de armiño, lo hubo hecho, el enjambre de abejas como impulsado por una inteligencia sobrenatural entró como un torbellino a la mansión y a los pocos momentos salió trayendo el santo Graal que fue transportado a un lugar secreto de la caverna en que vivíamos, dejando tras sí un delicado rastro de miel que brillaba como oro sobre la blancura de la nieve.

En cuestión de minutos el arzobispo alborotó al personal de palacio y rápidamente una multitud de eclesiásticos furiosos y agentes de la policía secreta se precipitó al jardín donde fue rechazada por los lobos y así, con la manada cubriendo la retaguardia, pudimos efectuar en orden nuestra retirada.

Este es el final de mi historia y aseguro haberla registrado fielmente y sin exageraciones poéticas ni de ninguna otra clase.

Poco después de la restitución del santo Graal, Anubeth dio a luz una camada de seis licántropitos, que a medida que el pelo les crecía mejoraban de apariencia. Siendo los hábitos una cosa maravillosa en su género, bien pronto comenzaron a jugar en la cocina mientras el rey Pontefact miraba lobunamente a su alegre prole.

La era glacial pasará y aunque el mundo esté congelado suponemos que algún día la hierba y las flores volverán a nacer; entretanto, llevo un diario detallado en estas tabletas de cera. Cuando yo muera, los licántropitos de Anubeth continuarán haciéndolo hasta que el planeta esté repoblado con gatos, licántropos, abejas y cabras. Todos esperamos fervientemente que esto será un mejoramiento para la humanidad que deliberadamente renunció al Pneuma de la diosa, a su aliento vital.

De acuerdo al planisferio de Carmela, nosotros estamos ahora situados en alguna parte de la región donde una vez estuvo la Laponia y esto me hace sonreír.

Una loba de la manada dio a luz el mismo día en que lo hizo Anubeth. Tuvo seis cachorros blancos y lanudos. Estamos planeando entrenarlos para arrastrar un trineo.

Si la vieja dama no puede ir a la Laponia, entonces la Laponia debe venir a la vieja dama.